

# Letras sin Fronteras

Una mirada a la literatura  
norteamericana en español

Maritza Maribel Martínez Sánchez  
Coordinadora



Cuerpo Académico

**CAIE**

Innovación Educativa

**DDS**

UNIVERSIDAD DE QUINTANA ROO







*Letras  
sin  
Fronteras*

*Una mirada a la literatura  
norteamericana en español*



# Letras *sin* Fronteras

*Una mirada a la literatura  
norteamericana en español*

Maritza Maribel Martínez Sánchez  
Coordinadora

Cuerpo Académico  
**CAIE**  
Innovación Educativa

  
**DDS**  
UNIVERSIDAD DE QUINTANA ROO



---

PS3553

L47

Letras sin fronteras: una mirada a la literatura norteamericana  
en español / coordinado por Maritza Maribel Martínez Sánchez.

Cozumel, Q. R. : Universidad de Quintana Roo, 2007.

134 p. - ISBN 978-968-9308-10-2

Incluye fuentes bibliográficas

## 1. LITERATURA NORTEAMERICANA - TRADUCCIONES AL ESPAÑOL

---

UNIVERSIDAD DE QUINTANA ROO  
“Fructificar la razón: trascender nuestra cultura”

DIRECTORIO

Dr. José Luis Pech Vázquez  
Rector

Dr. Enrique Baltar Rodríguez  
Secretario General

Unidad Cozumel

M.C. Erika Leticia Alonso Flores  
Coordinadora de la Unidad Cozumel

Ing. Rafael González Plascencia  
Director de la División de Desarrollo Sustentable

M.C. Alejandro Palafox Muñoz  
Secretario Técnico de Investigación y Posgrado

Mtro. Frank Farmer  
Jefe del Depto. de Ciencias y Humanidades

2007: Primera edición

D.R.© Universidad de Quintana Roo, Unidad Cozumel

Av. Andrés Quintana Roo c/calle 110 sur s/n

77600, Cozumel, Q. R., México

Tel. (+987) 87 290 00 / Fax: (+987) 87 291 12

[www.cozumel.uqroo.mx](http://www.cozumel.uqroo.mx)

Diseño, composición

y cuidado editorial: Alfa/Zeta

(983) 83 330 26 / [zet.alfa@gmail.com](mailto:zet.alfa@gmail.com)

ISBN 978-968-9308-10-2

IMPRESO EN MÉXICO

Nuestro agradecimiento a:

*Universidad Autónoma de Guadalajara*

Dr. Mauricio Alcocer Ruthling

Dr. Fernando Torres de la Torre

Dra. Cándida Elizabeth Vivero Marín

M.C. Richard Finks Withaker

M.C. Francisco Antonio Lancaster-Jones

M.C. Luis López Rodríguez

*Universidad de Quintana Roo*

M.C. María Elena Llaven Nucamendi

M.C. Alessio Zannier Visintin

Los traductores





# Índice

PRESENTACIÓN	11
<i>Mary Austin</i>	
Trad. Maritza Maribel Martínez Sánchez	
Prólogo	17
La tierra de escasa lluvia	21
Los críos del cielo	29
El pueblito de Las Uvas	37
Fuentes consultadas	43
<i>Francis Scott Fitzgerald</i>	
Trad. Armando Pérez Morfin	
Prólogo	47
Bernice y su atrevido corte de pelo	49
Fuentes consultadas	74
<i>Shirley Jackson</i>	
Trad. Vilma Esperanza Portillo-Campos	
Prólogo	79
Historia de un cuento	83
La lotería	97
Fuentes consultadas	106
<i>Edith Wharton</i>	
Trad. Mizaël Garduño Buenfil	
Prólogo	109
El pelícano	111
Fuentes consultadas	131
CONCLUSIÓN	133



## Presentación

Este libro reúne cuatro textos de la literatura norteamericana traducidos al español por igual número de traductores.

El arte (o ciencia) del traductor literario se destaca por ser casi invisible. Una traducción exitosa aparenta que la obra se lee en el idioma original. El traductor dispone de una serie de herramientas para lograr este efecto, que si bien parece fácil evidentemente es muy difícil y exigente. Según Torre,<sup>1</sup> el proceso merece el respeto que se concede a la ciencia, por el trabajo meticuloso y metódico que representa. Pero el arte también luce en la traducción, además del papel profesional, responsable y académico del traductor. ¿Cómo podemos entender este trabajo tan exigente e invisible?

Una de las definiciones más claras fue publicada por una empresa profesional de traducción<sup>2</sup> para explicar a sus clientes el proceso de la traducción y los criterios para evaluarla:

### ¿QUÉ SIGNIFICA TRADUCIR?

La traducción es una actividad que abarca la interpretación del significado de un texto en una lengua, llamado el *texto original*, y la producción de un nuevo texto equivalente en otra lengua, llamado el *texto objetivo*.

Tradicionalmente, la traducción ha sido una actividad humana, aunque se han hecho intentos de automatización de la traducción de la lengua humana (traducción computarizada), o de utilizar las computadoras como ayuda a la traducción (traducción asistida con computadoras).

La meta de la traducción es establecer una relación de equivalencia entre el texto fuente y el texto objetivo (es decir, asegurarse de que ambos textos comuniquen el mismo mensaje), mientras que se consideran un número de apremios. Estos apremios incluyen contexto, reglas de gramática de la lengua de origen, sus modismos y otros aspectos similares.

Hay reglas específicas y pautas gramaticales, pero la “traducción exacta” de ideas y significado de una lengua a otra deja mucha discreción al traductor. Se requiere de un profesional experimentado para realizar la traducción y la interpretación exacta de ideas entre dos idiomas.

---

<sup>1</sup>Torre, E. (s.f). *Teoría de la traducción literaria*. Madrid: Síntesis

<sup>2</sup>Priority Translation (2005) *Sobre traducción* [en línea]. Consultada el 15 de enero de 2006 en <http://www.spanishtranslation.com/es/panol/translation/>

## EL PROCESO DE LA TRADUCCIÓN

El proceso de traducción puede ser simplemente descrito como: 1) descifrar el significado del texto original, y 2) recodificar este significado en la lengua objetivo.

Para descifrar el significado de un texto, el traductor debe primero identificar las unidades componentes de la traducción, es decir, los segmentos del texto que se tratarán como unidades cognoscitivas; puede tratarse de una palabra, una frase o incluso una o más oraciones.

Detrás de este procedimiento aparentemente simple se produce una operación cognoscitiva compleja. Para descifrar el significado completo del texto original, el traductor debe interpretar y analizar consciente y metódicamente todas sus características. Este proceso requiere el conocimiento preciso de la gramática, semántica, sintaxis y modismos de la lengua origen, así como de la cultura del país de donde proviene el texto.

El traductor necesita el mismo conocimiento profundo para recodificar el significado en la lengua objetivo. De hecho, este conocimiento es a menudo más importante y debe ser exhaustivo. Por esta razón, la mayoría de los traductores traducen, generalmente, a su lengua materna. Además, el estudio del tema en discusión es esencial.

En años recientes la investigación en lingüística cognoscitiva ha proporcionado información valiosa sobre el proceso cognoscitivo de la traducción.

## CRITERIOS PARA EVALUAR UNA TRADUCCIÓN

El principal objetivo de la traducción es asegurarse de que el texto fuente y objetivo comunican el mismo mensaje, paralelamente se consideran los varios apremios puestos en el traductor. Una traducción acertada se puede juzgar con base en dos criterios:

1. Fidelidad, que es el grado de exactitud con que la traducción se acerca al significado del texto original, sin agregar o restar a ella, y sin la intensificación o el debilitamiento de ninguna parte del significado.

2. La transparencia, grado en que la traducción aparenta a un nativo de la lengua objetivo haber sido escrita originalmente en esa lengua; que se ajuste a las convenciones gramaticales y sintácticas, así como a los modismos de la lengua.

Una traducción que resuelve el primer criterio es una traducción fiel; una traducción que resuelve el segundo es una traducción idiomática.

Los criterios usados para juzgar la fidelidad de una traducción varían según el tema, la precisión del contenido origen, el tipo, función y uso del texto, sus cualidades literarias, su contexto social o histórico, entre otros.

Los criterios para juzgar la transparencia de una traducción aparentan ser más directos: una traducción no idiomática “suena mal” y, en el caso

extremo de las traducciones palabra por palabra generadas por muchos sistemas de traducción automáticos, a menudo el resultado es un absurdo aparente.

Sin embargo, en ciertos contextos un traductor puede intencionalmente esforzarse en producir una traducción literal. Por ejemplo, los traductores de trabajos literarios y religiosos se adhieren a menudo al texto original tanto como es posible. Para hacer esto “estiran” deliberadamente los límites de la lengua objetivo para producir un texto no idiomático. Asimismo, un traductor literario puede desear adoptar palabras o expresiones de la lengua origen para proporcionar “sabor local” a la traducción.

Los conceptos de fidelidad y transparencia se ven de forma diferente en las nuevas teorías de la traducción. La idea de que las traducciones aceptables pueden ser tan creativas y originales como el texto original está ganando ímpetu en algunos ámbitos. [Priority Translation: 2005]

## Las traducciones

Este libro pretende, entonces, ofrecer al lector traducciones fieles y transparentes de las cuatro obras de literatura norteamericana seleccionadas. Son obras de épocas distintas, escritas en estilos diferentes, con la voz individual de cada autor. Los traductores son hispanohablantes nativos de México y por eso ofrecen una perspectiva muy especial en su rendición de la equivalencia del texto original en el español de México.

La creación literaria tiene una validez universal muchas veces accesible únicamente a través del trabajo del traductor. En esta ocasión, cada traductor ofrece además un breve prólogo sobre los autores y sus obras. De esta manera, el lector tiene acceso a los procesos y a las preocupaciones de los traductores, además de un acercamiento a los pensamientos de los autores originales.

MARITZA MARIBEL MARTÍNEZ SÁNCHEZ ofrece su traducción de la obra de Mary Austin (1903), *The land of little rain*. La traducción refleja la pasión que siente la autora por el desierto, sus plantas, animales y seres humanos.

ARMANDO PÉREZ MORFÍN, en su traducción de la obra de F. Scott Fitzgerald (1920), *Bernice bobs her hair* captura las expresiones idiomáticas del periodo y lugar. El trabajo del traductor recae en esta ocasión en la búsqueda de equivalencias nada fáciles de encontrar.

VILMA ESPERANZA PORTILLO-CAMPOS presenta su traducción de *Biography of a story* (1948) de Shirley Jackson, que trata sobre la respuesta de la autora a los comentarios de sus lectores sobre la obra *The lottery* (1948), donde permite un mayor acercamiento al pensamiento de la autora.

MIZAEEL GARDUÑO BUENFIL traduce *The pelican* (1899) de Edith Wharton. La obra se destaca por el uso de la ironía y sátira en sus personajes; constituye un reto bastante difícil al traductor.

Este libro ofrece al lector mexicano un acceso único en su idioma natal a estas cuatro obras de la literatura norteamericana. Por otro lado, le permite reflexionar acerca del papel que juega el traductor, el cual con mucho profesionalismo, y de manera discreta, realiza una valiosa contribución.

Frank Farmer  
Profesor-investigador  
Universidad de Quintana Roo  
Cozumel, 2006

MARY AUSTIN

---

La tierra de escasa lluvia  
Los críos del cielo  
El pueblito de Las Uvas

MARITZA MARIBEL MARTÍNEZ SÁNCHEZ  
TRADUCTORA

---





## Prólogo

Originaria de Carlinville, Illinois, Estados Unidos, Mary Austin, cuyo apellido de soltera fue Hunter, nació el 9 de septiembre de 1868 y murió el 13 de agosto de 1934. Como novelista y ensayista escribió acerca de la cultura de los indígenas norteamericanos y sus problemas sociales.

Se graduó en la Universidad Blackburn de Carlinville en 1888. Laboró como docente por un tiempo; años más tarde, se casó y se fue a vivir al valle Owens, en California. Ahí conoció e hizo amistad con los indios del sur de Estados Unidos, sobre quienes escribió algunas crónicas. Su primer libro, *The land of little rain*,<sup>1</sup> escrito en 1903, es una descripción de la vida en el desierto al sudoeste de Estados Unidos. Después creó dos colecciones de novelas: *The basket woman* en 1904, *Lost borders*, en 1909; y la obra *The arrow marker*, en 1911. Escritora prolífica, publicó treinta y dos obras más y aproximadamente doscientos cincuenta artículos para periódicos. Su novela *A woman of genius*, escrita en 1912, causó mucha polémica por su contenido relacionado con los problemas del socialismo y el feminismo (Merriam-Webster's: 1995).

Por más de cuarenta años, Austin fungió como una de las fuerzas más importantes para la protección de regiones áridas de su país. Los temas que trataba en sus trabajos iban desde la ecología hasta el feminismo, la filosofía y la sociedad en general (Internet Public Library (IPL): 2000).

Para su primera obra no novelesca, *The land of little rain*, Austin no fue al desierto exclusivamente para escribirla, sino que vivió en sus orillas por muchos años, y porque llegó a conocerlo y amarlo, pudo reproducir una atmósfera de romance, tranquilidad y extrañeza en su libro (IPL: 2000).

El relato empieza realmente cuando Mary Austin, a los cuatro años de edad, tiene contacto místico con un nogal, el cual le ayudó a reconocer su habilidad de comunicación con el mundo espiritual. Su proximidad con el mundo natural, representada vívidamente en *The land of little rain*, también tiene mucha relación con la lectura que ella realizó del libro *The old red stone*, del geólogo escocés Hugh Miller, donde éste señala que “vale la pena mirar las cosas ordinarias aunque sean sólo piedras, maleza o animales comunes” (IPL: 2000). Austin

---

<sup>1</sup> *La tierra de escasa lluvia.*

tomó este consejo y creó el corazón de *The land of little rain* en el que describe con sumo cuidado y detalle, las cosas ordinarias que hay en el desierto, como la flora, la fauna y los ríos evaporados por la aridez extrema (IPL: 2000).

No hay duda alguna de que Mary Austin siempre quiso escribir un libro como éste y lo logró, pues en él plasmó detalladamente sus experiencias y vivencias en el desierto. Ella comenta al respecto... “[I] had been trying to hit upon the key for it [to write a book like *The land of little rain*] for a year or more, and found it at last in the rhythm of the twenty-mule teams that creaked in and out of the borax works, the rhythm of the lonely lives blown across the trails” (IPL: 2000).

*The land of little rain* casi no tuvo publicidad, tal vez porque Austin sintió que su trabajo hablaría por sí mismo. Aunque la obra se vendió muy bien y fue elogiada por los lectores de la época, Austin no se sentía satisfecha, incluso, existe un dato curioso al respecto: Austin, ante su insatisfacción, escondió su libro entre otros de su casa, y cuando su marido lo encontró para mostrarlo a unas visitas, ella se sintió muy avergonzada. Era tan perfeccionista que no podía calificar su obra como exitosa, dijeran lo que dijeran los mejores vendedores de libros. No obstante, aunque trabajó en una nueva edición de *The land of little rain* por más de veinte años, parecía más contenta con el libro original: “al leerlo después de todos estos años veo que estuve completamente identificada con el lugar. Ahora me doy cuenta de una cosa más, de la relación que existía entre la tierra y yo, que a nadie le había pasado y que quizás nunca le pasaría a nadie más” (IPL: 2000).

*The land of little rain* comenzó como un compendio de ensayos que fueron publicados en la revista *The Atlantic Monthly*, fundada en Boston en 1857. Cuarenta y seis años después, en enero de 1903, se editó el primer ensayo llamado “A land of little rain” que en ese mismo año fue incluido como el primer capítulo de la obra completa de Mary Austin. El editor de *The Atlantic Monthly*, Bliss Perry, publicó el ensayo en columnas y sin ilustraciones. Sin embargo, poco tiempo después, convencido del talento de Austin, se convirtió en su agente publicitario y persuadió a la famosa firma publicitaria Houghton Mifflin, fundada en 1864 por Henry Oscar Houghton (Bio.biography.com: 1996), para recolectar y publicar varios de los ensayos de Austin; formó así una obra completa que se comercializó primeramente en la costa este de Estados Unidos y, tiempo después, en el resto del país. Para ilustrar el libro, Houghton Mifflin contrató a Elmer Boyd Smith, dibujante de origen canadiense y el más famoso de su época. Smith hizo un trabajo admirable al ilustrar el libro y decorar sus márgenes con detalles característicos y sugestivos de los

paisajes del desierto (IPL: 2000). Fue así como Austin logró ver impresa su primera obra completa.

Sin lugar a dudas, esta escritora amaba el desierto. La lectura de su libro es muy placentera; contiene abundantes matices y sentimientos que cautivaron a la presente traductora quien escogió tres de los capítulos de *The land of little rain* para compartir con el hispanohablante una pequeña muestra, pero significativa, de la literatura norteamericana.

Los tres ensayos traducidos tratan de temas diversos, todos conectados de alguna manera con la biodiversidad. Las tres historias se relacionan entre sí, pues narran con detalle los fenómenos naturales de una región de Estados Unidos cuando la influencia de las costumbres mexicanas fue preponderante. El desierto, la lluvia y un pequeño pueblo llamado Las uvas son los protagonistas principales de esta traducción.

La obra completa de *La tierra de escasa lluvia* de Mary Austin, cuenta con catorce capítulos y un prefacio. Los capítulos seleccionados para esta traducción son “The land of little rain”, “Nursling of the sky” y “The little town of the grape vines”, cuyas versiones en la presente traducción al español son “La tierra de escasa lluvia”, “Los críos del cielo” y “El pueblito de Las uvas”, respectivamente.

El primer ensayo traducido corresponde al primer capítulo del libro. En él se ofrece una descripción detallada de la vida en el desierto. Austin narra lo bello que puede ser vivir ahí a pesar de sus desventajas. Conduce al lector a través de este lugar y se lo describe lleno de magia al recrear con sus palabras las figuras esculturales que se forman en la arena; el esplendoroso cielo que retiene la lluvia por mucho tiempo, y los cerros que parecen jaspeados por su característica sequía. Aunque se mencionan algunos animales y algunas plantas es en el segundo ensayo donde profundiza más al respecto.

El segundo ensayo corresponde al capítulo trece. En éste se desarrolla un encuentro más íntimo de la autora con la flora y fauna del sudoeste de California. Describe además, cómo se forman en el desierto las tormentas, las lluvias e incluso la nieve. Los ventarrones, lluvias torrenciales, chaparrones y los entierros naturales que forman la arena en complicidad con el viento, son parte de la vida diaria en el desierto. Para la traducción, resultaron complicados algunos de los términos referentes a los animales y plantas de esa región.

Mary Austin, con su experiencia, acuña en su obra un nuevo concepto del desierto, no tanto de una manera científica sino apartando el estereotipo de desolación y muerte, para verlo de una manera vívida como un lugar lleno de variedad y color, no a la luz del medio día sino por la tarde, cuando el sol empieza a ocultarse y la temperatura desciende.

En el tercer ensayo traducido, que corresponde al capítulo número catorce de la obra, Austin no sólo se involucra con el medio ambiente que aflora en el desierto del sur del estado norteamericano de California, sino que también describe a la gente que lo habita, en especial la de origen mexicano que vive en el pueblo de Las uvas. En este lugar, se desenvuelve un relato de costumbres y tradiciones que forman un sincretismo cultural. Es una pequeña y singular comunidad que, por estar tan cerca de la frontera, abriga tanto costumbres mexicanas como norteamericanas. Ahí se festeja por igual la Independencia de México el 16 de septiembre, que la Independencia de Estados Unidos el 4 de julio. Su gente es, sin lugar a dudas, una mezcla de diversas etnias, aunque, según el relato de Austin, predomina la mexicana.

*La tierra de escasa lluvia* de Mary Austin no ha sido traducida al español, por lo que resulta de especial interés el aportar estas líneas literarias en nuestro idioma.

Es posible que esta obra sea de utilidad para los maestros de literatura contemporánea y para quienes tienen interés por la naturaleza.

La obra de Mary Austin es un trabajo excepcional en el mundo de la literatura. Ha representado un gran reto traducirla, pues en ella se encontraron un sinnúmero de matices difíciles de expresar en otra lengua. Hasta el momento, solamente se han traducido al español los tres capítulos mencionados como parte de un estudio lingüístico.

La lectura de los presentes ensayos incrementará el interés de los traductores por el desafío que representa la traducción del resto de la obra de Mary Austin.

Maritza Maribel Martínez Sánchez  
Profesora-investigadora  
Universidad de Quintana Roo  
Unidad Académica Cozumel

#### FUENTES CONSULTADAS

- Internet Public Library (2000). "Building a 'House of Earth': Mary Austin, Environmental Activist and Writer". Internet Public Library. Consultado el 13 de octubre de 2000 en <http://www.ipl.org/cgi-bin/ref/litcrit/litcrit.out.pl?au=aus-201>.
- Merriam-Webster's (1995). *Merriam-Webster's encyclopedia of literature*. Springfield, MA: Autor, 236 p.

## La tierra de escasa lluvia

El país de las fronteras perdidas se encuentra al este de las sierras y al sur de Panamint y Amargosa, en un sinfín de millas entre el Este y el Sur.

Las tribus Ute, Paiute, Mojave y Shoshone habitan esos confines, tierra adentro, tan lejos como el hombre se atreva a internarse. Las leyes no establecen los límites, sólo la tierra. En los mapas se le llama desierto; sin embargo, los indios lo nombran de una mejor manera. Desierto es un término vago para definir un lugar que no da sustento a ningún hombre, aunque no se ha comprobado si esta tierra pueda ser tratada para ese propósito. Siempre lleno de vida, por muy seco que sea el aire o ingrata que sea la tierra.

La naturaleza de este lugar es así. Posee colinas redondeadas, rocas y caldeadas como sacadas del caos, pintadas de cromo y bermejo, que anhelan el límite de las nieves perpetuas. Entre las colinas se extienden las elevadas planicies repletas de un resplandor de sol insoponible, o los angostos valles ahogados en una neblina azulada. La faz de la colina está jaspeada por la ceniza que arrastra el viento y las corrientes de lava negra que aún no se ha erosionado a la intemperie. Después de la lluvia, el agua se acumula en las depresiones de los estrechos y pequeños valles y, al evaporarse, deja unos llanos secos y duros de pura aridez que reciben el nombre lugareño de “lagos secos”. Donde las montañas se elevan abruptamente y la lluvia es fuerte, el charco nunca está completamente seco, pero sí oscuro, profundo y amargo, rodeado de la eflorescencia de los depósitos alcalinos. Una capa delgada de ellos yace a lo largo del pantano sobre una vegetación carente de belleza y frescura. En los desiertos extensos y abiertos al viento, la arena arrastrada por el aire forma morones alrededor de los matorrales rechonchos y, entre éstos, la tierra muestra rastros salitrosos. La forma de las colinas es más obra del viento que del agua, aunque también las cortas tormentas dejan cicatrices que pueden durar. A todo lo largo de la orilla del desierto occidental de los Estados Unidos, se pueden observar las muestras en miniatura en el famoso y tremendo Gran Cañón, al cual, si usted lo visita, y aprecia lo suficiente, terminará por regresar.

Como éste es un lugar de colinas, se tiene la esperanza de encontrarse con manantiales; más no hay que confiarse de ellos, ya que cuando se les localiza, a menudo tienen un sabor desagradable además de que son insalubres e irritantes, y caen lentamente, gota a gota, al suelo sediento. Aquí uno encuentra el calor sofocante del Valle de la Muerte o las regiones altas de los alrededores donde el aire siempre se siente helado. Ahí se hallan los extensos y abrumadores ventarrones, y la tranquilidad sofocante de las mesas inclinadas donde el polvo baila arremolinándose frente al inmenso cielo pálido. Aquí no llueve ni cuando la tierra clama por ello o, a veces, la lluvia cae en forma violenta, llamada “estallido de las nubes”. Una tierra de ríos perdidos, con poco que pueda ser amado es, sin embargo, un lugar al que una vez visitado se debe regresar inevitablemente. Si no fuera así, habría poco contado sobre él.

Ésta es la tierra de las tres estaciones. De junio a noviembre hace un calor sin viento e insoportable, trastornado con chaparrones violentos que no traen alivio; desde entonces hasta abril hay un frío estático, con escasas lluvias y nevadas. De abril a la temporada de calor, de nuevo se ve floreciente, radiante y seductor. Estos meses son sólo aproximados; tarde o temprano, el viento cargado de lluvia puede llegar desde la desembocadura del río Colorado en el Golfo, y la tierra establecerá sus estaciones de acuerdo con la lluvia.

La flora del desierto humilla con sus alegres adaptaciones a las limitadas estaciones. Su única tarea es florecer y dar fruto, y lo hace poco o con exuberancia tropical, según lo permita la lluvia. Quedó registrado en el reporte de la *Expedición al Valle de la Muerte* que después de un año de lluvias abundantes se encontró en el desierto de Colorado un espécimen de *Amaranthus* de diez pies de altura. Un año después, la misma especie, en el mismo lugar, llegó a la madurez a tan sólo cuatro pulgadas por los estragos de la sequía. Uno espera que la tierra se reproduzca en condiciones similares a las que el ser humano se procrea, no únicamente “tratando”, sino actuando. Muy rara vez, la hierba del desierto alcanza la estatura normal de la especie. La aridez y la altitud extremas ocasionan el efecto de enanismo, de tal manera que en las sierras altas y en el Valle de la Muerte encontramos especies en miniatura, similares a las que alcanzan un tamaño apropiado en condiciones de temperatura templada. Las plantas del desierto tienen muchos recursos para evitar la evaporación: giran su follaje a un lado, esquivando el sol; les crecen pelos sedosos y exudan goma glutinosa. El viento, en su largo recorrido, las maltrata y las ayuda. También forma dunas de arena alrededor de los troncos acortados, circundándolos y protegiéndolos; y por encima de las dunas que pueden ser, como en el

caso del mezquite, tres veces más altas que un hombre, las ramas de la planta florecen y dan fruto.

Hay muchas zonas del desierto donde el agua potable se encuentra a unos cuantos pies de la superficie, la presencia del mezquite y las gramíneas (*Sporobolus airoides*) indican su ubicación. Es la inadvertida cercanía del agua lo que hace que las muertes del desierto sean trágicas. Se cuenta que el fracaso final de esa desventurada expedición fue lo que dio al Valle de la Muerte su nombre terrible, y esto sucedió en un lugar donde los manantiales de poca profundidad los habrían salvado. ¿Pero cómo podían saberlo? Con el equipo adecuado es posible cruzar este espantoso agujero; sin embargo, cobra su cuota de muerte cada año e incluso se encuentran momias desecadas por el sol, de las cuales no se conserva ni rastro ni recuerdo. En el desierto no hay oportunidad de equivocarse cuando se menosprecia la sed, cuando se pasa de largo un señalamiento que indique un lugar próximo hacia la derecha o hacia la izquierda ni tampoco hay remedio al encontrar un manantial seco cuando se busca agua; para estas cosas no hay auxilio.

A lo largo de los manantiales y de las corrientes de agua subterráneas, uno se sorprende al encontrar plantas amantes del agua como éstas que crecen mucho en la tierra húmeda; sin embargo, el verdadero desierto procrea las de su propia especie, cada una en su propio hábitat. El ángulo de la pendiente, el frente de una colina y la estructura del suelo determinan la planta. Las colinas orientadas hacia el sur están casi sin vegetación, y el límite inferior de la vegetación arbórea es más alto aquí hasta por mil pies. Los cañones que corren de este a oeste tienen vegetación de un lado y del otro no. Alrededor de los lagos secos y las ciénegas, el herbaje mantiene su lugar y su avenencia ordenadamente. La mayoría de las especies tienen bien definida su zona de crecimiento; este es el mejor indicio que la silenciosa tierra puede ofrecerle al transeúnte sobre su ubicación.

Si tiene alguna duda al respecto, sepa que el desierto empieza con la creosota. Este arbusto inmortal se extiende hacia abajo hasta el Valle de la Muerte, y hacia arriba hasta el límite inferior de la arbolada. Como se puede imaginar por el nombre, la planta es olorosa y medicinal, tiene la forma de vara con follaje brillante desgastado. Su verde vivo es agradable a la vista cuando contrasta con el desierto gris y unos arbustos de blanco verdoso. En la primavera exuda una goma resinosa que los indios de esos lugares saben cómo utilizar junto con la roca pulverizada para fijar las puntas de las flechas a las astas. ¡Claro! Los indios no desperdician ninguna de las virtudes del mundo de las plantas.



Nada de lo que el desierto produce lo expresa mejor que el infeliz crecimiento del árbol de yuca. Acongojados, sus bosques ralos crecen melancólicamente en las mesas altas, especialmente en la falla triangular que se abre en forma de abanico hacia el este, surgen del conjunto de las sierras y a lo largo del litoral de las colinas donde las primeras atraviesan hacia el sur pasando por la parte final del Valle de San Joaquín. La yuca se eriza con sus hojas puntiagudas en forma de bayoneta; es de color verde desvaído; con el tiempo adquiere una apariencia de cabeza peluda y se decora con inflorescencias fétidas de un color verdoso. Después de su muerte, que es lenta, el espectral retículo hueco de su esqueleto de madera, difícilmente podrido, hace que la luz de la luna luzca aterradora. Antes de que la yuca brote, mientras su flor es aún un botón cremoso en forma de cono del tamaño de una col pequeña, llena de dulce savia, los indios la tuercen hábilmente evitando las defensas de sus espinas, y la asan para su propio deleite.

Así pasa en esos lugares donde mora el hombre, pocas veces uno ve plantas jóvenes de *Yuca arborensis*. Viajando hacia el este desde las colinas del litoral, uno encuentra otras yucas, cactus, hierbas enanas, de miles tipos. Descubrimos que la razón de la escasez de vegetación en el desierto no es la carencia de suelo ni de especies sino que, simplemente, cada planta necesita más espacio. Se debe poseer mucha tierra para extraer suficiente agua. La verdadera lucha por la existencia y el cerebro auténtico de la planta está debajo de la tierra; arriba hay lugar para una planta perfectamente redondeada. En el Valle de la Muerte, afamado como el corazón de la desolación, hay aproximadamente doscientas especies identificadas.

Arriba del límite inferior de la arbolada, que es también el límite de las nieves, abruptamente trazada como en un mapa por el sol, uno encuentra piñón y enebro en crecimiento, expandido, con ramificaciones casi hasta el suelo; lila, salvia y pinos blancos dispersos.

No existe una mayoría de plantas autofértiles o fertilizadas por el viento; sin embargo, por todos lados se nota la demanda y evidencia de los insectos. Ahora, donde hay semillas e insectos habrá pájaros y pequeños mamíferos, y donde haya estos últimos, vendrá la especie escurridiza con dientes afilados que los depredará. Intérense tan lejos como se atreva en el corazón de una tierra solitaria; no podrá ir muy lejos sin que la vida o la muerte estén ante usted. Las lagartijas pintadas entran y salen sigilosas de las hendeduras de las rocas; también se les ve jadeantes sobre la caliente arena blanca. Todos los pájaros que viven en el desierto, hasta el colibrí, anidan en los matorrales de cactus; los pájaros carpinteros hacen amistad con las yucas demoníacas; en la soledad del desierto de la nada, sin árboles alrededor, resuena el canto nocturno de un cenizote. Si es

verano y con el sol bajo, se escuchará el grito de algún búho que cava su madriguera en los cactus. Extrañas criaturas peludas y juguetonas atraviesan velozmente las zonas abiertas o se quedan estáticas al pie de las torres de observación de las creosotas. Tal vez el poeta le haya “puesto nombre a todas las aves sin utilizar escopeta alguna”, pero no al peludo y furtivo habitante del suelo de la gente pequeña de las zonas de escasa lluvia. Hay muchos y muy rápidos; sería imposible creer cuántos hay si uno no ve las huellas en la arena. Casi todos son trabajadores nocturnos, pues encuentran los días demasiado calientes y encandilantes. En medio del desierto no hay ganado, ni verá pájaros de carroña; pero si se interna más en esa dirección, tendrá más posibilidad de verlos pero sobre usted, haciéndole sombra con sus alas inclinadas. Nada del tamaño de un hombre puede moverse en este lugar sin ser visto, y estas aves saben muy bien la manera en que la tierra trata a los extraños. Existen indicios que hay que tomar en cuenta de cómo esta tierra fuerza a sus moradores a adoptar nuevos hábitos. El rápido incremento de sol al final de la primavera afecta algunas veces a los pájaros que tienen nidos y ocasiona un efecto revertido de la manera natural de incubación, de modo que se requiere mantener los huevos frescos en lugar de calientes. Una vez, en una primavera calurosa y sofocante en la región de Little Antelope, tuve la oportunidad de pasar varias veces frente al nido de un par de alondras que estaban instaladas, desdichadamente, en el refugio de una maleza muy rala. Nunca las vi incubando en el nido, sino hasta entrada la noche; sin embargo, al medio día se paraban a un lado o arriba, medio desfallecidas, con sus pobres picos lastimosamente entreabiertos; intercaladas entre su tesoro y el sol. Algunas veces, las dos juntas trataban de mantener un poco de sombra con sus alas extendidas y parcialmente elevadas, en un ambiente cuya temperatura al final me forzó, con un sentimiento de afinidad, a colgarles un pedazo de lona para que las protegiera permanentemente. En esa parte había una cerca que rodeaba una zona de pastoreo, y a lo largo de sus quince millas de postes, se podían encontrar con toda seguridad uno o dos pájaros resguardados en cada franja de sombra; algunas veces, encontramos al halcón y al gavilán arrastrando sus alas y con los picos abiertos, decaídos en la tregua del mediodía.

Si uno tiende a preguntarse en un principio cómo es que tantas personas llegaron a morar en el lugar más desolado que alguna vez haya salido de las manos de Dios, qué hacen ahí y por qué se han quedado, no encontrará la respuesta hasta después de que lo haya habitado. Ningún otro lugar le causa a uno tanto aprecio como esta extensa tierra marrón. Las colinas arco iris, la fina bruma azulada y la luz radiante de la primavera llevan consigo el encanto de la flor de loto. Ellos engañan el sentido

del tiempo; es por eso que, una vez viviendo ahí, uno siempre tiene la intención de irse sin darse cuenta de que en realidad nunca lo ha hecho. Los hombres que han habitado este lugar, mineros y ganaderos, le dirán lo anterior; tal vez no tan articuladamente, pero sí enfáticamente, maldiciendo la tierra y regresando de nuevo a ella. Pero eso sí, el aire del desierto es el más divino, es donde se respira el aire más limpio de cualquier parte del mundo de Dios. Algún día el mundo entenderá esto y los pequeños oasis, ubicados en lo más alto de las cimas ventosas de las colinas, proporcionarán a su prole alivio del tedio de sus casas. Existe ahí una promesa de poseer en abundancia minerales y otros elementos de la tierra, pero no es muy alentadora por encontrarnos tan apartados del agua y de condiciones explotables; sin embargo, esta tierra embruja a los hombres y los tienta a procurar lo imposible.

Habría que escuchar a Salty Williams cuando relata cómo acostumbraba acarrear grupos de dieciocho y veinte mulas desde el pantano de bórax hasta el Desierto de Mojave, noventa millas, con la carreta llena de barriles de agua. En los días muy calurosos, las mulas enloquecían tanto por querer tomar agua, que el chacoloteo de la cubeta las alborotaba terriblemente, rebuznaban de manera horrenda y se enmarañaban sus arneses, mientras que Salty se sentaba en lo alto de su silla con el pesado resplandor del sol en sus ojos y repartía palabras altisonantes de apaciguamiento con una voz desinteresada hasta que la algarabía disminuía por mero agotamiento. Había una fila de tumbas de poca profundidad a lo largo de ese camino; Salty y su ayudante estaban seguros de que ahí quedarían los cuerpos de uno o dos hombres de cada cuadrilla de peones que llegaban en la temporada de calor. Pero cuando murió su ayudante, de repente durante el descanso de mediodía, Salty renunció a su trabajo; dijo que había “demasiado canijo calor”. Sepultó a su ayudante por el camino, cubriéndolo con piedras para que los coyotes no lo desenterraran, y siete años más tarde leí el mensaje escrito a lápiz en el letrero de pino, aún estaba claro, sin deterioro por el clima.

Pero antes de eso, me encontré a Salty cuando me dirigía a Mojave, estaba cruzando Indian Wells. Su rostro, visto desde la silla alta, lucía bronceado y rubicundo, como una luna hambrienta; apareció entre el polvo dorado dirigiendo a sus dieciocho mulas. La tierra lo había llamado.

La sensación palpable de misterio en el aire del desierto da origen a muchas fábulas que generalmente tratan de tesoros perdidos. Si usted cree en las historias, le diré que hay una colina repleta de pepitas en algún lugar de los desolados litorales; una veta de plata pura; una vieja laguna arcillosa donde los indígenas sacaban el barro para hacer

ollas de cocina colmadas de pepitas de oro. Los viejos mineros que vagabundeaban por las orillas del desierto, curtidos por la intemperie y con semblanza similar a la de las colinas atezadas, le contarán de manera convincente historias como éstas. Uno termina por creerlas después de vivir un tiempo en estas tierras. Es un dilema entre si es mejor ser mordido por la pequeña serpiente cornuda del desierto que avanza de lado y ataca sin enroscarse, o por la tradición de la mina perdida.

Y, sin embargo, ¿no será que uno cae en el estilo dramático al escribir sobre el desierto para complacer la expectación? Mientras más lo deseen más lo obtienen sin importar que en el punto medio se pierda mucho de su amenidad. En ese lugar que empieza al pie del lado este de las sierras y se extiende a lo largo de las colinas que cada vez son más bajas, hacia el Great Basin, es posible vivir con pasión, ser entusiasta, tener deleites finos y pasar una y otra vez por el mismo camino de la jornada diaria cuya extensión, si la sumáramos, podría formar un estado de la costa del Atlántico, y esto sin estar expuestos a ningún peligro ni dificultad, de acuerdo con nuestra manera de pensar. De todas formas, las personas que fueron al desierto solamente para escribir no fueron las que inventaron la fábula de Hassaympa, cuyo relato cuenta que si uno bebe de sus aguas nunca más podrá ver la realidad como tal, sino verá todo radiante con el color del romance. Yo, que seguramente bebí de ellas en los catorce años de mis andares, estoy segura de que vale la pena.

El desierto compensa la cuota que le cobra al hombre con respiros hondos, sueño profundo y la comunión de las estrellas. El hecho de que los caldeos (astrólogos originarios de Caldea) fueran personas criadas en el desierto nos sorprende, nos da fuerza nueva en el descanso de la noche. Es difícil escapar del sentido de grandeza pues las estrellas se mueven en la inmensidad del cielo claro para salir y ponerse sin opacarse. Las estrellas lucen grandes, cercanas y palpitantes; como si se movieran bajo un importante servicio sin necesidad de declararlo. Avanzando por sus caminos en el cielo, no se preocupan para nada de los problemas del pobre mundo. No toman cuenta de ti que te acuestas por ahí a mirarlas, ni del coyote escuálido que se para a aullar y aullar entre los matorrales.



## Los críos del cielo

Elija una región montañosa con borrascas. Todo lo relacionado con el clima sucede ahí, en lo alto de su horizonte, y transforma su pavor en familiaridad. Si se pone uno a pensar, las tormentas calamitosas ocurren por los llanos, el mar, la arena o las praderas. Ahí sólo se recibe una pista de lo que viene cuando los dioses están que echan humo; éste aumenta desde el lugar donde se reúnen debajo del borde del mundo; y, cuando la tempestad estalla, no existe la calma ni el resguardo. Los horripilantes maullidos y mascullos de los ventarrones de Kansas tienen el terror adicional de la invisibilidad. Uno se ve absorbido por ellos como hierba arrancada; como si los terribles vientos nos tuvieran coraje. Pero las tormentas de las regiones montañosas tienen otras tareas. Forman los canales de agua, abonan los pinos, los transforman en una fibra más fina, permiten que los abetos sean convertidos en mástiles y astas, y, si uno se mantiene razonablemente lejos del curso de sus tareas, no resultará lastimado.

Aquellas tienen ciertos hábitos que vale la pena conocer, como su ruta establecida, las estaciones del año en que se forman y sus advertencias, y no dejan ninguna duda sobre sus obras. Quien construye su casa en un lugar por donde pasa el agua o en un lugar con pendiente, se atiene a las consecuencias. Así pasó en Overtown donde construyeron en el cauce de las aguas de Argus, y en Kearsarge en un remanso sin árboles. Después de veinte años, las aguas del Argus subieron de nivel destrozando las frágiles casas, y las nieves acumuladas de Kearsarge se deslizaron con un estruendo sobre las cabañas y el campamento; no obstante, uno puede darse cuenta de que la culpa no fue ni del agua ni de la nieve.

El resultado preliminar de un estudio sobre las nubes es el sentido de presencia e intención en la evolución de una tormenta. El clima no sólo sucede, sino que es la manifestación evidente del espíritu moviéndose en el vacío. Se reúne debajo de los cielos; llueve, nieva, se conmueve inmensamente con el viento, sonríe; por su parte, la oficina meteorológica, instalada convenientemente para esa tarea precisa, marca el registro en sus máquinas, saliendo a las calles, niega a su Dios, sin

tomar en cuenta el significado de lo que ha visto. Casi nadie toma en cuenta el hecho de que John Muir, quien conoce las tormentas de las montañas mejor que nadie, sea un hombre pío.

Elija, de las sierras altas, los terrenos de las cimas astilladas que se encuentran alrededor de los ríos Kern y King divididos para un estudio de tormentas, o los cortos cañones de boca ancha que se abren hacia el este sobre los valles altos. En los días en que las hoyas están inmersas en una inundación cálida y vinosa, las nubes llegaron caminando por el piso del cielo, planas y de color gris aperlado en su base, y redondas de color blanco perlino en su parte alta. Se juntan como parvadas, moviéndose sobre las corrientes planas de aire que circulan alrededor de las cimas, sus manos se entrelazan y se asientan con el aire más frío, trazando un velo en aquellos lugares donde realizan su trabajo. Si su reunión o partida es al amanecer o al anochecer, como frecuentemente sucede, uno puede observar la magnificencia del Apocalipsis. Habrá columnas de nubes de varias millas dando el aspecto de estar coronadas de nieve, glorificadas y conservando una apariencia tranquila ante la puerta abierta del sol, o quizá habrá simples fantasmas de nubes que bailan al son de algún flautista de Hamelin, producido por alguna ráfaga inadvertida. Pero así sea de día o de noche, una vez que se ponen a trabajar, sólo se puede ver desde las colinas la pared lisa de sus tiendas extendidas a lo largo de las sierras. Para saber realmente las consecuencias de una tormenta montañosa, uno debe estar en ella.

Alguien que frecuenta una región montañosa aprende a evitar decir: “¿Qué tal si llueve?” Siempre llueve en algún lugar entre las cumbres: sería poco usual librarse de la lluvia. Tal vez se lo imagine mejor si toma en cuenta las artimañas que las plantas poseen para salvar su polen de los chubascos. Observe cuántas hay con flores de garganta profunda yacampanadas como los *Penstemons*, comúnmente nombrados dientes de león, cuántas tienen pedúnculos balanceándose como las aguileñas y cuántas brotan bajo el resguardo de los matorrales, y sólo ahí crecen. Se percibe el encanto vívido de los charrones ligeros del verano en los cañones junto al consuelo de saber, por experiencia, que una mojada de las alturas no causa daño. El día es cálido; una nube blanca se asoma sobre la pared del cañón, se desliza por atrás del cerro, lo atraviesa siguiendo algún camino airoso, y tapa el sol. Enseguida, se escucha el tamborileo de la borrasca sobre las hojas anchas del eléboro y golpetea al mímulo que crece a un lado del arroyo.

Uno se refugia en el abrigo de algún pino resistente donde se posan unas mariposas con sus alas cerradas y unos animalillos graciosos

del bosque. Pequeños arroyos de agua de lluvia que bajan desde los glaciales se arremolinan entre las agujas del pino hasta formar riachuelos; los arroyos se espuman y crecen dentro de sus cauces. El cielo se torna blanco con las nubes; el cielo se vuelve gris con la lluvia; el cielo está despejado. Los torrenciales de verano no dejan rastro.

Los torrenciales continúan uno tras otro, día con día y por semanas en el transcurso del clima de agosto. Algunas veces se hielan repentinamente en tormentas de agua nieve que se acumula alrededor de los jardines del lago hasta los bordes de los huertos en flor, y se derriten sin perjuicio. Algunas veces se tiene la buena suerte de observar cómo se forma una nube de lluvia en medio del aire desde un promontorio cubierto de brezo. Por encima de la pradera o de la zona del lago, el cielo empieza a oscurecerse un poco, sin nubes ni aire, solamente con una fumosidad similar a la de los espectros cuando aparecen en los cuentos de brujas.

Dicha fumosidad irradia en el cielo formando películas flotantes de los cañones ocultos. Comienza la llovizna, “velo del más fino linón que cae lentamente”; se asoma el aire y arrastra a ese ente sin forma, de un lugar a otro en la pradera, o si no, las gotas trazan de refilón los hoyos en la superficie de un lago sombrío y el ente se disuelve conforma avanza. Lloviznas como éstas alivian igual que el llanto.

La misma temporada acarrea las tempestades que tienen faena por hacer, son chubascos labriegos que transforman la faz de las cosas. Éstas aparecen con estruendo y con el juego de un relámpago intenso a lo largo de los peñascos. Surgen con vientos muy fuertes que ponen a prueba la utilidad de los pinos como mástiles en el mar, y desechan a los débiles. Forman avalanchas de astillas desde los contornos de las cumbres y provocan crecientes repentinas como si fueran frentes de batalla con cañones en contra de los pueblos, árboles y pedrones. Si pudieran serían benévolas; sin embargo, tienen otros asuntos más importantes que hacer. Dichos temporales, llamados comúnmente por la gente del pueblo como aguaceros, no son simples lluvias, sino el derramamiento de la copa de Tor sacudida por Júpiter. Tras uno de éstos, el agua que mana a millas de distancia de la boca de riego del pueblo se torna blanca a causa del burbujeo violento ocasionado por las corrientes agitadas de aire.

Cualquiera puede estudiar por medio de la geografía todas las huellas que las tormentas dejan sobre la faz de la Tierra, mas no lo que ocasionaron a nuestros contemporáneos. Recuerdo una noche de lluvia ensordecedora que se tornó extremadamente triste por el llanto de un puma sin cobijo, cuya madriguera, y tal vez hasta su familia, habían sido sepultadas debajo de un alud de peñas quebradas, en la cuesta de



Kearsarge. Habíamos escuchado la fuerte detonación del derrumbe cerca de la hora en que se ve el resplandor del sol sobre las cumbres de las montañas en el anochecer, un intervalo róseo pálido en la aurora oscurecida; creemos que el puma regresaba de cazar cuando llegó a su risco destrozado y estuvo deambulando toda la noche afuera de él con un lamento muy humano. También recuerdo que, en esa misma temporada de borrascas, un lago se tornó blanco como la leche por días, y todo el lodo que cayó por la ira de la lluvia lo desbordó, dejando a las truchas flotando boca arriba, atolondradas por el impacto de la inundación repentina. No obstante, al año siguiente, había bastantes truchas para lo que quedó del lago y el pasto empezó a crecer alrededor del borde más alto del agua. Lo que más me agobió cuando un aguacero destruyó uno de los cañones que más me gustaba fue ver una lince madre tratando de rescatar a sus gatitos ahogados entre los escombros de su madriguera construida en el derrubio, arriba del lindero de las aguas habituales, más no lo suficientemente lejos para lo inesperado. Después de un tiempo, uno logra adoptar la opinión de los dioses respecto a estas cosas para liberarlo de estar apesumbrado.

Vale la pena observar las fuertes nevadas que brotan a principios de invierno por ser las mejores, antes de éstas aún no hay nieve, a excepción de los bancos perpetuos en las alturas. Las nevadas llegan frecuentemente antes de que las últimas floraciones se hayan marchitado y mientras los pájaros migratorios todavía revolotean en los bosques de pino. Muy pocos de ellos se retiran a la parte baja de la cuenca; sin embargo, la bandada de mirlos revolotea por las calles, los ánades silvestres se divisan con su bajo vuelo sobre los tulares y se aprecia el amontonamiento de nubes en la zaga de los Williamson. Primero, se percibe una quietud de espera en el bosque, los pinos crujen aun cuando no hay viento; el cielo amenaza y los abetos se bambolean a orillas del agua. El fragor del riachuelo crece persistentemente y, de repente, calla completamente como si fuera un niño sorprendido por el silencio súbito de alguna estancia.

Esta alteración del tono de la corriente de agua, después de los cambios morosos del sol para derretir la nieve, produce la música del bosque más significativa. Enseguida emerge un viento trompetero y fugaz que llama a los animales silvestres a refugiarse en sus guaridas. Algunas veces la advertencia se queda suspendida en el aire por días con una quietud creciente. Solamente el cuervo de Clark y los grajos estridentes le dan poca importancia; sólo ellos se dan ese lujo. El ganado baja a las colinas al pie de la montaña y los animales que habitan en la tierra cierran con fuerza sus puertas. El frío aumenta, las nubes ciegas buscan a tientas en los cañones; quizá habrá algún retumbo

de trueno o una ráfaga de lluvia, pero la nieve nace principalmente en el aire con serenidad y el sentido de los piñones albos y vigorosos suavemente se menea. El viento se acrecienta, es húmedo y agolpado, y transforma el mediodía en una noche blanca.

El viento raramente brota con las primeras nevadas, es más frecuente que caiga la lluvia; sin embargo, más adelante, los amontonamientos de nieve aparecen cuando ya hay uno o dos pies uniformes de ésta sobre todos los declives. Las últimas nevadas son finas y secas, puros granitos de hielo a la voluntad del viento. Después de una tempestad, las mañanas ansiosas estallan con guirnaldas e insignias desde las colinas altas, esparcidas entre los cañones.

“La gran nevada” se da, más o menos, una vez al año. Los pabellones de nubes se extienden para cubrir la cuenca y una o dos praderas alrededor, y se extienden con fuerza para tapar el sol. Las tormentas como ésta inician con calor y seca bruma blanca que colma y atesta las laderas de los cerros; el aire se presenta continuamente con un lamento informe. Después de esto, no se percibe rastro alguno, por días, de las serranías cercanas hasta que la nieve empieza a aligerarse y algún picacho saliente se levanta a través de una rasgadura en las nubes. Las mañanas posteriores a las nevascas densas son de color azul acerino con un frío de doble filo: divinamente frescas y tranquilas, y éstas son las ocasiones para subir hasta donde están los pinos. Ahí uno puede encontrar carneros viejos del rebaño silvestre tratando de caminar entre los inestables montones de nieve; débiles por sus años y por el hambre, son presas fáciles de cazar. Incluso el ciervo camina despacio en la espesa nieve; una vez, encontramos a un carcajú desorientado y débil, en el resplandor blanco.

Ningún árbol resiste el peso de la nieve con tanta facilidad como el abeto. Las ramas en forma de estrellas en espirales extendidas como abanicos penden como suaves coronas que caen y se pegan al tronco por completo; es entonces cuando alcanzan el punto de sobrecarga; se presenta un suave susurro y una caída sorda, las ramas se recuperan y el peso continúa hasta que los cúmulos de nieve han llegado a los espirales centrales y han cubierto las ramas.

Cuando las nevadas son peculiarmente húmedas y densas cubren, como una tienda de soportes verdes, los abetos más jóvenes donde se albergan los pajarillos que les gusta el invierno.

Todos los temporales que se crean en las colinas del desierto, a excepción de las tormentas de viento, carecen de fuerza. Por el este y el oeste de las sierras surgen las tormentas en extensiones de tierra casi paralelas, hacia el desierto. La lluvia no se suelta ahí, a excepción de alguna nube extraviada a lo lejos o de algún viento vagabundo del Golfo

de California, y esto solamente en invierno. En verano, el cielo se afana con truenos y destellos de fucilazos para obtener unas cuantas gotas grandes como burbujas y, una vez en la vida, la oportunidad de convertirse en un torrente. Pero no se tiene idea de la fuerza que reside en las cosas naturales hasta que se ha experimentado una ventisca en el desierto. Uno espera que se presente al cabo de dos estaciones, húmeda y seca, con los nervios tensos y electrificados. A lo largo de la orilla de la mesa, donde se declina hacia la cuenca, empiezan a elevarse los remolinos de polvo blanco y uniforme, impulsados hacia arriba como el genio que sale del frasco del pescador. Uno supone que los indios norteamericanos deben haber aprendido a usar las señales de humo de estas columnas de polvo, así como habrán aprendido la mayoría de sus costumbres en forma directa de la tutela de la tierra. El aire comienza a moverse fluidamente, soplando tórrido y gélido entre las sierras. En lontananza, hacia el sur, se eleva un oscuro de arena contra el cielo; crece, el viento se sacude y despide un aroma a tierra. La nube de polvo fino coge un color dorado y cubre las cercanías; el impulso del viento es despiadado. De todos los seres, sólo el hombre es lo suficientemente tonto para hurgar en él. Aunque estando adentro de una casa es verdaderamente peor; no existe el socorro para el polvo y sí un gran pavor al rechinado de la madera. No es posible mirar de frente con esa ráfaga; y la punzada de la arena, minúscula y aguzada, es más dolorosa sobre la piel expuesta que cualquier picadura de insecto. Es posible dormir, más el toque suave del viento enfada hasta el punto de sentirse totalmente cansado por el abatimiento; aunque existe el temor, algunas veces justificado, de ser enterrado por la arena en terrenos abiertos del desierto. Es un trabajo caluroso, sediento y mohíno; mas caminando por el terreno con el viento a sus espaldas, uno se puede encontrar con objetos singulares en su intimidad tumultuosa. Me gustan estas treguas de viento y calor que el desierto forma, de otra manera no sé cómo llegué a relacionarme tanto con estas personas tímidas. Me gusta ver a los halcones acomodarse espantados en sus guaridas superficiales sin osar desplegar una sola pluma; a las palomas posando en hilera en los arbustos de espinas y al ganado, con los ojos cerrados y la cola volteada al viento, en su dormitar pasivo. Me gusta la polvareda de arena entre las dunas y encontrar serpientes pequeñas enroscadas en lugares abiertos; por el contrario, no me agrada nada estar con las ovejas necias en un ventarrón. El viento les roba el poco sentido que tienen y parece que nunca aprenden el estupor autoinducido e hipnótico con el que la mayoría de las criaturas salvajes resisten el mal tiempo. Nunca he escuchado que las ráfagas del desierto dañen a nadie más que a los

pastores extraviados y a sus rebaños. Una vez, un poco más abajo de Pastaria, el pequeño Pete me mostró unos huesos incrustados en la arena donde un rebaño de doscientos borregos se había asfixiado con una ventisca anterior. Las dunas formadas por el soplido del viento habían sepultado los postes de cuatro pies de altura que conforman la cerca del ganado en bastantes poblaciones.

Uno se mantiene suficientemente ocupado mirando la marcha de las nubes y la cavidad del cielo cuando no hay señales de borrasca. Desde Kearsarge, por ejemplo, uno puede ver sobre Inyo y divisar masas de nubes rosa pálido durmiendo en el aire del desierto llano; hacia el sur, una tropa blanca se apresura, pues se ha demorado para alguna reunión de su tipo detrás de Oppapago; acechando al pie de Waban, la bruma, que tiene la apariencia de lana, se arrastra hacia el sur. En el claro, en medio del cielo, se aprecian algunos senderos uniformes; y, en la parte más alta de la atmósfera, los pequeños rebaños vagando en sentido contrario sin pastor que los dirija. Los nombres correctos de estas cosas los encontrará en los reportes de la oficina meteorológica —cirrus, cúmulos y otros por el estilo— además de los mapas que ayudarán al estudio de cuándo es mejor sembrar y cuándo cosechar. Es sorprendente cuando la gente se preocupa por investigar cuándo es el tiempo justo para sembrar papas, mientras ignoran el significado eterno del cielo. Varias mañanas, de pie sobre los promontorios ventosos, uno tiene que suprimir el sentido de la realidad cuando se obtiene el mismo arco iris en un cúmulo de nubes sobre Waban y la rociada de la manguera de su jardín. Y aunque estos dos arco iris son iguales, uno no siempre llega a vivirlo.



## El pueblito de Las Uvas

Todavía existen algunos pueblos en el Oeste, donde las codornices gritan cuidado; donde toda conversación es tranquila y el trato cortés; donde todos los platos tienen chile y se festeja más el dieciséis de septiembre que el cuatro de julio. Me refiero en particular al pueblo de Las Uvas. Yo no soy quien le dirá dónde se ubica ni cómo llegar ahí; preferiría mostrarle el nido de alguna garza en los tulares. Atrás, se observa una cumbre luciéndose por encima de los pinos de los alerces; arriba, una oleada de colinas rojizas que tienen lomas extensas se dirigen hacia el valle junto con la orilla precipitosa de los acantilados ondeados que conducen hacia las sierras.

Debajo del pueblo Grape Vines, cuyo nombre más corto y más común es Las Uvas, la tierra fluye hacia las praderas del río y de los tulares. Se oculta debajo un sombrero matorral de las parras, abajo de la bóveda de los árboles de álamo, amodorrado y susurrante como una colmena. Por aquí, hay algunas franjas de cultivos y compuertas que retienen el agua del arroyo para la presa del pueblo; río arriba, se escucha el retumbo de la arrastra. Las enredaderas salvajes que inician entre los sauces caen sobre las hileras del huerto, toman el enrejado y el cumbretero.

Más arriba de Las Uvas hay otro pueblo que amerita algo de atención: un pueblo de arcos y pequeñas colinas airoosas, repletas de jilgueros, mirlos, pájaros que comen frutas, pequeños halcones astutos y sinsontes que cantan por las noches. Estas aves cantan montones de cavatinas, insoportablemente dulces y penetrantes cuando pasan por encima del aroma de la florescencia y la fragancia almizcleña de la fruta. De hecho, en Las Uvas, el canto se da por la noche, así como dormir es para el mediodía. Cuando la luna llena llega al otro lado de la pared montañosa recién bañada por el mar, y las sombras se tienden como franjas sobre los pisos estampados de los patios, el rasgueo de las guitarras y la voz del canto se escuchan de nicho en nicho en la enredadera de la parra.

Los pobladores de Las Uvas mantienen firmes todas las buenas costumbres extraídas del México de sus antepasados o de las que se crían en una nación alimentada de loto; beben, se divierten y después buscan algo

para comer; paren niños, nueve o diez por familia; organizan peleas de gallos; respetan la siesta; fuman cigarrillos y esperan la puesta de sol. Siempre bailan, al anochecer sobre los pisos planos de adobe y por las tardes bajo los enrejados, donde la tierra está húmeda y despide un olor a fruta. Una petición de matrimonio, una boda, un bautismo o la simple cercanía de una guitarra son razones suficientes para festejar; y si la ocasión no se presenta, mandan por una guitarra y se baila de todas maneras.

Pero todo esto requiere explicación. Antonio Sevadra descubrió La Golondrina mientras caminaba sin rumbo ni meta por este camino desde el México de antaño, por las numerosas crecientes que entraron al distrito de Tappan, después del primer descubrimiento importante de plata. Era una veta abundante y Tony, un buen tipo, para poder trabajarla trajo a todos los Sevadra, inclusive a los de segundo grado; a todos los Castro, familiares de su esposa; a todos los Saise, Romero y Escobar, los parientes de sus familiares políticos. Ahí tiene el inicio de un pueblo bastante grande. A ellos, se les suma una gran cantidad de hispánicos de California que llegaron del sudoeste atraídos por los negocios del oriente de Estados Unidos. Sin embargo, los habitantes de La Golondrina empezaron a irse otra vez, cuando el precio de la plata bajó y la mena disminuyó. Todo el remolino ardiente de la vida minera desapareció de esa región de las colinas, aunque siempre hubo algunos muy perezosos, otros sin recursos para moverse o quienes se adaptaban fácilmente al pueblo de Las Uvas.

En la actualidad, nadie viene al pueblo de Las Uvas a menos que venga, como decimos, “con el resuello de un llanto”; pero de estos, hay suficiente. En todas las ventanas se ven las cabecitas de los niños. ¡Ah! ¡Pero eso sí! Tener un bebé cada año o algo así, según el tiempo lo establezca, y mantener llenos los pechos, es un orgullo. Así de grandioso y fácil es encontrar una bendición como el matrimonio. Se dice que cuando Ruy García fue por su licencia para casarse, le hizo falta un dólar para pagarle la cuota al oficial de Secretaría, pero se lo pidió prestado al sheriff, quien quería reelegirse y, con esta acción, mostrar una prosperidad loable. ¿Qué importa la escasez de comida o de carne si se cuenta, tal vez, con algún vecino que ayude a obtenerla? Además, algunas veces hay un punto de honor en esas cosas. Jesús Romero, padre de diez, estuvo trabajando en la Marionette embolsando mena, pero dejó de hacerlo por voluntad propia. —Y ¿por qué? —expresó Jesús—, por mi familia.

—Así es señito —repitió solemnemente—, mi voy a la Marionette, trabajo y como carne, empanadas y frijoles. Es bueno, muy bueno. Voy a casa el sábado por la noche y veo mi familia. Juego un partidito de póker con los muchachos, tomo un poco de vino y se va todo mi dinero.

Mi familia no tiene dinero ni nada qui comer. Todo el tiempo que he trabajado en mina como bien, muy buena comida y siento lástima por mi familia. No, no, señito, ya no trabajo más en esa Marionette, me quedo con mi familia—. Y lo sorprendente de esto, creo yo, es que la familia tiene la misma opinión.

Todas las casas del pueblo de Las Uvas tienen su solar con plantas de maíz, frijoles bayos y una fila de chiles que se pintan de rojo con el sol. En los bordes húmedos de las zanjas de riego tienen montones de hierba santa, marrubio, nébeda, nardo y hierbas sanas de todo tipo, incluyendo las curativas; pero si no hay chiles, entonces no hay nada. En una cena de día festivo en Las Uvas, el menú será: sopa con albóndigas rellenas con chile, pollo con chile, arroz con chile, frijoles refritos con más chile, enchiladas que se hacen con tortillas, salsa de chile, jitomates, cebolla, queso gratinado y aceitunas; y para la salsa de chile, tepines pasados en un platillo. Todo esto es bueno y correctivo para el estómago. Habrá vino de buen cuerpo que cada hombre prepara en su casa; su bouquet es inimitable; y dulces cuyo sabor no se compara con su apariencia.

Este tipo de comida la encuentra principalmente en dos ocasiones especiales: siempre el dieciséis de septiembre o en las visitas de cada dos años del padre Shannon. Es absurdo, por supuesto, que el pueblo de Las Uvas deba tener un sacerdote irlandés; pero Black Rock, Minton, Jimville y todos los alrededores de esa región rural, no lo ven así. El padre Shannon los visita a todos: se espera por un lado de la colina Red Butte para confesar a los pastores que van con sus rebaños; lleva la bendición a las pequeñas minas solitarias y, así, en el transcurso del año y pico, trabaja alrededor de Las Uvas para enterrar, casar y bautizar. Entonces, todas las tumbas pequeñas del campo santo se iluminan con velas. Las cabeceras de pino café florecen como el bastón de Aarón con rosas de papel y brillantes adornos baratos de Nuestra Señora de las Lamentaciones. Entonces, la señora Sevadra, quien se piensa la elegida del cielo para ese oficio, recoge a los pecadores originales, los pequeños Elijas, Lolas, Manuelitos, José y Felipes, a fuerza de juramentos y dulces contrabandeados en las pequeñas palmas sudadas para prepararlos para el sacramento.

Sin disimular, solía espiarlos en la sala de doña Ina; ahí, veía a los pillines con ojos de Rafael (el ángel) moviéndose de rodillas de lado a lado para descansar del piso desnudo; las velas sobre la repisa de la chimenea para dar un aire religioso y el majestuoso fajo de flores silvestres ante la Sagrada Familia. Cuando llega el domingo, se pone el altar en la escuela, con sus vestiduras sagradas finamente trazadas, candelabros de plata forjados y las imágenes de la cera mostrando la gloria de Las Uvas, traídas hace cuarenta años en el lomo de una mula desde el México antiguo.



Todos vestidos de blanco, los comulgantes subían de dos en dos en un dulce sobrecogimiento silencioso para tomar el cuerpo de su Señor, y Tamaso, el monaguillo, trataba de mostrar humildad en su tarea. Después de esto, se cenaba y se tomaba una botella de vino de uvas que habían madurado sobre la ladera asoleada de Escondito. Durante la semana, el padre Shannon había confesado y absuelto a su gente, quienes, al tener su conciencia limpia, mejoran su apetito y el padre les da un ejemplo. El padre Shannon tiene una panza grande que apenas alcanza para albergar la gran carcajada que vive en él; es, sin duda, un examinador de corazones muy sagaz. Se dice que uno consigue descanso en su confesionario y yo, por mi parte, lo creo.

Aunque se hace cada año, los preparativos para la celebración del dieciséis toman su tiempo, al igual que prepararse para la primera comunión. Las señoritas obtienen un vestido nuevo de una pieza y las señoras un rebozo. Los jóvenes se hacen de un nuevo ribete plateado en sus sombreros, corbatas indescriptibles, pañuelos de seda y cuero nuevo para sus espuelas. Esta es la época en que los chiles resplandecen en los jardines, la pequeña codorniz grita: —¡Cuidado! ¡Ten cuidado! —y se pueden escuchar los “cratch, cratch” del metate en los nichos de los viñedos donde cómodamente las damas de mayor edad, cuya experiencia les da el toque de arte, muelen el maíz para los tamales.

Los maestros que llegan a Las Uvas siempre han querido empezar la escuela el primero de septiembre, pero no consiguen nada pues los pequeños Castro, García y Romero no piensan más que en las fiestas y en las peleas de gallos, y esto no se les quita hasta después del dieciséis. Creo necesaria una explicación: este día es el aniversario de la República, cuando la libertad despertó y gritó en las provincias del México de sus antepasados. A la media noche, los gritos de ¡Viva la Libertad! que vienen de la calle, despiertan a la gente que desde adentro de sus casas y de los rincones de los viñedos gritan en respuesta: —¡Viva México!— Al amanecer, conmemoran la tragedia del infeliz Maximiliano con disparos al aire y, entonces, surge la música con el más noble de los himnos nacionales, al mismo tiempo que la gran bandera de México empieza a subir en el asta de la pequeña plaza solitaria del deteriorado pueblito de Las Uvas. El sol sobre la montaña Pine, se encuentra con el águila de Moctezuma antes de tocar el pueblo y los viñedos. El día empieza con un gran grito. Después de un tiempo, se dará lectura a la Declaración de la Independencia y un discurso con muchos ¡Vivas!; todo el pueblo porta sus mejores vestidos y hay exhibiciones de charrerías que hacen que los frenos de los caballos se llenen de su baba espumosa y que las espuelas queden ensangrentadas; también hay una pelea de gallos.

En la noche habrá baile y ¡qué música! El viejo Santos, hombre pequeño y delgado con semblante de santo, toca la flauta; el joven García toca la guitarra, la cual tiene alma, y Carrasco el violín. Los tres se sientan en una plataforma alta, arriba de los bailarines iluminados por las velas; a sus espaldas, se distingue el verde, blanco y rojo de la bandera del México antiguo y tocan fervientemente la música como no la ha de escuchar en ningún otro lado.

Por la medianoche, bajan la bandera. Considérese desafortunado si no se conmueve por esa actuación. La montaña Pine observa desde arriba con su blancura; con los fogones de los pastores que se ven claramente en las colinas oscuras. La plaza, el polo desnudo refulgido, la gente oscura y los vestidos brillantes se iluminan con un tono rojizo causado por una hoguera. El reflejo llega al águila de la bandera y se extingue. La música empieza a sonar suavemente aparte. Tocan aires de viejas nostalgias y de exilios. Lentamente, la bandera baja con un movimiento ondulado por la brisa de la medianoche. Algunas veces se canta un himno, y siempre hay lágrimas. La bandera está abajo; Tony Sevadra la ha recibido en sus brazos. La música golpea con un bárbaro tono rimbombante y otra bandera empieza a ascender despacio; se toma uno o dos respiros para darse cuenta que son el himno y la bandera de los Estados Unidos; se suelta un tiroteo y volvemos, si gusta usted, a la California de Norteamérica. Cada joven que tiene la sangre de patriota abraza la bandera que carga Tony Sevadra, el más feliz de todos si consigue tocar una esquina. La música comienza antes, la gente le sigue de dos en dos cantando. Cantan de todo: *América*, la *Marseillise* para honrar a los pastores franceses que viven ahí; el himno de Cuba y el nacional de Chile para consolar a dos familias de ese lugar. Guardan la bandera, las veladoras y la vestimenta del altar en la casa de doña Ina. No es hasta entonces que Las Uvas come tamales y baila hasta que el sol sube por la ladera de la montaña Pine.

No se debe suponer que en Las Uvas no se celebra el cuatro de julio, nacimiento de Washington, y el Día de Acción de Gracias. Déjeme decirle que estos días son excelentes pretextos para librarse del trabajo y bailar; eso sí, el dieciséis de septiembre es el día festivo de corazón. El Día de Muertos, la gente adorna las tumbas con guirnaldas y pegan nuevas figuras de santos en las cruces de madera. Hay una gran virtud en rezar un avemaría en el Campo de los Santos. Me gusta ese nombre que la gente de habla española le da al jardín de los muertos, campo santo, se me figura como si colocaran a los muertos en una cama de curación en la cual las almas ciegas y pecadoras son curadas y se elevan

a alabar a Dios. Algunas veces, el discurso de la gente humilde da una idea de la verdad que el entendimiento no logra alcanzar. Estoy convencida de que sólo un alma compleja puede obtener algún bien de una religión sencilla. La gente del campo es poeta y simbolista. Nosotros nos criamos en un ambiente de pavimentos de asfalto, somos un cuerpo de personas cuyos credos son mayormente restricciones en contra de la forma de vivir de otras personas; y tienen cocinas y letrinas bajo el mismo techo donde alojan a su Dios. Este tipo de persona va a la iglesia a edificarse; en cambio, en Las Uvas van por pura veneración y a suplicar a Dios. La generosidad y la cortesía son la conclusión lógica de la fe en que todo lo bueno viene de Dios. Con el ahorro de una comida se puede comprar una vela para el niño muerto del vecino. Sería tonto suponer que esa vela no tiene provecho.

En Las Uvas cada casa es un pedazo de tierra con pared gruesa de adobe blanco que incluso la mantiene a una temperatura constante como la de una cueva; todos los hombres son excelentes caballistas y por lo tanto cascorvos. Todas las familias tienen perros, chuchos pulgientos que se recuestan dormilones sobre los pisos de tierra. Las personas hablan un castellano más puro que el que pueda existir en pueblos parecidos a éste en México y todos se consideran más o menos parientes. No hay mucha maldad entre ellos. ¿Qué incitaría a robar o a matar en un lugar donde hay poco que robar y lo que hay lo puede pedir prestado? Si se aman muy candentemente se comen, como se dice, “la torta antes del recreo” y así lo hacen hasta los mejores. ¡Bueno! ¡Qué! ¿Acaso un hombre debe ser santo antes de su muerte? Además, la sagrada Iglesia se lo quita de una manera u otra antes de que todo esté consumado. Venga conmigo, usted que está obsesionado con su propia importancia en relación con todo lo demás y no ha obtenido nada sin haber sudado, salga por los valles cafés y a las colinas soleadas, los días poco agitados, a la bondad, a la cercanía de la tierra y a la tranquilidad del pueblo de Las Uvas.

## FUENTES CONSULTADAS

- Austin, Mary (1903a). *The land of little rain*. Boston y Nueva York: Houghton y Mifflin [en línea]. Electronic Text Center. Universidad de Virginia, Charlottesville, 1999 [versión electrónica revisada en 1995 por Deirdre A. Johnson]. Consultado el 7 de marzo de 2006 en <http://etext.virginia.edu/toc/modeng/public/AusRain.html>
- (1903b, diciembre 1). "From The Dial" [versión electrónica]. Consultado el 27 de febrero de 2001 en <http://odin.english.udel.edu/callahan/austin.dial>. Disponible también por Altavista.com/The Internet Public Library en Online Literary Criticism Collection.
- Babcock Gove, Philip (Ed.) (1993). *Webster's third new international dictionary of the English language unabridged. A Merriam-Webster*. Springfield, Mass: Merriam-Webster, 2662 p.
- Bio.biography.com (1996). "Houghton, Henry Oscar (1923-1895)". Autor. Consultado el 22 mayo de 2001 en <http://www.biography.com/search/article.do?id=9344638>
- Campbell, D. (Ed.) (2006). "Mary Hunter Austin (1868-1934)". American Literature Sites. Consultado el 7 de marzo de 2006 en <http://www.wsu.edu/~campbelld/amlit/austin.htm> (Disponible también por Library Movements.)
- Coulson, J, C.T. Carr, Lucy Hutchinson & Dorothy Tagle (Eds.) (1975). *The Oxford illustrated dictionary* (2.<sup>a</sup> ed.). Londres, Reino Unido: Oxford University Press, 998 p.
- Cuyás, Arturo (1966). *Nuevo diccionario Cuyás inglés-español y español-inglés de Appleton* (15.<sup>a</sup> ed.) México: Cumbre, 2 ts., 698 p.
- Diccionario enciclopédico gran Espasa ilustrado* (1997). Madrid: Espasa-Calpe, 1454 p.
- Enciclopedia hispánica, Macropedia* (1990). Barcelona: Encyclopaedia Britannica, vol. 14, 408 p.
- Enciclopedia Larousse juvenil* (1987) (3.<sup>a</sup> ed.). Barcelona, España: Vergara, vol. 3, 576 p.
- Enciclopedia universal Grolier* (1972). España: Grolier y Danae, vol. 5.
- Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana* (1928). Madrid, España: Espasa-Calpe, t. LXIII, 1646 p.
- El pequeño Larousse ilustrado* (2000) (6.<sup>a</sup> ed.). Colombia: Larousse.
- Finks Withaker, Richard (1993). *Lanslide in Metztlán, Hidalgo, México*. Canadá: McMaster University Hamilton, 190 p.
- (1997). *Form and format. A pattern book of standards for basic types of written expression in english*. Guadalajara: UAG, 208 p.
- (1999). *Guía de estilo y formato para trabajos de investigación y tesis*. Guadalajara: UAG, 45 p.

- Frausto, Oscar *et al.* (1996). *Análisis morfoedafológico de la zona agrícola y áreas aledañas a la localidad de Tuxpan, Michocán*. México: UNAM, 18 p.
- Gaméz, Tana de (Ed.) (1973). *Simon and Schuster's international dictionary: English/Spanish; Spanish/English*. Nueva York: Simon & Schuster, 1597 p.
- Goetz, Philip W. (Ed.) (1989). *The new Encyclopædia Britannica* (15.<sup>a</sup> ed.), vol. 22. Estados Unidos: Encyclopædia Britannica, 1002 p.
- Landau, Sidney I. (Ed.) (1990). *The Bantam Roget's thesaurus*. Estados Unidos: Bantam, 804 p.
- Leech, Geoffrey (1989). *An A-2 of English grammar usage*. Reino Unido: Longman, 575 p.
- Lugo Hubp, José (1989). *Diccionario geomorfológico*. México: UNAM, 337 p.
- Mabberley, D.T. (1924). *The plant book*. Oxford: Oxford, 707 p.
- "Mary Austin: The creator of Land of Little Rain" (s.f.). Consultado el 20 de septiembre de 2000 en <http://odin.english.udel.edu/robbyb/maustin.html>. Disponible por Altavista.com/The Internet Public Library en Online Literary Criticism Collection.
- Minucio, Ángel Martín (1997). *Ciencias de la naturaleza. Botánica II. Plantas superiores*, 5. Barcelona, España: Planeta, 504 p.
- Mish, Frederick C. (Ed.) (1990). *Webster's ninth new collegiate dictionary. A Merriam-Webster*. Estados Unidos: Merriam-Webster, 1564 p.
- Moreno, Nancy P. (1984). *Glosario botánico Ilustrado*. Xalapa, Veracruz: Instituto Nacional de Investigaciones sobre Recursos Bióticos / Continental, 300 p.
- Rengifo Lozano, Bernardo y Catalina Pizano Salazar (Eds.) (1999). *Diccionario de sinónimos y antónimos*. Colombia: Norma, 338 p.
- Sinclair, John (Ed.) (1993). *Collins Cobuild. English language dictionary*. Nueva York: Harper Collins, 1703 p.
- "Textual Analysis and Criticism" (s.f.). Consultado el 17 de octubre de 2000 en <http://odin.english.udel.edu./josephk/textcrit.html> (Disponible también por Altavista.com/The Internet Public Library en Online Literary Criticism Collection.)
- The Chambers dictionary* (2000). Gran Bretaña: Chambers, 1984 p.
- Velázquez de la Cadena, Mariano (1967). *Enciclopedia Barsa. Nuevo diccionario de pronunciación de las lenguas inglesa y española*, t. II. Nueva Jersey: Prentice-Hall, 771 p.
- Voller, Jack G. (2005, abril 1). "Mary Austin." *The Literary Gothic*. Consultado el 26 de abril de 2006 en <http://www.litgothic.com/Authors/austin.html>

FRANCIS SCOTT FITZGERALD

---

Bernice y su atrevido  
corte de pelo

ARMANDO PÉREZ MORFÍN  
TRADUCTOR

---



## Prólogo

En 1896, a finales del mes de septiembre, nace Francis Scott Key Fitzgerald, hoy en día considerado uno de los pilares de la literatura estadounidense de los recatados años veinte. En su ciudad natal, en el estado de Minesota, fue criado bajo la influencia católica de su familia, pues sus orígenes eran netamente irlandeses. Fitzgerald se matriculó en la Universidad de Princeton, pero no tuvo éxito en obtener un título universitario. Más tarde, decidió ingresar en las fuerzas armadas con el propósito de ir a la guerra. Su importante trayectoria en el área de las letras dio inicio cuando *This side of paradise* (1920) le proporcionó tal popularidad que le abrió las puertas en el mundo de las publicaciones periódicas; publicó en prestigias revistas como *Scribner's* y *The Saturday Evening Post* (“Fitzgerald, F. Scott”: s.f).

Las obras de Fitzgerald mostraban la forma de vida de “los locos años 20” (*La generación perdida*: 1999), en Estados Unidos. Relataban cada detalle de las “locuras” de aquellos años: reuniones sociales sin inhibiciones y los grandes y fructíferos negocios (algunas veces ilegales) que proliferaban en las grandes urbes a principios de la década; además, trataban de los problemas y las vivencias de la juventud de una manera explícita (Fitzgerald: 1998). A tal época la llamó: “La era del jazz” (Lamberto: 2001). Fue la época de un cambio radical que “afectó todos los aspectos culturales” (Lamberto: 2001) tanto de Estados Unidos como de muchas otras partes del mundo.

Definitivamente, Fitzgerald vivió con plenitud aquellos años: “la ironía y el refinado estilo con el que están escritas [sus obras] revelan a un profundo artista cuya sensibilidad le permitió plasmar la intensidad y ambigüedad moral de los locos años 20 [sic]” (Marks: 1998).

En 1921, siendo *This side of paradise* todavía un *best seller*, *Scribner's* publicó una colección de cuentos de Fitzgerald con el atractivo título *Flappers and philosophers* (Cross: 1971). El término *flappers* se refiere “a las mujeres jóvenes que se vestían de una manera absolutamente diferente a las de generaciones anteriores. A pesar de que llegaban hasta la rodilla, las faldas y los vestidos con flecos escandalizaban a más de uno” (Lamberto: 2001). De esta publicación se desprende el cuarto cuento que Fitzgerald publicó en el *Saturday Evening Post*, el primero de mayo de 1920: “Bernice bobs her hair”<sup>1</sup> (Fitzgerald: 1998).

---

<sup>1</sup>“Bernice y su atrevido corte de pelo”.



El cuento corto “Bernice bobs her hair” es el resultado de la inspiración de una serie de cartas que Fitzgerald envió a su hermana menor, Annabel, para aconsejarla acerca de las cosas que a los hombres les agradaban de las chicas y las cosas que les disgustaban. El objetivo de aquellas cartas era ayudarla a socializar con los jóvenes y a desenvolverse en sociedad con cierta facilidad y popularidad (Fitzgerald: 1998).

“Bernice bobs her hair” es la historia de dos primas, Bernice y Marjorie. Bernice, quien llega de visita a casa de Marjorie, no es una chica tan popular y extrovertida como lo es su prima, y es ahí donde comienza lo interesante de esta obra que, completa, consta de siete partes que conducen al lector hacia una de las historias más atrevidas de los años veinte, la época de oro del jazz.

Armando Pérez Morfin  
Profesor-investigador  
Universidad de Quintana Roo  
Unidad Académica Chetumal

#### FUENTES CONSULTADAS

- Cross, K. G. W. (1971). *Scott Fitzgerald*. (Pablo Recondo, Trad.). Madrid: EPESA, 201 p.
- “Fitzgerald, F. Scott” (s.f). Biblioteca Pública de Santa Cruz de Tenerife: Servicio de Información Bibliográfica, España, Consultado el 19 de noviembre de 2001 en <http://www.culturacanaria.com/bibarchi/biblotf/autores/fitzgera.htm>
- (1998) *Cuentos 1*. (Justo Navarro, Trad.). Madrid: Santillana, 531 p.
- Lamberto, Luciana (2001, abril). “Era del jazz”. *El mundo de la moda*, Estados Unidos, abril de 2001. Consultado el 23 de junio de 2003 en [http://www.terra.com/especiales/lamoda/una\\_mirada\\_atras/los20s.html](http://www.terra.com/especiales/lamoda/una_mirada_atras/los20s.html)
- Marks, Camilo (1998). “Vidente y vigente”, *Qué Pasa*. Chile, 1998. Consultado el 18 de octubre de 2001 en <http://www.quepasa.cl/revista/1435/27.html>

# Bernice y su atrevido corte de pelo

## PRIMERA PARTE

Después del atardecer del sábado, ya por la noche, uno se podía parar en el punto de salida del campo de golf y ver a lo lejos las ventanas de la casa club como si fueran una gran extensión de luz amarilla sobre un océano oscuro y ondulante. Las olas de este océano, por así llamarlo, eran las cabezas de varios *caddies* curiosos; otras, eran de unos cuantos habilidosos choferes, además de la hermana sorda del golfista profesional, y algunas veces se apreciaban olas aisladas, tímidas e inseguras que pudieron haber entrado por simple curiosidad. Eran los espectadores.

El balcón estaba adentro. Un círculo de sillas de mimbre dispuestas a lo largo de las paredes delimitaba el área que también servía como pista de baile los sábados por la noche. En esos bailes se veía mucha concurrencia femenina; se podía escuchar el murmullo de mujeres de edad madura que con miradas agudas veían los sucesos a través de sus anticuados impertinentes, damas con corazones fríos y grandes pecheras. La razón principal de estar en el balcón era criticar; ocasionalmente de ahí se expresaba admiración pero nunca aceptación, porque las mujeres de más de treinta y cinco años sabían bien que cuando se organizaban estos bailes veraniegos era con las peores intenciones del mundo y, que si los asistentes no eran bombardeados con las miradas despiadadas y frías, las parejas se podrían apartar a los rincones más íntimos para bailar interludios bárbaros y misteriosos; y a las jóvenes más populares y peligrosas, algunas veces las besarían dentro de las limusinas estacionadas, propiedad de las viudas adineradas que no sospechaban en lo más mínimo para qué servían sus automóviles.

Pero después de todo, este círculo de criticonas no estaba lo suficiente cerca del escenario como para distinguir los rostros de los actores y captar la más imperceptible escena muda. Sólo podían fruncir el ceño e inclinarse, preguntar y hacer deducciones satisfactorias de una serie de postulados, como el que afirma que cada hombre joven con buenos ingresos lleva una vida de constantes asedios.

Realmente nunca se entenderá el drama del cambiante y semicruel mundo de la adolescencia. No, no se entenderá. Los palcos, la orquesta, los actores principales y el coro forman parte de la algarabía y el bullicio representados por la mezcla de voces y de rostros que se mueven al compás del quejumbroso ritmo africano de Dyer y su orquesta de baile.

Desde Otis Ormonde, de apenas dieciséis años, a quien aún le faltan dos años más en la *Hill School*, hasta G. Reese Stoddard, que en la oficina de su casa tiene colgado el título de abogado que obtuvo en Harvard. Desde la pequeña Madeline Hogue, que aún no se acostumbra y se siente incómoda con ese peinado de chongo sobre su cabeza, hasta Bessie MacRae, que por demasiado tiempo —más de diez años— ha sido el alma de la fiesta. El grupo de gente divirtiéndose no sólo es el centro de atención, sino que desde la posición en la que se encuentran, son los únicos que tienen una vista completa y privilegiada del lugar.

La música se detiene después de un preludeo y de un repentino sonido estrepitoso, y las parejas intercambian sonrisas tan automáticas como artificiales para luego repetir de manera jocosa “la-de-da-dadum-dum”, más tarde se escucha el estruendo de algunas voces femeninas que se eleva súbitamente sobre los explosivos aplausos.

Algunos muchachos solos y decepcionados por no conseguir pareja, atrapados en medio de la pista al instante de arrimarse a pedir el favor de bailar con una joven, tenían que regresar a recargarse con languidez en alguna de las paredes del lugar. Estos bailes no eran como los tradicionales bailes enérgicos de Navidad; los bailes veraniegos eran considerados sólo como placenteramente cálidos y emocionantes; aun los matrimonios más jóvenes se ponían de pie para bailar antiguos valeses y extraordinarios foxtrots ante la sorpresa de sus hermanos y hermanas menores.

Warren McIntyre, que de vez en cuando asistía a sus clases en Yale, era uno de esos desafortunados jóvenes solitarios. Buscó un cigarrillo en la bolsa de su traje, y salió a caminar en la amplia y semioscura terraza, donde había algunas parejas dispersas por las mesas llenando la noche iluminada por linternas colgaduras, con palabras vagas y risas confusas. Saludó a las parejas menos distraídas con tan sólo mover la cabeza de arriba abajo, y cada vez que pasaba junto a alguna pareja, le venían a la mente los recuerdos de alguna historia casi olvidada. Como ésta no era una ciudad muy grande, todos sabían o conocían el pasado de cada uno. Por ejemplo, la historia de Jim Strain y Ethel Demorest, quienes estaban comprometidos en secreto desde hacía tres años. Todos sabían que en el momento en que Jim se mantuviera dos meses en un mismo empleo, ella se casaría con él. No importaba lo aburrida que fuera su relación y que algunas veces Ethel mirara a Jim

con cierto aburrimiento, como si se preguntara por qué había guiado las enredaderas de su afecto y cariño a tan frágil álamo agitado por el viento.

Warren tenía diecinueve años y se compadecía bastante de sus amigos que se habían ido al Este a estudiar la universidad; pero como muchos chicos, él se jactaba tremendamente de las muchachas de esta ciudad cuando se encontraba fuera. Una de esas chicas era Genevieve Ormonde, quién regularmente organizaba las rondas de baile, las fiestas familiares y los partidos de fútbol en Princeton, Yale, Williams y Cornell; también estaba Roberta Dillon, de ojos negros y muy popular entre la gente de su generación, como lo era Hiram Johnson o Ty Cobb; y, por supuesto, Marjorie Harvey, que además de un rostro fino y delicado, parecido al de las hadas, tenía un lenguaje deslumbrante que terminaba por confundir, y que ya tenía su fama de haber logrado dar cinco vueltas —de las conocidas como rueda de carro o redondillas—, una tras otra durante el pasado tradicional baile formal de New Haven.

Warren, que creció en la misma calle que Marjorie, en la casa de enfrente, siempre había estado “loco por ella”. Algunas veces ella parecía corresponderle a su sentimiento con moderada gratitud, pero le había aplicado su infalible prueba y le hizo saber, de manera solemne, que no lo amaba. La prueba consistía en que cuando ella se encontraba lejos de él, lo olvidaba y tenía aventuras con otros muchachos. Para Warren esto era desalentador, especialmente porque Marjorie viajaba con frecuencia durante el verano, y durante los primeros dos o tres días después de cada retorno, Warren veía impresionantes alteros de cartas en la mesa del recibidor de los Harvey; todas las cartas estaban dirigidas a Marjorie en varios estilos de escritura muy masculinos. Para colmo de males, durante todo el mes de agosto, Marjorie tenía la visita de su prima Bernice, procedente de Eau Claire, y era casi imposible verla un solo momento, por lo que siempre era necesario buscar a alguien que se hiciera cargo de Bernice; a finales de agosto esta situación se volvía más y más difícil.

Aunque Warren veneraba mucho a Marjorie, tenía que admitir que su prima Bernice era algo sosa. Era bonita, de pelo negro y color de piel muy atractivo, pero no era divertida en las fiestas. Cada sábado por la noche él bailaba con ella más por una ardua obligación que por placer, y lo hacía sólo para satisfacer a Marjorie; pero, a decir verdad, siempre se aburría en compañía de Bernice.

—Warren —una voz suave a sus espaldas interrumpió sus pensamientos; él volteó y vio a Marjorie, ruborizada y radiante como siempre. Marjorie colocó su mano sobre su hombro y un resplandor imperceptible se apoderó de él.

—Warren —le dijo—, hazme el favor de bailar con Bernice, pues se ha pasado casi una hora pegada al pequeño Otis Ormonde.

El resplandor de Warren de minutos antes se esfumó.

—Ah... claro —respondió sin mucho entusiasmo.

—¿No te importa, verdad? No tendrás que estar con ella mucho tiempo.

—Bueno.

Marjorie le sonrió y esa sonrisa fue suficiente para darle las gracias.

—Eres un ángel y estoy en deuda contigo.

Después de un suspiro, el ángel buscó a Bernice y a Otis en la terraza, pero no los encontró. Regresó al salón y siguió buscándolos, y ahí, frente al tocador de mujeres, estaba Otis, al centro de un grupo de muchachos que reían frenéticamente. Otis balanceaba de un lado a otro un palo que se había encontrado mientras hacía comentarios chuscos.

—Fue a arreglarse el pelo —contestó desatinadamente—. Estoy esperándola para bailar otra hora con ella.

Sus risas se volvieron a escuchar.

—¿Por qué no me hace el quite alguno de ustedes? —preguntó con cierto resentimiento—. A ella le gusta la variedad.

—¡Ay, Otis! —comentó uno de sus amigos—, apenas te estás acostumbrando a ella.

—¿Para qué el palo de golf, Otis? —preguntó Warren con una sonrisa en los labios.

—¿El palo de golf? ¡Ah! ¿Esto? Aquí es un club de golf, ¿no? Cuando Bernice salga del baño, le golpearé la cabeza y a punta de golpes la haré entrar de nuevo.

Warren se dejó caer en un sofá dando tremendas carcajadas.

—Ni lo pienses, Otis —al fin articuló palabra—. Yo te reemplazaré en esta ocasión.

Otis simuló un desmayo y entregó el palo de golf a Warren.

—Por si lo necesitas, amigo del alma —le dijo socarronamente.

No importa qué tan hermosa o brillante sea una chica, el hecho de no ser solicitada con frecuencia cuando se hacen los cambios de pareja en un baile, la pone en evidencia como la menos codiciada de una fiesta. Quizá los muchachos prefieran su compañía a la de las chicas con las que bailan varias veces en una noche, pero la juventud nutrida en esta generación del jazz es temperamentamente inquieta y, para ellos, la idea de bailar con una sola muchacha un foxtrot completo es desagradable, por no decir odioso. Para ellas, cuando una sola pieza se convierte en varios bailes, pueden asegurar que, gracias a los intermedios, un muchacho una vez reemplazado no las pisará de nuevo.

Warren bailó la siguiente pieza completa con Bernice y después, finalmente y gracias al intermedio, la llevó a una mesa de la terraza. Hubo un momento de silencio mientras ella movía con torpeza su abanico.

—Aquí es más caluroso que en Eau Claire —comentó Bernice.

Warren contuvo un suspiro y asintió. Aunque en realidad no sabía y ni le importaba, abstraídamente se preguntó si Bernice tenía pocos temas de conversación porque nadie le ponía atención o que nadie le ponía atención debido a su falta de temas de conversación.

—¿Te quedarás mucho tiempo? —le preguntó, y después se sonrojó, pues Bernice podía suponer la razón de la pregunta.

—Una semana más —contestó, y se le quedó viendo fijamente, como si fuera a arremeter con la siguiente expresión que saliera de su boca.

Warren empezó a sentirse nervioso. Luego, con un caritativo y repentino impulso decidió decirle lo que siempre le decía a las chicas. Volteó y la miró a los ojos.

—Tienes una boca bastante seductora que invita a que alguien te bese —empezó a decirle en un tono tranquilo y pausado.

Eso era lo que solía decir a las chicas en los bailes de graduación de la universidad cuando empezaban a hablar en un lugar poco iluminado como éste. Bernice dio un salto y se sonrojó con poca gracia además de actuar de una manera torpe con su abanico. Nadie jamás le había dicho tal cosa.

—¡Atrevido! —La palabra se le escabulló antes de que la pensara, y se mordió los labios. Después, trató de salvar la situación con cierta simpatía y le ofreció una sonrisa nerviosa, pero ya era demasiado tarde.

Warren estaba molesto. Aunque no estaba acostumbrado a que su comentario lo tomaran en serio, cuando menos casi siempre provocaba risa o una respuesta sentimental. A él le molestaba que lo llamaran atrevido, excepto cuando era en tono de broma. El impulso caritativo de Warren se terminó y cambió el tema de la conversación.

—Como siempre, Jim Strain y Ethel Demorest siguen juntos —comentó el joven.

Este era el tipo de conversación que más se adecuaba al estilo de Bernice, aunque ella sintió una ligera mezcla de arrepentimiento y alivio por haber cambiado de tema. Los muchachos no le hablaban de bocas seductoras que invitan a que alguien las bese, pero ella sabía muy bien que tales cosas eran las que les decían a las otras chicas.

—Ah, sí —dijo Bernice y después sonrió—. Escuché que se la han pasado varios años con muy poco dinero. ¿No es ridículo?

El disgusto de Warren aumentó. Jim Strain era muy buen amigo de su hermano y, de cualquier manera, Warren consideraba este comentario como un gesto de desprecio hacia la gente, tan sólo por no

tener dinero. Aunque en realidad las intenciones de Bernice no eran de desprecio, simplemente estaba nerviosa.

## SEGUNDA PARTE

Poco después de la media noche, Marjorie y Bernice llegaron a casa; se despidieron en la parte superior de la escalera y se desearon buenas noches. Aunque eran primas, no eran amigas íntimas. De hecho, Marjorie no se llevaba muy bien con las chicas, ya que las consideraba tontas. Bernice, por el contrario, durante esta visita acordada por los padres, deseaba intercambiar esas confidencias condimentadas con risas, y algunas otras con lágrimas, que ella consideraba como un factor indispensable en cualquier relación entre mujeres. Pero en este aspecto, Bernice encontraba a Marjorie un tanto distante y fría; sentía casi la misma dificultad para hablar con ella que con los muchachos. Marjorie nunca se reía por algo insignificante, nunca nada la sobresaltaba, rara vez se mostraba avergonzada y, de hecho, Marjorie tenía muy pocas cualidades que Bernice consideraba apropiadas y benditamente femeninas.

Mientras se cepillaba los dientes, Bernice se preguntaba por enésima vez por qué nunca le ponían atención a ella mientras estaba lejos de casa. Nunca se le ocurrió pensar que el éxito social, del cual gozaba en su pueblo, se debía a que su familia era la más rica de Eau Claire, que su madre ofrecía pequeñas cenas en honor a su hija antes de cada baile, y a que le comprara un auto para que anduviera dando vueltas por ahí. Como muchas chicas, ella creció rodeada de las mejores comodidades, y había sido educada por Annie Fellows Johnston, y por la influencia de novelas en las que la mujer es amada gracias a ciertas misteriosas cualidades femeninas, siempre mencionadas pero nunca mostradas con detalle.

Bernice tuvo el ligero presentimiento de que no era de lo más popular. No sabía que de no haber sido por la ayuda de Marjorie habría bailado toda la noche con el mismo muchacho. Pero sí sabía que, en Eau Claire, otras chicas de menor posición social y menos bellas tenían muchos jóvenes a su alrededor queriendo bailar con ellas. Bernice lo atribuía a la forma de ser de esas muchachas, poco escrupulosas. Eso nunca le había preocupado; y, si le hubiera preocupado, su madre le hubiera hecho ver que las otras muchachas no se respetaban a sí mismas con tal de ser populares, y que los hombres en realidad valoraban a las chicas como Bernice.

Apagó la luz de su baño y, en un impulso, decidió ir a platicar un rato con su tía Josephine, que aún tenía la luz de su cuarto encendida. Sus

pantufas suaves la condujeron silenciosamente hacia abajo recorriendo el pasillo alfombrado, pero cuando escuchó voces dentro de la habitación, sin intención de espiar, se quedó parada junto a la puerta entreabierta. Oyó su nombre, y el hilo de la conversación que se llevaba a cabo penetró a fondo su conciencia como si fuera jalado con una aguja.

—¡Es absolutamente desesperante! —era la voz de Marjorie— Sé lo que vas a decir: ¡Cuánta gente te ha dicho lo bonita y dulce que es, y lo buena que es para cocinar! ¿Qué con eso? Es súper aburrida. Los muchachos no la soportan.

—¿Qué importancia tienen esas cosas? Eso no te da la popularidad con los muchachos.

La señora Harvey estaba un poco molesta.

—Ser popular es muy importante cuando tienes dieciocho años —dijo Marjorie enfáticamente—. He hecho todo lo posible. He sido amable y he logrado que algunos muchachos bailen con ella, pero la verdad, ellos no van a las fiestas a aburrirse. Cuando pienso en el cutis tan perfecto que tiene esa boba, me imagino lo que Martha Carey no haría...

—Ya no hay cortesía en estos días.

La voz y las palabras de la señora Harvey implicaban que las situaciones modernas eran demasiado para ella. Cuando era joven, todas las chicas que pertenecían a buenas familias se divertían más sanamente.

—Bueno —dijo Marjorie—, ninguna muchacha puede estar en todo momento para ayudar y aumentar la popularidad de una boba, porque en estos días cada muchacha se preocupa por sí misma. Entre otras cosas, he tratado de hacerle ver que su manera de vestir no es la mejor, y creo que se molestó mucho, porque me mira con cierto enojo y, aunque ella es lo suficiente inteligente como para darse cuenta de que no es popular, creo que sigue creyendo que con su manera de ser es muy virtuosa y que yo soy demasiado alegre y voluble y que terminaré mal. Todas las mujeres que no son populares piensan de esa manera. ¡Envidiosa! Sarah Hopkins se refiere a Genevieve, a Roberta y a mí como ¡orquídeas desechables! Apuesto a que daría diez años de su vida y de su educación europea por ser una orquídea desechable a cambio de tener dos o tres enamorados, y que en cada intermedio de los bailes los muchachos se peleen por bailar con ella.

—Me parece —interrumpió la señora Harvey mostrando fastidio— que tienes que estar dispuesta a hacer algo más para ayudar a Bernice. Es cierto, sé que es algo introvertida.

Marjorie gimió.

—¡Algo introvertida! ¡Dios mío! Nunca escuché que le dijera algo a un muchacho, excepto que hacía calor, que el lugar estaba muy lleno o



que el próximo año iría a estudiar a Nueva York. Algunas veces les pregunta qué tipo de auto tienen y después termina diciéndoles el tipo de auto que tiene ella. ¡Qué emocionante!

Tras un breve silencio la señora Harvey volvió a lo mismo:

—Todo lo que sé es que otras muchachas, menos simpáticas y menos guapas que Bernice consiguen acompañantes con facilidad. Por ejemplo, Martha Carey, no tiene muy buen físico, es tosca y su madre es distintivamente vulgar. Roberta Dillon está tan delgada este año que tal parece que Arizona es lugar ideal para ella, pero baila hasta caerse muerta.

—¡Pero mamá! —objetó impaciente Marjorie—, Martha es agradable, muy ingeniosa y hábil. Roberta es una muy buena bailarina, y ha sido popular desde quién sabe cuando.

La señora Harvey bostezó.

—Creo que su forma de ser se debe a la sangre india que corre por las venas de Bernice —continuó Marjorie—. Quizás se deba a una probable reversión a sus orígenes. Las mujeres indias sólo se sientan y nunca dicen nada.

—Vete a la cama, niña ridícula —dijo la señora Harvey mientras se reía—. Si hubiera sabido que lo estarías recordando con frecuencia, mejor ni te hubiera dicho nada. Creo que muchas de tus ideas están completamente fuera de lugar —concluyó la somnolienta señora Harvey.

Hubo otro momento de completo silencio, mientras Marjorie consideraba si en verdad valía la pena intentar convencer a su madre. La gente de más de cuarenta años rara vez se convence de algo. A los dieciocho años, nuestras convicciones son montañas desde las cuales podemos ver; a los cuarenta y cinco, son cuevas en las que nos escondemos.

Con esa conclusión, Marjorie se despidió y le dio las buenas noches a su madre. Cuando recorrió el pasillo ya no había nadie.

### TERCERA PARTE

Al día siguiente, mientras Marjorie desayunaba, Bernice bajó al comedor, después de un “buenos días” muy formal, se sentó en el lado opuesto a Marjorie y se humedeció ligeramente los labios.

—¿Qué tienes? —preguntó Marjorie, muy intrigada.

Bernice hizo una pausa antes de tirar su bomba.

—Escuché lo que ayer en la noche le dijiste a tu mamá sobre mí.

Marjorie se sorprendió, pero sólo se sonrojó; su voz era tranquila cuando preguntó:

—¿Dónde estabas?

—En el pasillo, al principio no era mi intención escuchar.

Después de una mirada de desprecio, Marjorie bajó la vista y empezó a mostrar desinterés, al mantener en equilibrio una hojuela de maíz en su dedo.

—Creo que será mejor que regrese a Eau Claire. Aquí simplemente soy una molestia —el labio inferior le temblaba incontrolable, y continuó con su comentario—: He tratado de ser amable y al principio me sentí despreciada, pero después me sentí agredida. Yo nunca he tratado de esa manera a mis invitados.

Marjorie guardaba silencio.

—Pero veo que te estoy causando molestias, soy una carga para ti. No les agrado a tus amigos —hizo una pausa, y recordó otra de sus ofensas—. Claro que estaba furiosa la semana pasada cuando insinuaste que aquel vestido no era lo más apropiado y conveniente para mí. ¿No crees que sé cómo vestirme?

—No —fue la respuesta inmediata de Marjorie.

—¿Qué? —dijo Bernice con asombro.

—No, yo no insinué nada —respondió rápidamente Marjorie—. Si no mal recuerdo, dije que era mejor ponerse tres veces un vestido que te quede bien, que alternarlo con dos que se vean ridículos.

—¿Crees que fue agradable lo que dijiste?

—Yo no trataba de ser amable —y después de una pausa continuó—: ¿Cuándo quieres irte?

Bernice suspiró.

—¡Ah! —exclamó casi sollozando.

Marjorie se mostró sorprendida.

—¿No dijiste que te querías ir?

—Sí, pero...

—¡Ah! Sólo estabas alardeando —afirmó Marjorie.

Se miraron fijamente por un momento sobre la mesa del desayuno. Olas nebulosas pasaban por los ojos de Bernice, mientras que en el rostro de Marjorie se dibujaba la expresión tan severa que solía hacer cuando los estudiantes universitarios, algo alcoholizados, trataban de seducirla.

—Así que me jugabas una broma —repitió como si esperara que fuera esa la respuesta.

Bernice lo admitió y empezó a llorar, mientras la mirada de Marjorie mostraba aburrimiento.

—Eres mi prima —Bernice sollozó—. Estoy de vi-vi-visita en tu casa. El plan era quedarme un mes, y si me voy, mi mamá sospechará que algo malo ocurrió y seguramente se enterará de lo sucedido.

Marjorie esperó hasta que la lluvia de palabras desarticuladas se convirtió en pequeños suspiros.

—Te daré el dinero que me dan en todo un mes —le dijo Marjorie con frialdad—, para que te pases la semana que falta donde tú quieras. Hay un hotel muy bonito...

Los sollozos de Bernice se convirtieron en notas de flauta que subían de tono cada vez más y más; entonces se levantó y salió corriendo del cuarto.

Una hora más tarde, mientras Marjorie estaba entretenida en la biblioteca escribiendo una de esas cartas maravillosas —cartas poco comprometedoras y maravillosamente elusivas que sólo una mujer puede escribir—, Bernice reapareció con los ojos enrojecidos por el llanto, pero calmada. No miró a Marjorie y tomó un libro al azar del estante; después se sentó e hizo como si lo leyera. Marjorie parecía estar muy concentrada en su carta y continuó escribiendo. Cuando el reloj marcó el mediodía, Bernice cerró su libro de un chasquido.

—Creo que será mejor que consiga mi boleto del tren —dijo Bernice.

No era el principio del discurso que había ensayado antes de bajar, pero como Marjorie no mostraba interés por la presencia de su prima y mucho menos la incitaba a que pensara mejor las cosas, que todo había sido un simple mal entendido, ése fue el mejor principio que se le ocurrió.

—Espera a que termine la carta —le pidió Marjorie sin levantar la mirada—. Quiero tenerla lista para cuando salga el próximo correo.

Después de otro minuto, que se hizo eterno y en el que sólo se escuchaba la fricción constante que generaba la pluma al escribir, Marjorie levantó la mirada y contestó de una manera relajada, como cuando alguien dice: “A sus órdenes”. Bernice tuvo que volver a empezar.

—¿Quieres que me regrese a mi casa?

—Bueno —contestó Marjorie en tono analítico— creo que si aquí no te sientes a gusto, sería mejor que te fueras. ¿Para qué te martirizas...?

—¿No tienes la más mínima consideración...?

—¡Por favor, no uses frases de *Mujercitas*! —Le contestó Marjorie en tono impaciente—. Frases así están fuera de moda —concluyó Marjorie.

—¿Eso crees?

—¡Claro que sí! ¿Qué joven moderna puede vivir como aquellas niñas tontas?

—Ellas fueron los modelos de nuestras madres —respondió Bernice. Marjorie soltó una carcajada.

—¡Sí, cómo no...! Nunca lo fueron. Además, nuestras madres fueron perfectas a su manera, pero entienden sólo una mínima parte de los problemas de sus hijas.

Bernice se paró de inmediato.

—Por favor, no hables mal de mi madre.

Marjorie volvió a reír.

—No creo haberla mencionado.

Bernice sintió que se apartaba del tema principal de la conversación.

—¿Crees que me has tratado muy bien? —le preguntó.

—He hecho lo mejor, pero eres una materia prima muy difícil de moldear.

Los párpados de Bernice se ruborizaron.

—En mi opinión eres dura, difícil y egoísta. No tienes ninguna cualidad femenina.

—¡Por Dios! —exclamó Marjorie con desesperación—. Mira, niña ridícula, las mujeres como tú son responsables por todos esos matrimonios monótonos e insípidos, por todas esas ineficiencias que se hacen pasar como cualidades femeninas. Qué tormento debe pasar un hombre imaginativo cuando se casa con el bonito bulto de ropa, sobre el que ha estado construyendo ideales y, finalmente, se da cuenta de que su esposa es sólo una débil, quejumbrosa y cobarde masa de afectaciones.

Bernice mantenía la boca media abierta ante las palabras de Marjorie.

—¡La mujer femenina! —continuó Marjorie—. Durante su juventud se mantiene ocupada criticando a las chicas como yo, que en realidad nos la pasamos muy bien.

La mandíbula de Bernice descendía a medida que la voz de Marjorie aumentaba.

—Hay una excusa para una mujer fea y quejumbrosa. Si yo hubiera sido irremediamente fea, no habría perdonado a mis padres por traerme al mundo. Pero tú no tienes defectos —Marjorie apretó el puño y continuó—. Si esperas que lllore contigo, estás muy equivocada. Vete o quédate, como tú quieras—. Recogió sus cartas y salió del cuarto.

Poco después, Bernice pretextó un dolor de cabeza y no bajó a comer.

Para esa misma tarde, las dos primas tenían una cita para ir a una fiesta, pero el dolor de cabeza de Bernice continuaba; así que Marjorie tuvo que dar una explicación a un muchacho el cual, al saber lo que sucedía, no se mostró en absoluto desilusionado. Sin embargo, cuando Marjorie regresó de la fiesta, ya muy tarde, encontró a Bernice esperándola en su cuarto con una extraña expresión decidida dibujada en su rostro.

—He pensado —Bernice empezó a hablar sin preliminares— que posiblemente tengas razón en algunas cosas, o tal vez no; pero si me dices por qué tus amigos no están interesados en mí, intentaré hacer lo que quieres que haga.

Marjorie se arreglaba el cabello frente al espejo.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Sin reservas? ¿Harás exactamente lo que te diga?

—Bueno, pero yo... —Bernice titubeó.

—¡Ningún pero! ¿Harás exactamente lo que te diga?

—Sí, si se trata de cosas no muy radicales.

—No lo son. Tú no estás para los cambios sencillos y comunes.

—¿Qué me vas a hacer...? ¿Qué me vas a recomendar...?

—De todo. Si te digo que tienes que tomar clases de boxeo, deberás hacerlo.

—Escribe a tu casa y dile a tu mamá que te quedarás otras dos semanas.

—Está bien... Dime qué haremos primero.

—Perfecto... Por ahora sólo te daré algunos ejemplos. En primer lugar, te hace falta naturalidad. ¿Por qué? Porque simple y sencillamente nunca estás segura de tu apariencia personal. Cuando una mujer siente que está perfectamente vestida y arreglada, se olvida de la inseguridad. Eso es naturalidad y encanto. Mientras más partes de ti puedas olvidar, más encanto es el que tendrás.

—¿No me veo bien? —preguntó Bernice.

—No. Por ejemplo, nunca te cuidas las cejas. Son negras y lustrosas, lo que es bueno, pero las tienes descuidadas. Podrían estar muy hermosas si te las arreglaras de vez en cuando, cuando no estés haciendo nada. Debes cepillarlas para que crezcan mejor.

Bernice arqueó las cejas en señal de duda.

—¿Quieres decir que los hombres se fijan en las cejas?

—Sí, inconscientemente. Y cuando regreses a tu casa tienes que arreglarte un poco los dientes para que estén derechos. Es casi imperceptible, pero de todas maneras...

—Pero yo pensaba que —interrumpió Bernice con algo de confusión— tú desprecias los detalles refinados y todas esas cosas tan femeninas.

—¡Odio los refinamientos! —contestó Marjorie—. Pero una mujer tiene que ser delicada en su persona. Si luce impecable, puede hablar de Rusia, de ping-pong o de la Liga de las Naciones sin mayor problema.

—¿Qué más?

—¡Ah, eso es sólo el principio! Tu manera de bailar no es la mejor.

—¿No bailo bien?

—No, no bailas bien... te cargas hacia el hombre aunque sea poco, siempre lo haces. Ayer me di cuenta cuando bailamos juntas. Bailas muy erguida y rígida en lugar de bailar más inclinada y natural. Tal vez alguna mujer chapada a la antigua te habrá dicho que bailando de esa manera te verías más digna. Pero, excepto en el caso de una muchacha muy bajita, bailar así es muy complicado para el hombre, y él es el que cuenta.

—Continúa —Bernice sentía que todo le daba vueltas.

—Bueno, debes aprender a ser agradable con los muchachos tristes y solitarios. Pareciera que te insultaran cada vez que te sacan a bailar algunos de los chicos que no son precisamente los más populares. Fíjate, Bernice, a cada ratito me solicitan para bailar. ¿Y quién es el que viene regularmente a pedírmelo? Pues uno de esos muchachos tristes y solitarios. Ninguna chica debe darse el lujo de despreciarlos. Ellos son la gran mayoría en las fiestas. Los jóvenes más tímidos son la mejor práctica para conversar, y los chicos torpes son con los que mejor se aprende a bailar. Si logras seguirles el paso y mostrarte agraciada en tus movimientos, cuando bailes con un bailarín torpe se te hará sumamente fácil y podrás dominar la situación por difícil que parezca.

Bernice respiró profundamente, pero Marjorie aún no terminaba.

—Si vas a algún baile y consigues llevar una conversación agradable por lo menos con tres chicos que bailen contigo y logras que con tu plática pierdan la noción del tiempo, habrás avanzado mucho. Porque así volverán contigo la próxima vez y, gradualmente, más y más muchachos regresarán contigo, hasta que los más atractivos se den cuenta de que no tendrán que soportarte y entonces te sacarán a bailar sin ningún problema.

—Sí —Bernice asintió con voz baja y un tanto insegura—. Creo que empiezo a darme cuenta.

—Y finalmente —concluyó Marjorie—, la elegancia y el encanto llegarán. Una mañana te levantarás sabiendo que lo has adquirido, y los muchachos lo notarán también.

Bernice se levantó.

—Decirme esto ha sido muy amable de tu parte, pero nadie me había hablado así y me siento rara.

Marjorie no dio respuesta alguna y siguió con la mirada fija sobre su propia imagen reflejada en el espejo.

—¡Eres un amor por ayudarme! —le dijo Bernice.

Marjorie seguía sin responder, y Bernice pensó que era demasiado agradecida.

—Sé que no te gustan los sentimentalismos —dijo tímidamente.

—Marjorie se volteó hacia ella y le dijo:

—¡Ah! No pensaba en eso. Estaba pensando si fuera mejor que te cortaras el pelo muy cortito, casi como lo usan los chicos.

Bernice cayó de espaldas sobre la cama.

## CUARTA PARTE

La tarde del miércoles siguiente había una cena-baile en la casa club. Cuando los invitados entraban, Bernice, al ver la tarjeta con su nombre indicando su lugar, se sintió un poco molesta por el sitio que le tocaría. A pesar de que a su derecha se sentaba G. Reece Stoddard, un joven soltero, distinguido, sobresaliente y muy codiciado; el importantísimo lado izquierdo lo ocupaba Charley Paulson. Charley era chaparrito, no muy guapo y le hacía falta mejorar sus habilidades sociales, y Bernice, con sus nuevos conocimientos y perspectivas, decidió que la única cualidad que le calificara para ser su pareja era el hecho de que él nunca había sido obligado a bailar con ella. Pero ese sentimiento de irritación desapareció al momento de probar la sopa y recordar cada instrucción de Marjorie al pie de la letra. Tragándose su orgullo, decidió dirigirse a Charley Paulson.

—Señor Charley Paulson, ¿cree usted que deba cortarme el pelo como un chico?

—Charley la miró con sorpresa.

—¿Por qué?

—Porque estoy pensando hacerlo. Es una manera fácil y segura de captar la atención.

Charley, complaciente, sonrió. No se dio cuenta de que todo era ensayado. Él dijo que no sabía mucho de cortes de pelo. Pero Bernice estaba allí para explicarle.

—Quiero ser una vampiresa de la sociedad, ¿se da cuenta? —le dijo con gracia; le comentó que el corte de pelo era un prelude necesario y añadió que quería saber su opinión al respecto, porque había escuchado que él era un muy buen crítico de las chicas.

Charley, que conocía tanto de la psicología de las mujeres como del estado contemplativo de los budistas, se sintió vagamente adulado.

—He decidido —continuó Bernice, levantando levemente su voz—, que a principios de la siguiente semana iré a la peluquería del Hotel Sevier, me sentaré en la primera silla y me cortaré el pelo casi como se lo cortan los hombres.

Titubeó un poco cuando se dio cuenta de que la gente a su alrededor hacía una pausa en sus conversaciones para escuchar lo que decía; pero, después de un segundo de confusión, los consejos de Marjorie se hicieron presentes y terminó la frase dirigiéndose a todos los que la oían.

—Claro, cobraré las entradas, pero si quieren ir a apoyarme les conseguiré boletos en la primera fila.

Hubo un murmullo de risas que denotaban cierta aprobación y, aprovechando el momento, G. Reece Stoddard se acercó a ella y le dijo al oído: —Resérvame un palco ahora mismo.

Lo miró a los ojos y sonrió, como si hubiera dicho algo en verdad brillante.

—¿Qué opinas de ese tipo de cortes de pelo? —le preguntó G. Reece con el mismo tono de voz.

—Creo que es inmoral —afirmó Bernice con mucha seriedad—. Pero, por supuesto, la gente espera que uno la entretenga, la alimente o que la escandalice. —Marjorie se había apropiado de la frase de Oscar Wilde. Los muchachos recibieron el comentario con una gran carcajada, mientras que las mujeres rápidamente le dirigieron tremendas miradas. Después, como si no hubiera dicho algo ingenioso o de importancia, Bernice volteó de nuevo hacia Charley y le susurró al oído.

—Me gustaría conocer tu opinión acerca de algunas personas. Me imagino que debes ser un muy buen conocedor de la gente.

Charley se emocionó tanto, que terminó tumbando el vaso de agua de Bernice.

Dos horas más tarde, mientras Warren McIntyre esperaba en la fila y veía abstractamente a los bailarines, se preguntaba a dónde y con quién habría desaparecido Marjorie. Poco a poco, se dio cuenta de que sucedía algo fuera de lo común. Bernice, la prima de Marjorie, había cambiado cinco veces de pareja de baile en los últimos cinco minutos. Cerró los ojos, los abrió y volvió a ver. Hacía varios minutos que Bernice bailaba con un invitado que estaba de paso por la ciudad, lo cual era algo fácil de explicar, ya que el muchacho, por estar de visita, no conocía a otras chicas mejores. Pero ahora bailaba con otro, y Charley Paulson, con una gran determinación en su mirada, se dirigía hacia ella. Eso era de llamar la atención, porque Charley rara vez bailaba con más de tres muchachas en una noche.

Warren estaba sorprendido de verdad cuando advirtió, después de que se hizo el cambio de parejas, que el muchacho relevado era nada más y nada menos que el mismísimo G. Reece Stoddard, y más aún porque el muchacho no se mostraba satisfecho de ser desplazado. Cuando Bernice pasó cerca mientras bailaba, Warren la miró fijamente. Sí, era linda, definitivamente bonita y en ninguna de las otras noches su rostro se había visto tan vivaz. Tenía un aspecto que ninguna mujer, aunque fuera una estupenda actriz, puede fingir con éxito. Se le veía divertida. A Warren le gustaba la manera en la que ella se había peinado, y se preguntaba si era la brillantina la que hizo que su pelo se viera más reluciente. Y ese vestido rojo que hacía resaltar el color de su piel y la sombra de sus ojos. Recordó que le pareció



atractiva desde que ella llegó a la ciudad, mucho antes de que se diera cuenta que le era aburrida; lo que era una lástima. Las chicas aburridas son insoportables. Pero a pesar de eso, ella sí era bastante linda.

Sus pensamientos zigzagueantes se volvieron a centrar en Marjorie. Esta desaparición sería como sus otras desapariciones. Cuando reapareciera, él le preguntaría en dónde había estado y ella le respondería de manera enfática que no era asunto suyo. Era una pena que Marjorie pensara que lo tenía en sus manos, pues ella se deleitaba sabiendo que ninguna otra chica de la ciudad le interesaba a Warren, y Marjorie lo desafiaba para que se enamorara de Genevieve o Roberta.

Warren suspiró. El camino hacia el cariño de Marjorie era un verdadero laberinto. Levantó la mirada y Bernice bailaba de nueva cuenta con el muchacho que estaba de paso. Inconscientemente, Warren decidió ir hacia donde se encontraba Bernice, pero dudó. Después se dijo a sí mismo que era un mero acto de caridad. Caminó hacia ella y a su paso chocó con G. Reece Stoddard.

—Perdón —dijo Warren.

Pero G. Reece no se detuvo para disculparse. Había interrumpido a Bernice para relevar al joven que bailaba con ella.

Esa noche, a la una de la mañana, Marjorie, con una mano en el interruptor de la lámpara de la sala, se dio vuelta para ver de nuevo los ojos radiantes de Bernice.

—¿Funcionó?

—¡Por supuesto que sí, Marjorie, sí funcionó! —contestó Bernice.

—Veo que hoy pasaste una noche muy agradable.

—¡Por supuesto que sí! El único problema se presentó a la media noche, cuando me quedé sin temas de conversación y tuve que repetir algunas cosas... claro, con diferentes chicos. Espero que no se cuenten unos a otros lo que les dije.

—Los chicos no acostumbran hacer eso —dijo Marjorie— y no importa si lo hacen, pues pensarían que eres aún más lista de lo que creían.

Apagó la luz y, cuando empezaron a subir por las escaleras, Bernice tuvo que sujetarse del pasamano. Por primera vez, se sentía muy cansada por bailar tanto.

—¿Ya ves? —le dijo Marjorie, desde la parte superior de las escaleras—, cuando un muchacho ve que otro muchacho es relevado al bailar contigo, pensará que algo interesante debe haber en ti como para que todos quieran invitarte a bailar. Bueno, mañana prepararemos algo nuevo. Mientras tanto, buenas noches.

—Buenas noches —contestó Bernice.

Mientras Bernice se arreglaba el pelo para dormir, recordaba todo

lo acontecido aquella noche. Había seguido las instrucciones de su prima al pie de la letra. Incluso, simuló agrado, interés y complacencia cuando Charley Paulson la invitó a bailar por octava vez. En esta ocasión no habló del clima, de Eau Claire, de automóviles ni de su escuela, y había limitado la plática al plano del yo, tú y nosotros.

Sin embargo, minutos antes de que se quedara dormida, un extraño pensamiento rebelde se agitaba soñolientamente por su cabeza: después de todo, ella sentía que el crédito de todo lo que le sucedió aquella noche era totalmente suyo. Es cierto que Marjorie le había dado los temas de conversación, pero Marjorie obtenía mucha de esa información de las cosas que leía. Bernice había comprado el vestido rojo, aunque no lo había valorado tanto hasta que Marjorie revisó su maleta, pero Bernice con su propia voz había dicho las palabras, con sus labios había sonreído, y con sus pies había bailado. Marjorie, linda chica pero vanidosa... una noche agradable, chicos agradables... como Warren, Warren, Warren...

¿Cómo se llamaba...? Warren.

Y se quedó dormida.

## QUINTA PARTE

Para Bernice, la siguiente semana fue una revelación, pues afianzó la seguridad en sí misma con la sensación de que la gente realmente disfrutaba verla y escucharla. Claro que hubo muchos malentendidos. Por ejemplo, no sabía que Draycott Deyo estaba estudiando para ser pastor y ella no advirtió que él la invitó a bailar porque pensó que era una muchacha tranquila y reservada. Si hubiera sabido todas esas cosas, no se habría dirigido hacia él con las siguientes palabras: —“¡Hola, neurótico de guerra!”—, y luego continuar con la historia de la bañera. —No sabes el trabajo que me cuesta arreglarme el pelo en el verano. Como lo tengo muy largo, primero me peino, luego me maquillo y me pongo el sombrero, después me meto a la bañera y, finalmente, me visto. ¿No crees que es la mejor manera de hacer las cosas?

A pesar de que Draycott Deyo estaba enfrentando las dificultades respecto al bautismo por inmersión, y posiblemente hubiera encontrado alguna conexión con lo que Bernice le había dicho, lo cierto es que él consideraba el baño femenino como algo inmoral, y luego le dio toda una explicación sobre la depravación de la sociedad moderna.

Pero, para compensar aquel rato desafortunado, Bernice tenía ya varios éxitos que aumentaron su fama. El pequeño Otis Ormonde

decidió no ir de viaje al Este para estar junto a ella en todo momento con la devoción de una mascota, para sorpresa de sus amigos y el enojo de G. Reece Stoddard a quien se le arruinaron varias de las visitas vespertinas que hacía a Bernice, con las miradas tiernas y embelesadas que Otis le dirigía a ella. De hecho, le contó la historia del palo de golf y de su forma de vestir con el propósito de mostrarle qué tan equivocados habían estado él y los otros chicos al haberla juzgado al principio. Bernice simplemente sonrió, con cierto recelo, ante tal comentario.

De toda la conversación de Bernice, lo más sobresaliente y lo más celebrado era lo de su corte de pelo.

—Bernice, ¿cuándo irás a cortarte el pelo?

—Tal vez pasado mañana —contestaba con una sonrisa en los labios—. ¿Irás a verme? Porque estoy contando con tu presencia.

—¡Claro que estaré! Aunque... te estás tardando.

Bernice, cuyas intenciones de cortarse el pelo eran totalmente deshonestas, volvió a reír.

—Lo haré muy pronto, tan pronto que te sorprenderás.

Pero, quizá el símbolo más significativo de su éxito era el auto gris, propiedad del hipercrítico Warren McIntyre, el cual siempre estaba estacionado frente a la casa de los Harvey. Al principio, la sirvienta realmente se sorprendió cuando Warren preguntó por Bernice en lugar de preguntar por Marjorie, pero después de una semana, la sirvienta le comentó a la cocinera que la señorita Bernice le había robado a Marjorie el mejor partido.

Y sí, Bernice lo había hecho. Probablemente todo comenzó con el deseo de Warren de provocar celos en Marjorie, pero también pudo haber sido el sello familiar, aunque no reconocido, que Marjorie había transmitido a Bernice en sus conversaciones. Tal vez fueron las dos cosas, además de la sincera atracción que había entre ellos. Pero de cualquier manera, las opiniones eran generalizadas acerca de que en tan sólo una semana el pretendiente más asiduo de Marjorie ahora mostraba bastante interés por Bernice. Warren llamaba por teléfono a Bernice dos veces al día, le enviaba notas y con frecuencia se les veía juntos en su auto convertible, obviamente entretenidos con una de esas conversaciones tensas pero significativas acerca de las intenciones de Warren.

Marjorie, en lugar de enojarse, sólo se reía. Decía que estaba muy contenta de que Warren al fin hubiera encontrado a alguien que lo apreciara de verdad. Todos los jóvenes también lo tomaron de buena manera al deducir que en realidad el tema no le afectaba a Marjorie; así que decidieron dejarlo por la paz.

Una tarde, cuando faltaban tres días para que terminara su visita, Bernice esperaba a Warren en la sala de la casa para ir a jugar cartas. Se

encontraba de muy buen humor, cuando Marjorie —que también estaba invitada para ir a jugar— apareció a su lado y empezó a acomodarse el sombrero frente al espejo, Bernice no imaginó que se avecinaba un altercado. Pero Marjorie lo produjo fríamente con tres frases.

—Ya podrías empezar a quitarte a Warren de la cabeza.

—¿Qué? —Respondió Bernice asombrada.

—Que ya deberías de dejar de perder tu tiempo con Warren McIntyre. A él no le importas en lo más mínimo.

Durante un momento de suma tensión, las dos se miraron fijamente. Marjorie se mostraba distante y con cierto desdén; Bernice mostraba enojo, algo de temor y mucho asombro. Después llegaron dos autos y se detuvieron frente a la casa, haciendo tremendo escándalo con los cláxones. Las dos jadearon ligeramente, voltearon y salieron juntas a toda prisa.

Durante todo el juego de cartas, Bernice luchó en vano por sojuzgar una inquietud. Había ofendido a su prima, la reina de las reinas, pues le había robado el pretendiente con las intenciones más sinceras e inocentes del mundo. Bernice sintió una repentina y terrible culpa. Después del partido de cartas, cuando se sentaron para platicar de generalidades con sus amigos, poco a poco la tormenta se soltó. Sin querer, la provocó el pequeño Otis Ormonde.

—¿Otis, cuándo regresarás al jardín de niños? —alguien le preguntó.

—¿Yo? Yo voy a mi jardín de niños el día que Bernice se corte el pelo.

—Entonces ya se acabó tu educación —comentó Marjorie rápidamente—. Eso del corte de pelo es sólo para llamar la atención. Un niño tan listo como tú debería haberse dado cuenta.

—¿Es verdad? —preguntó Otis mientras miraba a Bernice con reproche.

Las orejas de Bernice se tornaron rojas mientras trataba de pensar en la respuesta, pues su imaginación se bloqueó al escuchar tan directo ataque.

—Hay mucha gente poco cumplida en el mundo —continuó Marjorie plácidamente—. Eres bastante joven como para darte cuenta de eso, Otis.

—Bueno —contestó Otis—, puede ser, pero ¡por Dios!, con lo divertida que es Bernice...

—¿De veras? —bostezó Marjorie—. ¿Cuál fue su última frase célebre?

Nadie parecía saber. De hecho, Bernice estaba tan entretenida con el pretendiente de su prima, que no había dicho nada especialmente inteligente o memorable desde hace un rato.

—¿En verdad todo era broma? —preguntó Roberta con curiosidad.

Bernice vaciló. Sintió que esperaban una respuesta con ingenio,

pero ante la fría mirada de su prima, se sentía completamente incapaz.

—No lo sé —contestó de manera evasiva.

—¡Mentira! —exclamó Marjorie—. ¡Admítelo!

Bernice vio cómo Warren apartó la mirada del ukelele con el que había estado jugueteando y le dirigía una mirada interrogante.

—¡Pues no sé! —contestó con cierta seguridad. Sus mejillas se sonrojaron.

—¡Mentiras! —volvió a insistir Marjorie.

—Cumple tu palabra Bernice —le pedía Otis—. Ciérrale la boca.

Bernice los miró a todos de nueva cuenta. Parecía no tener escapatoria a la mirada de Warren.

—Me gusta un corte de pelo nuevo y atrevido —dijo de una manera muy apresurada, como si le hubieran preguntado algo— y pretendo cortármelo de la misma manera.

—¿Cuándo? —preguntó Marjorie.

—Algún día.

—No hay mejor día que hoy —sugirió Roberta.

Otis se entusiasmó.

—¡Excelente! —exclamó Otis mientras se ponía de pie—. Tendremos una fiesta de verano del corte de pelo. Creo que dijiste que sería en la peluquería del Hotel Sevier, ¿no?

En un instante todos se pusieron de pie, mientras el corazón de Bernice latía violentamente.

—¿Qué? —exclamó Bernice un tanto angustiada.

Entre las voces del grupo se escuchaba muy clara y despectiva la voz de Marjorie.

—No se preocupen. Ya verán que se retractará.

—¡Vamos, Bernice! —le decía Otis mientras se encaminaba hacia la puerta.

Las miradas de Warren y Marjorie se fijaron en Bernice desafiándola; y, por un segundo, todo su cuerpo se estremeció.

—Está bien —dijo en voz baja—, lo voy a hacer.

Minutos más tarde, lapso que a Bernice le pareció una eternidad, el grupo se dirigía al centro. Bernice al lado de Warren y los demás siguiéndolos muy de cerca en el carro de Roberta. Bernice tenía las mismas sensaciones que María Antonieta cuando la llevaban en una carreta camino a la guillotina. Vagamente se preguntaba por qué no les gritaba que todo había sido un error. Apenas podía contenerse para no llevarse las manos al pelo y protegerlo del mundo tan repentinamente hostil. No hizo ninguna de las dos cosas. Era demasiado tarde, ni siquiera el recuerdo de su madre podía detenerla ya. Esta era la prueba suprema para su ética deportiva, su derecho a caminar sin rivales en el cielo estrellado de las chicas populares.

Warren no pronunciaba palabra alguna y estaba de mal humor. Cuando llegaron al hotel, se detuvo junto al borde de la acera y con un movimiento de cabeza invitó a Bernice a que bajara primero del auto. El grupo risueño que venía en el auto de Roberta ya se encontraba dentro de la peluquería, la cual tenía dos enormes escaparates que daban hacia la calle.

Bernice se quedó parada en la banqueta y miró el anuncio que decía: Peluquería Sevier. Sí que había una guillotina allí dentro y el verdugo era el peluquero que, vestido con bata blanca y fumando un cigarrillo, se apoyaba imperturbable en el primer sillón. Debió haber oído acerca de la posible visita de Bernice y debió haberla esperado toda la semana, fumando eternos cigarrillos al lado del portentoso y tan mencionado primer sillón. ¿Le vendaría los ojos? No, pero le pondría un pañuelo blanco en su cuello para que la sangre —perdón, el cabello— no le cayera en la ropa.

—Vamos Bernice, todo va a salir bien —le dijo Warren.

Con la frente en alto, avanzó sobre la banqueta, empujó los batientes de la puerta de mosquitero y, sin mirar al grupo escandaloso y bullicioso de muchachos que estaban sentados en el banquillo de espera, se dirigió al peluquero.

—Quiero que me corte el pelo a la nueva moda, casi tan corto como lo usan los chicos.

El peluquero se quedó con la boca abierta. Tan abierta que su cigarro cayó al piso.

—¿Qué?

—Mi pelo.... que me lo corte al nuevo estilo atrevido.

Cansada de tantos preámbulos, Bernice decidió subirse al sillón. Un tipo a medio enjabonar que ocupaba la silla contigua la miró pasmado. Un peluquero se asombró tanto que terminó por arruinar el corte de pelo mensual del pequeño Willy Schuneman. El señor O'Reilly, que estaba sentado en el último sillón, gruñó y maldijo musicalmente en galés antiguo al sentir que la navaja le cortaba la mejilla. Dos limpiabotas con los ojos cuadrados por la sorpresa se apresuraron a limpiar los zapatos de Bernice. No, Bernice no quería que le limpiaran los zapatos.

En la calle un transeúnte se paró a observar; segundos después, dos personas más se le unieron y media docena de chiquillos curiosos pegaban su nariz contra el cristal de la peluquería. Segmentos de algunas conversaciones surgían y eran arrastradas por la brisa veraniega para colarse por la puerta de mosquitero.

—¡Mira, un chico con el pelo largo!

—¿Pero qué dices? Acaban de afeitarse a una mujer barbuda.

Pero Bernice no veía nada, no escuchaba nada. Su único sentido activo le decía que ese hombre de la bata blanca había tomado uno de esos peines de carey y luego otro y otro; que sus dedos se enredaban torpemente entre los mechones poco familiares; que estaba perdiendo su hermoso pelo, aquel maravilloso pelo. Nunca volvería a sentir su voluptuoso peso por la espalda, donde le caía con un resplandor castaño. Por un segundo estuvo a punto de desfallecer, pero enseguida se aclaró la imagen que tenía enfrente. En la boca de Marjorie se dibujaba una tenue sonrisa irónica, como si estuviera diciendo:

—¡Arrepiéntete y bájate del sillón! Trataste de engañarme, pero te he desenmascarado. Ya ves, no puedes hacer nada.

Con la última energía almacenada, Bernice apretó los puños por debajo de la tela blanca mientras entrecerraba los ojos de una manera muy curiosa de la que Marjorie platicaría por mucho tiempo.

Veinte minutos después, el peluquero giró el sillón para que quedara frente al espejo. Bernice se sorprendió ante el terrible daño que le habían hecho. Su cabello era ondulado y ahora caía en bloques de pelo lacio y sin vida por ambos lados de su ahora pálido rostro. Era horrible, tan feo como un pecado. Ella sabía que su rostro luciría igual o peor de horrible que un pecado. El encanto principal que enmarcaban sus facciones era de una sencillez como la de la Virgen María. Ahora eso había desaparecido y ella se sentía extremadamente mediocre —no teatral, sino ridícula, como una escritora o artista de Greenwich Village que había olvidado sus gafas en casa.

Cuando se bajó del sillón, intentó sonreír pero fracasó terriblemente. Vio a dos chicas intercambiar miradas. También advirtió el gesto curvilíneo en tono de burla que se dibujaba en la boca de Marjorie. Además de que la mirada de Warren de repente era muy fría.

—¿Ya ven? —su voz permitió una pausa incomoda—. Ya lo hice.

—Sí, ya lo hiciste —le contestó Warren.

—¿Te gusta?

Se escuchó un incomodo “claro que sí” de dos o tres personas. Hubo otro silencio muy embarazoso y luego Marjorie dirigió su mirada intensa, como víbora ágil a su presa, hacia Warren.

—¿Me podrías llevar a la tintorería? —le pidió Marjorie—. Tengo que recoger un vestido antes de la cena. Roberta va a la casa y puede llevar a los demás.

Warren, abstraído, miró a un punto infinito a través del escapate. Después, por un instante, sus ojos se fijaron fríamente en Bernice antes de voltear a ver a Marjorie.

—Encantado —contestó lentamente.

SEXTA PARTE

Bernice no se dio cuenta de la horrenda trampa que le habían puesto, hasta que su tía, con asombro, la vio antes de la cena.

—¡Ay Bernice!

—Me corté el pelo a la nueva moda como lo usan los chicos, tía Josephine.

—¡Ay, niña!

—¿No te gusta?

—Caramba Bernice...

—Supongo que te he impactado.

—No, pero ¿qué dirá la señora Deyo mañana por la noche? Si querías hacer tal cosa, debiste esperar hasta después del baile de los Deyo.

—Todo fue muy repentino, tía Josephine. De todas maneras, ¿por qué le preocuparía tanto particularmente a la señora Deyo?

—Fíjate, niña —dijo la señora Harvey—, en su ensayo titulado “Los puntos débiles de las nuevas generaciones”, el cual leyó en la última reunión de su club de los jueves, dedicó quince minutos a los cortes de pelo diminutos en las mujeres, ya que son lo que más detesta. ¡Y el baile es en honor tuyo y en el de Marjorie!

—Lo siento.

—Ay, Bernice, ¿qué dirá tu mamá? Pensará que te di permiso para hacerlo.

—Lo siento.

Esa noche, la cena se convirtió en una gran agonía. Hizo apresurados intentos por rizar su cabello con unas tenazas, pero terminó por quemarse un dedo y algunos pedazos de pelo. Bernice se daba cuenta de que su tía estaba un poco preocupada y afligida, mientras su tío se empeñaba en “maldecir” una y otra vez en un tono hiriente y hostil. Marjorie se sentó sin hacer ruido y se atrincheró detrás de una sonrisa ligera, una sonrisa ligeramente de burla.

De alguna manera pasó el momento de la cena. Tres muchachos llegaron a visitarlas. Marjorie de inmediato salió con uno de ellos y Bernice hizo un intento apático y desafortunado por entretener a los otros dos chicos. Se sintió más relajada cuando a las diez y media subió las escaleras y se dirigió a su cuarto. ¡Qué día!

Cuando ya se había puesto cómoda para acostarse, la puerta de su cuarto se abrió y entró Marjorie.

—Bernice —dijo Marjorie—, estoy muy apenada por lo del baile de los Deyo. Tienes que creer que lo olvidé por completo.



—¡Está bien! —contestó Bernice de manera lacónica mientras se pasaba lentamente el peine entre su corto pelo frente al espejo.

—Mañana iremos al centro —continuó Marjorie—, y en la peluquería te lo arreglarán para que te veas mejor. No me imaginé que te atrevieras a hacerlo. De verdad me siento tremendamente apenada.

—No, no te preocupes.

—De todos modos, es tu última noche aquí, así que supongo no te importará mucho.

Bernice refunfuñó porque Marjorie se echaba el pelo hacia atrás sobre sus hombros y empezó a hacerse un par de trenzas largas y rubias. Vestida con la bata color crema, parecía una de esas princesas sajonas. Fascinada, Bernice miraba las trenzas que se hacían más y más grandes. Aquellas trenzas eran pesadas, elegantes y se movían bajo sus dedos como inquietas serpientes. Mientras que a Bernice sólo le quedaban unos tristes mechones, las tenazas para rizar el pelo y muchas miradas que la acecharían en un futuro. Se imaginaba a G. Reece Stoddard, el chico a quien le gustaba, decirle a su compañera de mesa, haciendo uso de los modales aprendidos en Harvard, que a Bernice no la debieron de dejar ver tantas películas; se imaginaba a Draycott Deyo intercambiar miradas con su madre y después mostrar compasión hacia Bernice. Pero tal vez para mañana, la señora Deyo ya se habría enterado y mandaría una fría nota pidiéndole que no se presentara al baile. Todo mundo se reiría de ella a sus espaldas y murmurarían que Marjorie le había tomado el pelo; que su oportunidad de mostrar su belleza había sido sacrificada por el celoso capricho de una muchacha egoísta. Se sentó repentinamente ante el espejo y se mordió la parte interior de las mejillas.

—Me gusta —dijo con cierto esfuerzo—. Creo que me va a quedar bien. Marjorie sonrió.

—Se te ve bien. ¡Por el amor de Dios! No dejes que te apene.

—No, no me siento mal.

—Que pases buenas noches Bernice.

Pero en cuanto se cerró la puerta, algo dentro de ella estalló y repentinamente se puso de pie, apretó los puños con fuerza y sin hacer ruido, sacó su maleta que guardaba bajo la cama; la abrió y metió en ella algunos artículos de uso personal y un cambio de ropa. Luego, se dirigió a su baúl y vació dos cajones de ropa interior y vestidos de verano. Todo lo hacía sin prisas, pero cada movimiento lo hacía de manera eficiente y, en tan sólo cuarenta y cinco minutos, su baúl estaba cerrado y atado. Bernice se había puesto un vestido apropiado para viajes que la misma Marjorie le ayudó a escoger.

Ya sentada en el escritorio, Bernice escribió una pequeña nota para la señora Harvey en la que explicaba las razones de su partida. Selló el mensaje, escribió el nombre del destinatario y lo colocó sobre su almohada. Miró el reloj. El tren salía a la una de la mañana y ella sabía que si caminaba dos cuadras hasta el Hotel Marborough, con facilidad encontraría un taxi.

De pronto, suspiró profundamente y apareció un cierto brillo en sus ojos. Expresión que un experto en leer la personalidad pudo haber relacionado con el aspecto que Bernice había mostrado cuando estaba sentada en el sillón del peluquero. Quizá, un poco más remarcado y afinado que el del sillón. Bernice nunca había lucido un estilo así y eso tendría consecuencias drásticas.

Se dirigió sigilosa al escritorio, tomó un objeto que estaba encima y apagó las luces. Se paró en medio de la oscuridad hasta que su vista se acostumbró a la penumbra y con mucho cuidado abrió la puerta de la habitación de Marjorie; escuchó el silencio del cuarto y la respiración normal de alguien que duerme con la conciencia tranquila.

Bernice se paró junto a la cama, muy convencida y tranquila, actuó con rapidez y sin pensarlo mucho. Se inclinó y tomó una de las trenzas de Marjorie. Con un movimiento suave y delicado recorrió la trenza hasta llegar a la parte más cercana a la raíz del pelo, de tal manera que Marjorie no sintiera algún jalón. Acomodó las tijeras que traía en las manos y le cortó la trenza. Con la trenza en mano, contuvo la respiración mientras Marjorie murmuraba algo entre sueños. Bernice cortó hábilmente la otra trenza, esperó un momento y después regresó a su cuarto con la misma rapidez y sin hacer ruido.

Ya en la planta baja de la casa, abrió la puerta principal; salió y volvió a cerrar con mucho cuidado, sintiéndose extrañamente feliz y eufórica. Cruzó el pórtico y, bajo la luz de la luna, balanceaba la pesada maleta como si fuera la bolsa del mandado. Después de un minuto de rápida caminata, advirtió que en su mano izquierda aún sostenía las dos trenzas rubias. Se rió tan inesperadamente que tuvo que taparse la boca para evitar el sonido de sus carcajadas tan fuertes. Cuando pasaba frente a la casa de Warren, con cierto impulso colocó su maleta en el piso y, balanceando las trenzas como si fueran pedazos de cuerda, las aventó al pórtico de madera donde cayeron emitiendo un ruido ligero y sordo. Se carcajeó de nuevo, esta vez sin contenerse. Mientras se reía de manera incontrolada, decía: "¡Ah!, ¡pues que se quede calva la princesita!" Después recogió su maleta y bajó corriendo la calle iluminada por la luna.

## FUENTES CONSULTADAS

- “Alexander Garden” (2001). Virtual American Biographies, Virtualology, Florida, Estados Unidos. Consultado el 10 de junio de 2004 en <http://www.famousamericans.net/Alexandergarden/>
- “Carolus Linnaeus” (2004). *Microsoft Encarta Online. Enciclopedia 2004*. Consultado el 11 de junio de 2004 en [http://encarta.msn.com/encyclopedia\\_761557251/Linnaeus\\_Carolus.html](http://encarta.msn.com/encyclopedia_761557251/Linnaeus_Carolus.html)
- Collins diccionario español-inglés/inglés-español/Collins Spanish-English/English-Spanish Dictionary* (1993) (2.ª ed.) Barcelona: Grijalbo Mondadori/Glasgow: Harper Collins, 570 p.
- Crystal, David (1987). *The Cambridge encyclopedia of language*. Cambridge: Cambridge University Press, 472 p.
- Cuyás, Arturo (1996). *Nuevo diccionario Cuyás inglés-español y español-inglés de Appleton* (15.ª ed.). México: Cumbre, 2 ts., 698 p.
- Dubois-Charlier, Françoise & David R. Pritchard (Eds.) (1986). *The American Heritage Spanish Dictionary: Spanish/English; English/Spanish*. Boston: Houghton Mifflin, 572 p.
- “F. Scott Fitzgerald” (2006). Minnesota Author Biographies Project Minnesota Historical Society, Estados Unidos. Consultado en [http://people.mnhs.org/authors/biog\\_detail.cfm?PersonID=Fitz200](http://people.mnhs.org/authors/biog_detail.cfm?PersonID=Fitz200)
- Fitzgerald, F. Scott (1959). “Bernice bobs her hair”, *Flappers and Philosophers*. Nueva York: Scribner’s, pp. 116-140.
- (1998) *Cuentos 1*. (Justo Navarro, Trad.). Madrid: Santillana, 531 p.
- Flexner, Stuart Berg (Ed.) (1993). *Random House Unabridged Dictionary* (2.a ed.). Nueva York: Random House, 2478 p.
- Jarman, Beatriz Galimberti y Roy Russell (Eds.) (1994). *Diccionario Oxford español-inglés/inglés-español*. Oxford: Oxford University Press, 1829 p.
- “La generación perdida” (1999, mayo 23). *Ancora*, suplemento cultural. *La Nación*, Costa Rica, 23 de mayo de 1999. Consultado el 1 de noviembre de 2001 en <http://www.nacion.com/ancora/1999/mayo/23/ancora10.html>
- León, Howard (1964). *La literatura y la tradición americana* (Luis Tapia Villalba, Trad.) México: Novaro-México, 302 p.
- Moragas, Elvira, (Ed.) (1996). *Larousse diccionario español-inglés/inglés-español*. México: Larousse, 717 p.
- Morehead, Albert y Loy Morread (Eds.) (1981). *The new American Webster handy college dictionary* (ed. rev.). Nueva York: Signet, 640 p.

- Real Academia Española (1992). *Diccionario de la lengua española* (21.<sup>a</sup> ed.) [versión electrónica]. Madrid, España: Autor. Consultado el 24 de junio de 2004 en <http://buscon.rae.es/draeI/>
- Seco, Manuel, Andrés Olimpia y Gabino Ramos (2000). *Diccionario abreviado del español actual*. Madrid: Larousse, 1846 p.
- Sinclair, John (Ed.) (1993). *Collins Cobuild. English language dictionary*. Nueva York: Harper Collins, 1703 p.
- Steiner, Roger (Ed.) (1997). *Simon and Schuster's International Dictionary English/Spanish; Spanish/English* (2.<sup>a</sup> ed.). Nueva York: Simon & Schuster, 1597 p.



SHIRLEY JACKSON

---

Historia de un cuento  
La lotería

VILMA ESPERANZA PORTILLO-CAMPOS  
TRADUCTORA



## Prólogo

Shirley Jackson nació el 14 de diciembre de 1919, en San Francisco, California, lugar donde su padre se desempeñaba como empleado en una compañía litográfica; su madre era una mujer aristócrata dedicada al hogar. La niñez y adolescencia de Shirley fueron en apariencia traumáticas debido a que no era la hija modelo que su madre deseaba para que fuera aceptada en la sociedad (Oppenheimer: 1988). Cuando cumplió dos años, sus padres se mudaron al suburbio Burlingame, el cual sirvió de escenario para su primera novela, *The road through the wall*, escrita en 1948 (Friedman: 1975).

Empezó a escribir poesía y cuentos en su niñez; ganó un premio a los doce años. Se matriculó en la Universidad de Rochester, Nueva York, pero se dio de baja debido a una depresión posiblemente relacionada con su rechazo de las normas sociales, que le parecían vanas (Oppenheimer: 1988). Años después, empezó a escribir de manera formal; desarrolló habilidades y hábitos de trabajo que aplicó y le sirvieron en toda su vida. Esto lo motivó a ingresar en la Universidad de Syracuse, donde se graduó en 1940. Ahí conoció a Stanley Hyman, con quien se casó; Hyman, de ascendencia judía, se convirtió en un importante crítico literario. Como la familia de Shirley no aceptaba a su esposo (Guran: 2002), la pareja se mudó al estado de Vermont, donde Stanley se empleó como profesor de literatura en el Colegio del Norte de Bennington (Friedman: 1975). En el pueblo siempre fue vista como una intrusa porque tenía una familia “rara” y un marido judío. Realmente era extraña, algunos biógrafos la describen como “desaliñada y con el cabello revuelto, sin maquillaje; y así se presentaba en todos lados” (Guran: 2002).

Su primer trabajo publicado fue el relato corto “My life with R.H. Macy”, en 1941. Lo escribió mientras trabajaba en una tienda. La vida en Vermont le proveía de bastantes recursos literarios que le permitieron describir a su familia en *Life among the savages*, en 1953. Escribía en las noches, y cuando sus niños se encontraban en la escuela; aparentemente, si una historia se le ocurría, interrumpía lo que estuviera haciendo e iba a la máquina a escribir un cuento casi perfecto, con mínimos detalles para revisar (Friedman: 1975).

El género de horror fue su fuerte, pero algunas obras son de tipo comedia doméstico. Su genio consistía en la habilidad de plasmar el lado oscuro de la gente ordinaria y transmitirlo a los lectores magistralmente.



Entre sus novelas se encuentran: *The hangsaman*, escrita en 1950, y *The haunting of Hill House*, en 1959, ambas editadas por *Selecciones del Reader's Digest* en un condensado; también escribió *Las brujas de Salem*, *Siempre hemos vivido en un castillo* y *La casa hechizada*. Sus cuentos fueron publicados en reconocidas revistas como: *Good House-keeping*, *Woman's Day*, *McCall's*, *Harper's*, *The New Mexico Quarterly Review*, *The New Republic* y *Collier's* (Friedman: 1975).

De toda su producción, "La lotería" ("The lottery") le confirió mayor fama y reconocimiento. Fue publicada en 1948, en *The New Yorker*, revista de amplia circulación en Estados Unidos, o por lo menos en los círculos intelectuales. Debido a la polémica que desató con esta narración, Shirley Jackson escribió "Historia de un cuento" ("Biography of a story"), en el que describe las circunstancias en las que creó el controvertido relato y la sorprendente reacción que provocó en los lectores, quienes enviaron cartas al editor y a la autora exigiendo una explicación.

Con el tiempo, el cuento se convirtió un clásico de la literatura norteamericana; ha sido analizado por diversas generaciones de lectores, estudiantes y expertos. Fue adaptado para la televisión y representado en teatro varias veces (Oppenheimer: 1988).

Los críticos dividen el análisis de "La lotería" en dos perspectivas: primero, la clasifican como alegórica, pues trata de un tema tan antiguo como es la presencia del mal en el mundo y en el corazón de los humanos; en segundo lugar, relacionan su contenido con el cruel sistema capitalista de Estados Unidos que cultiva "la injusticia y discriminación contra otras razas humanas, géneros, y condiciones sociales" (Kosenko: 1996).

Mientras disfrutaba del éxito, Shirley experimentó una serie de problemas de salud causados por el exceso de tabaco, alcohol, comida y medicamentos (Guran: 2002). Asimismo, estuvo bajo tratamiento psiquiátrico (Oppenheimer: 1988). Un fuerte golpe para Shirley fue quedar incapacitada para escribir por su artritis. El 8 de agosto de 1965, antes de cumplir 40 años, falleció de un ataque al corazón mientras dormía (Friedman: 1975).

Dejó inconclusas dos obras: la novela *Ven conmigo (Come along with me)*, que versa sobre temas sobrenaturales tratados de manera humorística, y la antología *La magia de Shirley Jackson (The magic of Shirley Jackson)*, editada y publicada por su esposo en 1966.

A continuación, podrán deleitarse con dos de las obras maestras de Shirley Jackson, las más polémicas, que han sido traducidas como parte de un estudio de traducción. Primeramente, se encontrarán con

“Historia de un cuento”, obra de 1960, con el propósito de aumentar su curiosidad para leer y, tal vez, entender de una mejor manera el cuento “La lotería”, escrito en 1948.

Vilma Esperanza Portillo-Campos  
Profesora-investigadora  
Universidad de Quintana Roo  
Unidad Académica Cozumel

FUENTES CONSULTADAS

- Friedman, Lenemaja (1975). *Shirley Jackson*. Boston: Twayne.
- Guran, Paula (1997). “Shirley Jackson: delight in what i fear”. Darkecho horror (s.l.). Consultado el 10 de diciembre de 2002 en <http://www.darkecho.com/darkecho/darkthot/jackson.html>
- Kosenko, Peter (1996). “A reading of Shirley Jackson’s ‘The lottery’”. *American Women Writers*, San Antonio College, Estados Unidos. Consultado el 9 de julio de 2001 en <http://www.netwood.net/~kosenko/jackson.html>.
- Oppenheimer, Judy (1988). *Private demons. The life of Shirley Jackson*. Nueva York: Putman.



## Historia de un cuento

En la mañana del veintiocho de junio de 1948, caminaba hacia la oficina de correos de nuestro pequeño pueblo en Vermont, para recoger la correspondencia. Estaba acostumbrada a hacerlo; recuerdo que abrí la caja, saqué un par de recibos, una o dos cartas, hablé con el encargado por algunos minutos y me despedí sin imaginar que ésa sería la última vez en muchos meses que iría a recoger el correo sin que me diera miedo. Para la siguiente semana, tuve que cambiar mi buzón por el más grande de la oficina y, además, el cartero ya no cruzaba palabra conmigo puesto que estaba molesto por hacerlo trabajar demasiado por el exceso de correo que recibía.

El veintiocho de junio de 1948, fue el día en que *The New Yorker* publicó una de mis historias. No era ni la primera ni la última, pero siempre me han afirmado una y otra vez que aunque hubiera sido la única que hubiese escrito o publicado, habría lectores que me recordarían.

La escribí tres semanas antes, en una soleada mañana de junio en la que el verano parecía por fin haber llegado. Era un hermoso día, el sol apenas empezaba a calentar y no había ninguna señal sobrenatural que me alertara de que mi trabajo de la mañana no era otra historia más. La idea se me ocurrió mientras empujaba a mi hija en su carriola colina arriba; era, como dije, una mañana calurosa, la colina estaba muy pronunciada, y llevaba las compras en la carriola a un lado de mi hija. Tal vez las últimas cincuenta yardas fueron las que le dieron de alguna manera una pauta a la historia. Al momento de acomodar a mi hija en su corral, poner las verduras congeladas en el refrigerador y sentarme a escribir, ya tenía en mente una idea bastante clara de lo que quería.

Me di cuenta de que avancé muy rápido, sin complicaciones, desde el principio hasta el final sin hacer ninguna pausa. De hecho, cuando la leí, pensé que, excepto por un par de pequeñas correcciones, no necesitaba cambios, y la historia que finalmente pasé en limpio y mandé a mi representante al día siguiente, fue casi exactamente lo que había escrito al principio. Cualquier escritor puede decir que esto no es normal, pero todo lo que recuerdo es que cuando la leí no tuve ganas de tocarla.

Sabía que no era perfecta pero no quise cambiarle nada. Era una historia seria, directa; estaba contenta y un poco sorprendida de la comodidad con la que la había escrito. Me sentía bastante orgullosa de ese trabajo y esperaba que mi representante lo vendiera a alguna revista y que tuviera la gratificación de verlo publicado.

A mi representante le daba lo mismo, como ella misma me lo dijo en una nota que me envió después de leerlo; su responsabilidad era venderlo, no que le gustara. Lo envió a la revista *The New Yorker* y, como una semana después, recibí una llamada del señor Harold Ross, editor de la sección de ficción en aquel entonces; fue muy evidente, a él tampoco le importaba, pero iba a comprarlo. Me pidió que se le hiciera un cambio: que la fecha fuera cambiada para que coincidiera con la de la publicación de la revista. Le dije que no había problema. Me preguntó un poco titubeante si tenía alguna interpretación de la historia puesto que no estaba del todo seguro de haberla entendido y tenía curiosidad de saber si quería ampliar su significado; le dije que no tenía nada que decir al respecto. El señor Ross pensaba que algunos lectores se romperían la cabeza tratando de buscar una explicación y por ende, tal vez, tenía algún comentario en particular que quería que se dijera en caso de que alguien llamara, como pasaba algunas veces, o que escribiera preguntando acerca de qué se trataba. Le afirmé que no tenía nada en especial, que era solamente una historia más que había escrito.

No tenía otra preparación más que ésa para lo que pudiera pasar en un futuro. Seguí haciendo lo mismo de todas las mañanas: recoger el correo, llevar a mi hija en su carriola colina arriba o abajo, esperar contenta la llegada del cheque de la revista y hacer las compras del día. El clima era agradable y parecía como si fuera a hacer buen tiempo. Fue en aquellos días, el veintiocho de junio cuando publicaron el cuento.

Las primeras noticias llegaron tranquilamente con la nota de un amigo de *The New Yorker*: “Tu historia armó un verdadero revuelo en la oficina”, me escribió. Me sentí halagada; es agradable saber que tus amigos se den cuenta de lo que escribes. Más tarde, esa misma mañana, me llamó uno de los editores para decirme que habían recibido un par de llamadas de personas que querían saber del cuento y, por lo tanto, si había algo que quisiera decir en caso de que hubiera más llamadas. “No”, le dije, “ningún comentario”. Cualquiera cosa que él decidiera estaba bien para mí, puesto que era sólo un trabajo más.

Me desconcerté aún más con una misteriosa nota de otro amigo: “Esta mañana escuché a un hombre hablar de tu cuento en el autobús”, me escribió. Con emoción quise decirle que conocía a la autora, pero después de escuchar lo que decía, preferí no abrir la boca.

Uno de los aspectos más temerosos de la publicación de un libro o de historias, es darse cuenta de que van a ser leídos por personas extrañas. Nunca antes me había dado cuenta cabal de esto: por supuesto, siempre imaginaba con alegría que millones y millones de personas estaban encantados y que se beneficiaban y enriquecían, tanto social como culturalmente, por las historias que escribía. Realmente, nunca se me ocurrió que esos millones y millones de personas, en lugar de estar contentos, me iban a escribir cartas que francamente me daba mucho miedo abrir. De las más de trescientas cartas que recibí ese verano, sólo puedo contar como trece las que me trataron amablemente y fueron en su mayoría de amigos. Incluso, mi mamá me regañó: “A tu papá y a mí no nos gustó para nada lo que escribiste”, me escribió enérgicamente. “Cariño, me parece que este tipo de cuentos tenebrosos representa el pensamiento de hoy en día de ustedes los jóvenes. ¿Por qué mejor no publicas algo que anime a las personas?”

A mediados de julio, empecé a notar que era muy afortunada de estar a salvo en Vermont, donde ningún habitante de nuestro pequeño pueblo conocía al *The New Yorker*, y mucho menos habían leído mi cuento. A millones de personas, incluyendo a mi mamá, le era verdaderamente antipática.

La revista no registró las llamadas, pero todas las cartas dirigidas con atención a mí me las enviaron directamente para que las contestara; y las dirigidas únicamente a la revista, algunas de ellas personalmente para Harold Ross, que eran las más violentas, me las hicieron llegar por montones, ya contestadas, incluyendo las copias de las respuestas dadas a los remitentes.

Todavía conservo las cartas; y dejaría de escribir si estos lectores dieran una opinión adecuada en una encuesta sobre la sección de lectura de *The New Yorker* o, al menos, sobre una sección de lectura de una de sus ediciones.

Al juzgar por las cartas, los que leyeron este cuento son crédulos, rudos, con frecuencia analfabetos y terriblemente miedosos de que se burlen de ellos. Muchos creyeron que los iban a ridiculizar *publicando sus comentarios*. Las cartas más cautelosas tenían encabezados en mayúsculas como: SE PROHIBE SU PUBLICACIÓN o POR FAVOR, QUE NO SE PUBLIQUE ESTA CARTA; o, en el mejor de los casos, ESTA CARTA PODRÍA SER PUBLICADA DE ACUERDO CON SUS TARIFAS ACOSTUMBRADAS DE PAGO. Hubo pocas cartas anónimas pero fueron destruidas. Nunca se publicó ningún comentario; en su lugar, se emitió un comunicado de prensa diciendo que el cuento había recibido más cartas que ningún otro que hubiesen publicado. Esto fue a mediados del verano, después de que los periódicos se inmiscuyeran en el asunto con un artículo en primera

plana en el periódico *The Chronicle*, de San Francisco, donde se pedía que se explicara el significado de la historia; además de una serie de columnas que publicaron los periódicos de Nueva York y Chicago, las cuales enfatizaban que las suscripciones al *The New Yorker* eran canceladas a diestra y siniestra.

Curiosamente, hay tres temas que predominan en las cartas de ese primer verano y que podrían ser identificados como: desconcierto, especulación y falta de respeto. Con el pasar de los años, se han hecho del cuento: antologías, dramas, adaptaciones para televisión e, incluso, una transformación completamente mistificada, adaptada para ballet. Además, el tono de las cartas que ahora recibo ya no es el mismo que el de las primeras. Por lo general, son más amables y tienen preguntas como: “¿qué significa esta historia?” Sin embargo, el tono general de las primeras cartas fue como un tipo de cándida inocencia sobresaltada. La gente, al principio, no se preocupó mucho por pedir explicaciones; lo que querían saber era dónde se llevaban a cabo estos tipos de lotería y si podían ir y ver.

Note las siguientes citas:

(Kansas) ¿Podría darme el lugar y la fecha de esta costumbre por favor?

(Oregon) ¡Por todos los santos! ¿En dónde existe tal barbaridad como la que se describe en la historia?

(Nueva York) ¿Todavía existen esos ritos tribales? Si es así, ¿dónde?

(Nueva York) Para ser un lector que únicamente tiene conocimiento vago de los ritos tradicionales en varias partes del país (creo que la trama del cuento pasó en Estados Unidos), me di cuenta de que la crueldad de la ceremonia es atroz, si no es que increíble. Puede que sea sólo una costumbre con la que no estoy familiarizado.

(Nueva York) ¿Puede explicarme por favor si estos ritos inverosímiles pasan en nuestros estados del medio Oeste? y ¿cuáles son sus orígenes y propósitos?

(Nevada) Aunque reconocemos que la historia es ficticia, ¿podría ser que esté basada en un hecho real?

(Maryland) ¿Sería tan amable de hacerme saber si la costumbre de la cual escribió, en realidad existe?

(Nueva York) Sólo para satisfacer mi curiosidad, ¿puede por favor decirme si estos ritos todavía son practicados? Y si es verdad, ¿dónde?

(California) Si está basado en un hecho real, le agradecería que me dijera la fecha y el lugar de su origen.

(Texas) Algo que me gustaría saber, si no le importa aclararme, es: ¿En qué parte de los Estados Unidos se lleva a cabo este organizado y aparentemente legal linchamiento? ¿Podría ser en Nueva Inglaterra o en regiones igualmente parecidas donde el sadismo de masas es todavía parte integral de la vida ordinaria del ciudadano?

(Georgia) Espero que tenga tiempo para darme más detalles de la rara costumbre que la historia describe, como dónde se lleva a cabo, quién la practica y por qué.

(Brooklyn, N. Y.) Estoy interesado en saber si hay alguna fuente en particular de hechos verídicos o ficticios sobre los cuales está basado el cuento, el cual me ha desconcertado por el escaso conocimiento que tengo sobre rituales y juegos de lotería en los Estados Unidos.

(California) Si esto es verdad, debería ser sustentado.

(Nueva York) No hemos leído nada sobre el tema en *In Fact*. (Revista que publica hechos increíbles, parecida a *Increíble Pero Cierto*, muy famosa en los cuarenta.)

(Nueva York) ¿Está basado en un hecho real? ¿Continúan haciéndose estas prácticas en áreas remotas de Inglaterra? Me refiero al sacrificio humano para obtener una buena cosecha. El sólo hecho de pensarlo es aterrador.

(Ohio) Creo que su historia está basada en hechos verídicos. ¿Estoy en lo cierto? Como psiquiatra, estoy encantado con lo que puede motivar a alguien a participar en rituales que no tienen cabida en estos tiempos.

(Mississippi) Me parece que describe una costumbre que ignoro totalmente.

(California) Si no mal recuerdo, leí hace mucho que este ritual era una costumbre de épocas remotas en ciertas partes de Francia. Sin embargo, nunca he sabido si se practica en Estados Unidos. ¿Puede decirme dónde consiguió la información, por favor? O, en dado caso, si algún suceso de esta naturaleza se está perpetrando actualmente.

(Pennsylvania) ¿Está describiendo una costumbre de hoy en día?

(Nueva York) ¿Existe alguna comunidad atrapada en el tiempo en Nueva Inglaterra donde se hagan sacrificios humanos para tener una cosecha abundante?

(Boston) Por lo visto, se trata de una costumbre o tradición inglesa de la cual no estamos al tanto en este país.



(Canadá) ¿Cabe la posibilidad que sea un suceso bárbaro o, tal vez, un vestigio de la Edad Media que todavía se lleva a cabo en los Estados Unidos? ¿En qué parte de ese país se realiza?

(Los Ángeles) He leído sobre algunos cultos bizarros de mi época, pero éste, no me gusta nada.

(Texas) ¿Eran, tal vez, aldeanos descendientes de un grupo de los primeros colonizadores de las trece colonias de Estados Unidos? ¿Siguieron practicando ritos druídicos para asegurar buenas cosechas?

(Quebec) ¿Es una costumbre que se practica en alguna aldea de los Estados Unidos?

(Un psicólogo de Londres) Mis amigos y mis pacientes ingleses me han pedido que les dé una explicación. Les gustaría saber si la barbarie del apedreamiento a personas todavía existe en los Estados Unidos y, en general, de qué se trata el cuento y en dónde se lleva a cabo.

(Oregón) ¿Existe algún vestigio de hechicería en alguna parte de los Estados Unidos que nosotros, los del lejano Oeste, desconocemos?

(Madrás, India) Nos gustaría saber si se basó en un hecho real, y si la costumbre descrita de seleccionar una familia al azar para ser apedreada por el resto, todavía existe en alguna parte de los Estados Unidos. *The New Yorker* es leído aquí en nuestra biblioteca, en la sección de información de Estados Unidos. Como todavía no nos han preguntado acerca de este artículo en particular, nos gustaría que cuando esto pase, estuviéramos en condiciones de contestar.

(Inglaterra) En verdad, siento no poder descubrir el estado donde se lleva al cabo este sacrificio propiciatorio que se hace cada año. Ahora bien, francamente no creo que estas cosas pasen, incluso en los estados, no al menos sin tener la aprobación de la Asociación de Linchamiento, de la Asociación Americana de Administradores de Funerarias o de cualquier otra organización poderosa. Una vez, una tribu del centro de Laos (Indochina) me ofreció un bebé al cual, según mi intérprete chino, tenía que matar para que mi sangre sedienta estuviera satisfecha y que pudiera dejar al resto de la tribu sola. Pero, por favor, esto no puede pasar en los Estados Unidos.

(Connecticut) Me dijeron que cosas extrañas pasaron hace mucho tiempo en las aldeas de los montes Apalaches.

Como dije, si supiera que estos comentarios fueran opiniones adecuadas de una encuesta sobre la sección de lectura de *The New Yorker*, dejaría de escribir. Durante ese tiempo, en el que todos los días llevaba a

la casa diez o doce cartas conmigo y en el que semanalmente *The New Yorker* me mandaba un paquete, recibí una carta que me metió en un buen lío. Era una carta de California, corta, amable y muy informal. El hombre que la escribió esperaba que reconociera su nombre y su reputación, pero fue todo lo contrario. Antes de contestarla, me quebré la cabeza por uno o dos días tratando de recordar de quién se trataba, puesto que es muy molesto estar a punto de reconocer un nombre y que se te vaya de la mente. Estaba bastante segura de que era alguien que escribió un libro que había leído, a lo mejor un libro del que había hecho una revisión; tal vez una historia en una publicación reciente o, probablemente, como soy originaria de California, alguien con quien coincidí en la preparatoria. Finalmente, como tenía que contestarle, decidí que lo mejor era escribir un comentario precavido que no me comprometiera a nada. Tiempo después de haberle contestado, llegaron de improviso unos amigos de California (y como ya era costumbre en todos) quisieron saber qué cartas había recibido últimamente. Les mostré la carta del misterioso desconocido. “¡Por Dios!” –exclamaron– “¿Es realmente una carta de él?” –Díganme, ¿quién es? –les pregunté desesperada –Ya díganme quién es. “Pero, ¿cómo olvidarlo?, ha salido por semanas en todos los periódicos de California y en los de Nueva York. Acaba de ser absuelto por haber asesinado a su esposa con un hacha”. En ese preciso momento, pensé en lo que le había escrito y fui a buscar la copia de mi carta no comprometedora: “Muchas gracias por su amable misiva”, escribí. “Yo también admiro *su* trabajo”.

El segundo gran tema que domina las cartas es lo que llamo especulación. Cartas de lectores que creían que existía una explicación y pedían saberla, o por el contrario, que daban sus razones de por qué pensaban que no existía tal explicación y, en su defecto, de lectores que escribieron orgullosos para explicar la historia.

(Nueva Jersey) ¿Está seguro que no es sólo una pesadilla que la autora tuvo?

(Nueva York) ¿Quiere decir que debo tomarlo en serio?

(Nueva York) ¿Fue sólo el mero propósito de provocar en el lector un impacto repugnante?

(California) La idea principal desarrollada por el autor en “La lotería” es que la gente siempre ha buscado desahogar las agresiones por parte de la misma sociedad, a través de prejuicios en contra de las minorías de razas usándolos como chivos expiatorios. El horror del método despiadado de escoger una víctima es comparado con la

manera en que se manejan los conflictos profundamente arraigados que pasan en nuestra cultura.

(Virginia) Podría hacer una lista de mis preguntas, pero sería como hablar en otro idioma, puesto que en mi opinión la historia no tiene sentido. Lo único que se me ocurre es que a lo mejor, la autora quiso decir que no deberíamos ser tan duros con nuestros candidatos para presidentes a quienes “apedrean” al investigar sobre sus vidas.

(Connecticut) ¿Es que el propósito de este cuento es el de mantener la ya muy conocida política de tomaduras de pelo intelectuales del *The New Yorker*, tan usuales en sus publicaciones?

(California) ¿Es una alegoría?

(California) Por favor, díganos si fue sólo una broma.

(Los Ángeles, *Daily News*) ¿Tessie era bruja? No lo creo, las brujas no eran seleccionadas por la lotería. De cualquier forma, creo que los protagonistas son gente de estos tiempos. ¿Es la era postatómica donde no hay comida suficiente para la gente y donde se tiene que sacrificar una persona cada año? ¡Qué va! ¿Es sólo una costumbre antigua, difícil de cambiar?, tal vez. Queda el sentimiento inquietante que a lo mejor no hubo propósito alguno para escribir el cuento. Desde hace tiempo, las revistas han venido agotando este tipo de temas sin ningún objetivo en particular; y ahora parece que *The New Yorker*, el cual nos gusta mucho, publicó algo que va totalmente en contra de nuestros principios.

(Missouri) En esta historia usted expone la depravación de la democracia.

(California) Me parece oscura.

(California) Me sorprendí imaginando lo que haría si mi esposa y yo estuviéramos en tal predicamento. Creo que mejor me iría a vivir a otra parte.

(Illinois) ¿Es una muestra de cómo los chismes de pueblerinos destruyen a una víctima?

(Puerto Rico) Pueden publicar cualquier historia que les llegue, sólo tiren a la basura la última página.

(Nueva York) ¿Quisieron decir que la gente aceptaría cualquier maldad mientras que no les afectara personalmente?

(Massachusetts) Estoy por cumplir cincuenta años. ¿Significa que ya me estoy haciendo viejo para entender el cuento, o es que no soy lo suficientemente inteligente como pensé que era?

(Canadá) Mi único comentario es, ¿y?

(Maine) Creo que una revista puede de vez en cuando publicar algo con el simple objetivo de hacer hablar a la gente.

(California) No comprendo cómo alguien puede estar confundido. Nada puede estar mejor explicado.

(Suiza) ¿Qué significa? ¿Hay una alegoría implícita en el cuento?

(Indiana) ¿Qué pasó con la página que dice: “qué carajos está pasando?”

(California) ¿Me perdí de algo? Tal vez algún rasgo del carácter de la víctima la hizo impopular con los pueblerinos. Esperaba que la gente se diera cuenta de que estaban haciendo algo espantoso y horroroso, o que al menos demostraran un placer sádico; quizá, porque son los típicos fríos nuevo ingleses que no demuestran sus sentimientos y emociones.

(Ohio) Un amigo, misteriosamente sospecha que ustedes aprovecharon la influencia y el poder que su revista tiene para provocar con este cuento un efecto negativo en los lectores. Por favor, díganme cómo calmar a mi amigo pues ahora asegura que ustedes son simpatizantes de Stalin. ¡Por el amor de Dios!, no los culpo por ser comunistas, aunque por supuesto, en caso de que fuera verdad, no lo admitirían por estar en su derecho. Pero al menos, denme una explicación de esta historia abominable.

(Venezuela) He leído la historia dos veces y todo lo que puedo deducir es que lo único que el ganador obtiene como premio es que le rompan a pedradas la cabeza, lo cual me parece bastante frívolo.

(Virginia) A los impresores se les olvidó escribir tres líneas en alguna parte.

(Missouri) Ustedes la publicaron ¿no?, ahora dennos una explicación.

(Nueva York) Algunos de mis amigos y yo creemos que la autora habla de la crueldad de los aldeanos de una manera bastante ambigua e inexplicable.

(Indiana) La primera vez que leí la historia, sentí que no se sujetaba a los principios morales de la sociedad y que sólo aterrorizaba a la gente. Sin embargo, tiene que haber una razón que explique el por qué la gente se molestó tanto al leerla. Creo que la única explicación, la única justificación por la que mucha gente se molestó es que se aprecia el poder de la sociedad sobre el individuo. Vimos fácilmente cómo la

sociedad nos puede destruir; también, que la sociedad no necesita de razones para acabar con una persona, con un grupo de personas o con toda una sociedad.

(Connecticut) Creo que el tipo de cosas que pasan en “La lotería”, es una pequeña muestra de lo que hizo funcionar el sorteo de selección del ejército donde se elegían a los convocados a pelear en la Segunda Guerra Mundial.

Las cartas más enérgicas fueron, por mucho, las de los que se dejaron llevar por el contenido de la historia y aprovecharon la oportunidad para ponerme apodos. Ya que no es mi intención investigar las razones de mis lectores, y aunque pudiera me abstendría, me reservaré lo que pienso de la gente que escribe cartas repugnantes a los que no hacen más que escribir cuentos, y solamente enunciaré algunos de sus comentarios.

(Canadá) Dígale a la señorita Jackson que ni se le ocurra venir a Canadá.

(Nueva York) Espero que la autora se disculpe personalmente.

(Massachussets) Es mejor que me cambie al *The Saturday Evening Post*, revista de los Estados Unidos para todo tipo de lectores en general, porque nunca publicaría cosas ofensivas y repugnantes.

(Massachussets) Nunca más compraré el *The New Yorker*. Me molestó mucho el que me hayan hecho caer en la trampa de leer cuentos pervertidos como “La lotería”.

(Connecticut) ¿Quién es Shirley Jackson? No sé si es un genio o una ingeniosa versión femenina de Orson Welles, famoso productor de cine de horror en los años treinta, y que en los años cuarenta y cincuenta condujo un programa de radio llamado *The war of the worlds*, que tuvo tal influencia en la audiencia al punto de provocar suicidios.

(Nueva York) Somos gente bien educada y sofisticada, pero sentimos que hemos perdido toda confianza en las verdades eternas de la literatura.

(Minnesota) Nunca pensé protestar por una historia del *The New Yorker*, pero verdaderamente, señores, “La lotería” me parece de pésimo gusto. La leí mientras me daba un baño en la tina y estuve a punto de meter la cabeza en el agua y ya no sacarla más.

(California) —Esta carta es de un famoso antropólogo a nivel mundial— Si la intención del autor era escribir algo ambiguo e inexplicado

cable para confundir y al mismo tiempo ofender a los lectores sin ninguna razón, verdaderamente lo logró.

(Georgia) Todos esperamos encontrar algo de esoterismo en *The New Yorker*, pero este cuento no encaja en este estilo, no en mi opinión y ni creo que para sus más asiduos lectores.

(California) Para algunos de nosotros, el cuento resultó interesante; pero los demás, se enojaron.

(Michigan) Es un cuento realmente moderno.

(California) Me alegra que su revista no tenga la popularidad y circulación en otros idiomas como la tiene *Selecciones del Reader's Digest*. Si los intelectuales alemanes, rusos y japoneses leyeran la historia, pensarían que no son tan malos y se sentirían unas blancas palomitas en comparación con los norteamericanos. El viejo dicho de sacar los trapitos al sol ya no va con nosotros, ya pasó de moda. De cualquier forma, si no se hace algo al respecto con este tipo de historias, aunque aprecie su revista me veré obligado a no suscribirme el próximo año.

(Illinois) Ni aun tratando de ser amable puedo decir que me gustó "La lotería".

(Missouri) Dudo que la autora, cuando mandó esta historia, haya anexado información del lugar donde se lleva a cabo, o una evidencia de su posible existencia. Por consiguiente, ¿no se le debe una explicación al lector? De lo contrario, el lector tiene el derecho de acusarlo a usted, como editor, por proporcionar una pésima imagen del ser humano, con el mero propósito de perjudicar. A lo mejor está orgulloso de publicar algo que muestra las mayores depravaciones humanas. Le corresponde a usted demostrarnos que lo que tiene en la cabeza no es sólo maldad que le hace maquinan perversidades. Unas cuantas historias más como ésta, y perderá a sus más fieles lectores entre los cuales hasta ahora me había considerado.

(New Hampshire) Al leer la historia me sentí muy defraudado. Historias como ésta pertenecen a revistas como *Esquire*<sup>1</sup>, por el tipo de cosas que publican, pero definitivamente no al prestigiado *The New Yorker*.

(Massachussets) El final de la historia sobresaltó mucho a mi esposa, de hecho duró uno o dos días muy enojada.

---

<sup>1</sup>*Esquire* era la única revista de literatura y temas en general, exclusiva para hombres y muy famosa en los años cuarenta. Sus lectores eran educados y de buena posición social. (N. de la T.)

(Nueva York) Leí la historia con mucho cuidado y confieso que no le encontré ni pies ni cabeza. Me pareció tan horrorosa, ruda y brusca, que me fue difícil saber el motivo de su publicación.

Ahora, una carta completa de Illinois.

*Editor:*

*Nunca pensé que leería una historia tan hábilmente escrita pero, a la vez, tan depravada como la que leí en su publicación de junio pasado. Me estremece el imaginar qué será de la literatura americana si ese trabajo fuera un indicio del gusto de los editores de una revista que había considerado prestigiada. Me hizo pensar en lo que tenían en la mente cuando aceptaron publicarlo. Desde luego que no fue escrito para el entretenimiento de las personas y, si no fue para eso, ¿para qué entonces? El que lo escribió, sin duda es un genio que, con más perversidades que genialidades, logró deformar terriblemente la literatura.*

*Han traicionado la confianza de sus lectores al escribir algo tan abominable. El lector fue inconscientemente guiado por una historia más de pueblerinos, dándose cuenta poco a poco, mientras la tensión iba aumentando, del impactante y malévolamente desenlace. No pongo en duda que es un trabajo muy hábil, pero le deja al lector un repugnante sabor de boca y una desilusión de su revista por prestarse a publicar cosas como ésta.*

*Hablo por la reacción que provocó en mí. Si la mayoría de sus lectores no comparten conmigo la misma opinión, entonces estoy equivocado. Tengo la impresión de que la ética y las cosas que enriquecen espiritual, social y culturalmente al individuo no son parte de su repertorio, y ni se espera que lo sean; pero como editores, su responsabilidad es tener un criterio más razonable y sensato del que tuvieron para escoger "La lotería".*

*Hasta hace poco, me había sentido como cualquiera de los accionistas de la revista, muy orgulloso de ella. Disfrutaba mucho compartir cada número con mis amigos, como hago con otras cosas que considero valiosas. Cuando su última edición llegó, mi reciente aversión por su revista me contuvo de abrirla, pero no me contuvo de tirarla a la basura. Ya que no puedo ni imaginar que me vuelva a interesar otra vez en su publicación, evíteme la pena de que cada semana sufra la misma indignación y, por consiguiente, cancele mi suscripción de inmediato.*

Otra carta más; ésta es de Indiana.

Señor (mío):

*Gracias por dejarnos darle una hojeada a la nauseabunda e insignificante historia sin pizca de creatividad que apareció en la última edición. Supongo que leímos la traducción literal del texto original.*

*El mudarnos nos retrasó varias semanas en ponernos al día; para mi mala suerte, su revista, la correcta puntuación y ortografía de la señorita Jackson nos hizo caer en la trampa. Nos complace pensar que tal vez escribió el cuento porque le recordó viejos tiempos, días más felices en los que inconscientemente le lanzaba a su abuela piedras lisas de río, que los niños usan para tirárselas los unos a los otros porque rebotan cuando tocan el suelo. A lo mejor, porque el encargado del correo se las daba sin pensar o porque al momento de palparlas con sus dedotes, no resistía la tentación de lanzarlas.*

*Nuestro desacuerdo no es en contra del estilo claro y sorprendente de la señorita Jackson; tampoco contra los fuertes motivos de los aldeanos de hacer “La lotería”, ni con el trasfondo de la historia, que aparentemente no distinguimos. Es, sencillamente, porque leímos la historia antes de la cena y no después.*

*Estamos escribiendo algunos párrafos sobre cómo matar a nuestra agradable vecina con la batidora eléctrica de huevos. Le mandaremos la historia después de limpiar bien; claro está, no sin antes sacar de la batidora el brasier de la susodicha. Esto tal vez provocará risitas burlonas en muchos de sus lectores, o al menos, los más sofisticados se reirán disimuladamente. También podría interesarle saber que mi esposa y yo estamos haciendo pirámides pequeñas de las piedras más planas y redondas en una de las esquinas de nuestro patio. La verdad es que en este aspecto somos sentimentales.*

Constantemente me he preguntado si la siguiente carta es sólo una broma; podría ser, aunque espero que no, puesto que es mi carta favorita de toda la correspondencia que me llegó de “La lotería”. La enviaron a *The New Yorker*, desde Los Ángeles, y fue escrita a lápiz en una hoja de libreta. La ortografía es atroz.

Estimado Señor:

*La edición de su revista del veintiocho de junio cayó ayer en mis manos en la estación de tren de los Ángeles. Aunque yo no leo su revista a menudo, me llevé ésta a la casa y se la enseñé a mis papás para que estuvieran de acuerdo conmigo en la manera franca en que usted se dirige a sus lectores.*



*Antes que mi tía se convirtiera en sacerdotisa de los Exalted Rollers, solía contarnos historias exactamente iguales a las de “La lotería”. Quien sabe si la señorita Shirley es miembro de los Exalted Rollers, pero con su piedra redonda, seguro que debe serlo. Hay algunos puntos en su profesía en los que mi tía Ellise y yo no estamos de acuerdo. Los Exalted Rollers no creen en la caja de la lotería pero sí creen que el verdadero evangelio de la luz redentora será aceptado por todos cuando la verdad salga a la luz. Parece que nuestros pecados serán castigados con una guerra de grandes dimensiones y con el juguete del demonio (la bomba atómica). En verdad no creo que tengamos que hacer sacrificios humanos por la espíasion de nuestros pecados.*

*Nuestros hermanos creen que la señorita Shirley es una verdadera profeta y discípula del verdadero evangelio de la luz redentora. ¿Cuándo van a ser publicadas las próximas revelaciones?*

*Suyo en espíritu*

Creo que de todas estas preguntas que me hicieron sobre “La lotería”, sólo hay una que puedo responder honestamente y sin miedo. Es la pregunta con la que termina la carta de este caballero. Él quiere saber cuándo van a ser publicadas las próximas revelaciones, y mi respuesta es categórica: nunca. Estoy al margen del asunto de “La lotería”, para siempre.

## La lotería

La mañana del veintisiete de junio era clara y soleada, con un rico calor de un día pleno de verano. Muchas plantas florecían por doquier y el pasto era abundante y de un verde intenso. Alrededor de las diez, los lugareños empezaron a reunirse en la plaza del pueblo que estaba entre la oficina de correos y el banco. En algunos pueblos habitados por demasiada gente, la lotería tomaba dos días y tenían que empezarla el veintiséis de junio; pero en esta aldea, la lotería tomaba menos de dos horas porque únicamente había trescientas personas, así que podían empezar a las diez en punto de la mañana y, aún así, les daba tiempo a los habitantes de poder ir a sus casas a comer.

Por supuesto, los niños fueron los primeros en reunirse. Acababan de salir de vacaciones y a la mayoría le inquietaba sentir esa libertad de estar sin hacer nada. Se juntaban en silencio y, por unos momentos, antes de romper en bulliciosos juegos, platicaban de lo que pasaba en el salón, del maestro, de libros y de castigos recibidos. Bobby Martin ya había llenado sus bolsillos de piedras y los otros niños hicieron lo mismo, con las más lisas y redondas. Bobby, Harry Jones y Dicke Delacroix (a los pueblerinos no les importaba pronunciarlo bien, así que decían Dilacroix), finalmente hicieron una gran pila de piedras en una de las esquinas de la plaza y cuidaron que los otros niños no las agarraran.

Las niñas se mantenían alejadas de los muchachos, hablando entre ellas, viéndolos de reojo de vez en cuando. Los más pequeñitos jugaban en el suelo o se agarraban de la mano de sus hermanos mayores.

Los hombres pronto empezaron a juntarse y mientras les echaban un ojo a sus hijos, hablaban de las siembras, las cosechas, la lluvia, los tractores y los impuestos. Estaban un poco retirados de la pila de piedras y, de cuando en cuando, hacían bromas sin chiste, por lo que en vez de carcajear, sonreían.

Las mujeres, con sus vestidos y suéteres descoloridos, llegaron un poco después que sus maridos. Al mismo tiempo en que se saludaron una a una e intercambiaban algunos chismes, se reunieron con sus esposos. Una vez a su lado, empezaron a buscar a sus niños, quienes después

de ser llamados varias veces llegaron de mala gana. Bobby Martin se escabulló de la mano de su mamá y, sonriendo alegremente, corrió hacia las pilas de piedras. Su papá le llamó la atención y Bobby regresó rápidamente; se acomodó entre él y su hermano mayor.

La lotería era uno más de los eventos que se celebraban en el pueblo; como el club de adolescentes, el baile *square* (un tipo de danza folclórica de Estados Unidos, la cual se hace en grupos de cuatro bailarines o más) y el Halloween. Era dirigida por el señor Summers, quien tenía tiempo y energías para organizar otras actividades sociales y oficiales.

Era un hombre jovial, de cara redonda, que se dedicaba al negocio del carbón. El pueblo sentía lástima por él porque no tenía hijos y, además, porque su esposa era una refunfuñona.

Al momento en que llegaba a la plaza llevando una caja negra de madera, se empezaron a escuchar murmullos entre los pueblerinos, por lo que éste alzó la mano para saludar y después dijo: “Compañeros, ya se nos hizo un poco tarde hoy”. El administrador de la oficina de correos, el señor Graves, lo siguió, llevando consigo un banquillo de tres patas que colocó en el centro de la plaza y sobre el cual el señor Summers puso la caja negra. Los aldeanos se mantuvieron a distancia del banquillo, y cuando preguntó:

—Amigos, ¿quiere alguien echarme una mano? —Hubo un gran titubeo entre los presentes, hasta que dos hombres, el señor Martin y su hijo mayor, Baxter, se aproximaron para sostener la urna firmemente sobre el banquillo mientras que el señor Summer removía las papeletas.

La parafernalia original por la lotería se había perdido mucho tiempo atrás; la caja negra que estaba sobre el banquillo se usó por primera vez mucho antes de que el abuelo Warner, el más anciano del pueblo, naciera. El señor Summers con frecuencia hablaba con los habitantes para cambiar la caja por una nueva, pero a ninguno le parecía la idea porque temían que un cambio alterara algo, ya que les gustaba hacer todo como siempre se había hecho. Según una historia, la caja fue elaborada con restos de la anterior; esta última fue una de las primeras cosas que los fundadores del pueblo hicieron al asentarse ahí.

Cada año, al concluir la lotería, el señor Summers hablaba de cambiar la caja por una nueva; pero conforme pasaban los días, el tema terminaba por desvanecerse sin que se llegara a algún acuerdo. La caja se iba desgastando poco a poco con el pasar de los años; en algunas partes ya había perdido el color; estaba astillada de un lado, donde se veía el tono original de la madera, y de otros lados estaba descolorida o manchada.

El señor Martin y su hijo mayor, Baxter, sostuvieron fijamente la caja sobre el banquillo hasta que el señor Summers terminó de revolver bien las papeletas. En vista de que muchas partes del ritual se habían olvidado o puestas fuera de práctica, el señor Summers logró que los pedazos de madera utilizados por generaciones se sustituyeran por papeletas. Les explicó que los pedazos de madera fueron muy útiles cuando el pueblo era pequeño, pero ahora que la población ascendía a más de trescientos y que tendía a seguir creciendo, era necesario usar algo que cupiera más fácilmente en la caja.

Una noche anterior a la lotería, los señores Summers y Graves hicieron las papeletas y las depositaron en la caja, que pusieron bajo llave en la bóveda de seguridad de la compañía de carbón del primero, hasta que éste estuviera listo para llevarla a la plaza.

Durante el resto del año la caja era guardada en diferentes lugares; un año se guardó en la granja del señor Graves; otro, en un rincón de la oficina de correos, y algunas otras veces en un estante de la tienda del señor Martin.

Los preparativos para la lotería eran muy meticulosos. Era necesario hacer listas de los jefes de las casas, de los jefes de familia en cada una de esas casas y de los respectivos miembros de cada grupo.

El nombramiento del señor Summers como oficial de la lotería fue hecho por el administrador de correos. La gente recuerda que tiempo atrás se hacía un tipo de recital o ceremonia, dirigido por el oficial de la lotería, en el cual se entonaba mecánicamente y a la ligera un soniquete disonante. Algunos creían que cuando el oficial hablaba o cantaba, tenía que pararse adoptando una pose especial; otros, que debía de caminar entre la gente; pero con el pasar de los años, esta parte fue cesada por acuerdo general. Había también una forma de saludo que el oficial tenía que hacer al momento de que las personas se acercaban a la caja para tomar su papeleta. Pero el saludo también había sido suprimido de la forma anterior; ahora sólo era necesario que el oficial cruzara unas cuantas palabras con cada aldeano, y en esto el actual oficial era muy bueno. Con su camisa blanca y pantalón azul, el señor Summers se veía muy propio con la mano apoyada en la caja al mismo tiempo que sostenía una interminable conversación con el señor Graves y los Martins.

Al instante que terminó de hablar y se volteó para ver a la audiencia, vio que por el camino que daba a la plaza, llegaba la señora Hutchinson con el suéter en los hombros; tratando de pasar inadvertida, se situó en la parte de atrás del grupo.

—Te juro que se me olvidó qué día era hoy —dijo dirigiéndose a

la señora Delacroix, quien estaba a su lado, y ambas se rieron quedito tratando de no hacer ruido. —Pensé que mi viejo “staballá” atrás acomodando leña —continuó diciendo— pero “pos” vi por la ventana que los chamacos “nostaban” y recordé “quioy” era veintisiete y “m’eché una carrera pa’cá”. —Se empezó a secar las manos con su delantal, entonces la señora Delacroix le explicó—: Como sea, llegaste a tiempo. Todavía “stán” allá hablando.

La señora Hutchinson estiró el cuello para ver a través de la multitud y distinguió a su esposo y a sus niños parados al frente. Le dio unos golpecitos en los brazos a la señora Delacroix como señal de despedida, y se abrió paso entre los presentes. Todos se hacían a un lado para dejarla avanzar, dos o tres gritaron lo suficientemente fuerte para que fueran oídos por los demás:

—¡Ya viene tu doña, Hutchinson! —y— ¡Bill, por fin llegó! En ese instante se reunió con su esposo y el señor Summers, quien animadamente le comentó: —Pensé que íbamos a tener que empezar sin ti, Tessie. —Ésta, sonriendo irónicamente, le contestó—: No m’ibas a permitir que dejara los trastes sucios, ¿qué no, Joe? —Después de su llegada una risa suave se dejó oír entre los concurrentes al mismo tiempo que se volvían a acomodar.

—Bueno... ahora —profirió el señor Summers con expresión serena— no nos queda otra que empezar esto para terminar lo más pronto posible y que podamos regresar al trabajo. ¿Falta alguien?

—Dunbar —dijeron todos—. Dunbar, Dunbar.

El señor Summers consultó su lista. —Clyde Dunbar. Es cierto, se quebró su pierna ¿verdad? ¿Quién va a sacar por él?

—Creo que yo —le informó una mujer, y el señor Summers se volteó para mirarla y expuso—. La esposa saca por el esposo. ¿No tienes un hijo ya grande que saque por ti, Janey? —cuestionó.

Aunque todos los pueblerinos sabían muy bien las respuestas era responsabilidad del oficial hacer formalmente estas preguntas.

Muy atento y gentil, esperó a que ella respondiera.

—Horace apenas tiene dieciséis —declaró tristemente.

—Creo que este año voy a sacar por el viejo.

—Voy a nombrar primero a los jefes de casas o sus representantes, los cuales van a acercarse a tomar un papel de la caja, lo doblan sin mirarlo y lo sostienen en la mano hasta que todos hayan pasado, ¿está claro? —Los habitantes habían hecho esto tantas veces que sólo escuchaban por escuchar; la mayoría permanecía callados, muchos de ellos se mojaban los labios, pero nadie miraba a su alrededor. El señor Summers levantó una mano y mencionó un nombre:

—Adams... —Un hombre se apartó del grupo y se encaminó hacia la caja.

—Qué tal, Steve...

—Qué hay, Joe...

Los dos se sonrieron nerviosa y solemnemente. El señor Adams se acercó a la caja, sacó una papeleta, la sostuvo de uno de los lados y dándose la vuelta regresó rápido al grupo donde permaneció un poco retirado de su familia sin mirar su mano.

—Allen... Anderson... Bentham...

—Parece como si no pasara el tiempo entre una y otra lotería —le señaló en la fila de atrás la señora Delacroix a la señora Graves.

—Parece como si la última lotería hubiera sido la semana pasada. El tiempo pasa muy rápido —asintió la señora Graves.

—Clark, Delacroix...

—Allá va mi viejo —indicó la señora Delacroix quien sostuvo la respiración mientras su esposo pasaba al frente.

—Dunbar...

La señora Dunbar se dirigió tranquila hacia la caja mientras que una de las mujeres decía:

—Vamos, Janey —y otra añadía—: Allá va...

—Vamos nosotros —declaró la señora Graves y miró cómo su esposo, con expresión solemne, rodeaba la caja para saludar al señor Summers y sacar una papeleta.

Hasta ese entonces, entre la multitud ya había hombres dándole vueltas a las papeletas que tenían en sus grandes manos, una y otra vez, nerviosamente. La señora Dunbar, quien sostenía su papeleta, permanecía junto a sus hijos.

—Harburt... Hutchinson...

—¡Ándale Bill, te toca!... —apuntó Tessie, y los que estaban cerca de ella se rieron.

—Jones...

—Se dice... —el señor Adams se dirigió al abuelo Warner quien estaba a su lado— que allá, en la aldea del norte están considerando dejar de hacer la lotería.

—Bola de bobos —refunfuñó el abuelo—. Nada les parece lo suficientemente bueno a los jóvenes cuando los escuchamos hablar. Sabes que, en vez de progresar, vamos a regresar a vivir como salvajes a las cuevas y nadie va a cultivar más la tierra; me gustaría que trataran de vivir así por un tiempo. Un dicho decía: “Haz la lotería en junio y tendrás buenas cosechas en julio”. Lo más trascendente de esto es que si no se hiciera, comeríamos estofado de maleza y bellotas.

—Siempre se ha hecho la lotería —expresó con petulancia.

—Mira, se ve muy mal el joven Joe Summers bromeando con todos.

—Algunos pueblos ya han quitado la lotería. —Enumeró la señora Adams.

—No se acarrearán más que *problemas* —asentó enérgico el abuelo Warner—. Bola de tontos...

—Martin... —Bobby Martin miró a su papá ir hacia el frente.

—Overdyke... Percy...

—Me gustaría que se apuraran —le manifestó la señora Dunbar a su hijo más grande—. De verda' que me gustaría que se apuraran —insistió.

—Ya casi terminan —observó su hijo.

—Prepárate para ir rápido a decirle a tu papá.

El señor Summers pronunció su propio nombre y caminó con precisión hacia la caja y tomó una papeleta. Después llamó al abuelo Warner.

—He estado setenta y siete años en la lotería —repuso éste, al mismo tiempo en que avanzaba entre la muchedumbre—. Setenta y siete veces...

—Watson... —El joven alto se abrió paso torpemente entre los ahí congregados. Alguien le dijo:

—Tranquilo, no te pongas nervioso, Jack —y el señor Summers lo confortó:

—Tómate tu tiempo, hijo.

—Zanini...

Acto seguido se hizo una larga y silenciosa espera que se prolongó hasta que el señor Summers, levantando el brazo con papeleta en mano, les indicó: —Muy bien, compañeros. —Todos se quedaron quietos por un momento y después comenzaron a desdoblar sus papeletas.

De repente, todas las mujeres empezaron a hablar al mismo tiempo diciendo: —¿Quién es? ¿Quién? ¿Los Dunbar? ¿Los Watson? —enseguida se escucharon varias voces:

—Son los Hutchinsons. Es Bill, Bill Hutchinson.

—Corre a decirle a tu papá —le exclamó la señora Dunbar a su hijo mayor.

La gente empezó a buscar con la mirada a los Hutchinsons. Bill, parado donde estaba, observaba en silencio la mano donde tenía la papeleta. Tessie le alegó al señor Summers: —¡No le diste el suficiente tiempo para tomar la papeleta que él quería, yo lo vi, no es *justo!*

—Sé una buena perdedora Tessie —profirió la señora Delacroix. La señora Graves añadió—: Cada uno de nosotros corrimos el mismo riesgo.

—Cállate, Tessie —le ordenó el señor Hutchinson.

—Creo que... —apuntó el señor Summers— hasta ahora vamos bien, así que hay que apurarse para terminar a tiempo. Consultó su siguiente lista y especificó:

—Bill, tú sacas por tu familia. ¿Hay más familias en tu casa? —preguntó.

—¡Están Don y Eva! —exclamó la señora Hutchinson—. ¡Hazlos que saquen también!

—Las hijas sacan con las familias de sus esposos —repuso en tono amable el señor Summers.

—Tú, como todos, lo sabes muy bien. No fue *justo* —enunció Tessie.

—Creo que no, Joe —recalcó Bill muy conmovido.

—Mi hija saca con la familia de su esposo, eso es lo único bueno. Pero yo no tengo otra familia más que mis niños.

—Muy bien Bill, tú eres al mismo tiempo el jefe de tu casa y de tu familia; por lo tanto, no habiendo más familias en tu casa que la tuya y siendo tú el jefe, eres el que saca por ellos, ¿no es así? —interrogó el señor Summers.

—Así es —acordó Bill.

—¿Cuántos hijos tienes? —continuó preguntando.

—Tres, Bill junior, Nancy, el pequeño David, Tessie y yo.

—Bien —Harry, ¿ya te regresaron las papeletas? —El señor Graves asintió con la cabeza y le mostró las papeletas al oficial.

—Ponlas en la caja —ordenó este último.

—Pon también la de Bill. Creo que deberíamos de volver a empezar— balbuceó Tessie quedito—. Te dije que no era *justo*. No le diste tiempo suficiente para escoger. *Todo* mundo lo vio.

El señor Graves tomó las cinco papeletas y las puso en la caja, tiró el resto al suelo excepto aquellas que ya se encontraban ahí y que el viento las levantaba alejándolas del lugar.

—¡Escuchen todos! —Se dirigió Tessie a los que estaban a su alrededor.

—¿Listo Bill? —preguntó el señor Summers, y Bill, después de lanzar una mirada rápida a su esposa y a sus hijos asintió con la cabeza.

—Guarden la papeleta doblada sin mirarla hasta que cada uno haya pasado. Harry, ayúdale al pequeño Dave —el señor Graves tomó la mano del niño quien de buena gana se dejó conducir hasta la caja. —Saca una papeleta de la caja, Dave —indicó el señor Summers. El pequeño sonreía al momento de poner una mano en la caja—. Toma *una* solamente, repitió el señor Summers.

—Harry, sostenla.

El señor Graves le quitó al pequeño Dave la papeleta de su puñito cerrado, mientras que el niño lo miraba interrogante.



—Nancy es la siguiente —apuntó el señor Summers.

Nancy tenía doce años, sus amigos de la escuela respiraron hondo cuando se acercó a la caja zigzagueando con timidez su falda y tomó delicadamente una papeleta de la caja.

—Bill junior... —Nombró el señor Summers, y el sonrosado Bill de pies grandes casi tira la caja al momento de tomar la papeleta.

—Tessie —mencionó el señor Summers. Tessie titubeó por un instante mirando a su alrededor de manera desafiante, después apretó los labios y fue directo hacia la caja, agarró bruscamente una papeleta y la escondió atrás de ella.

—Bill... —señaló el señor Summers, y Bill se acercó a la caja, la acarició, metió la mano y buscó dentro de ella, finalmente sacó una papeleta. La gente guardaba silencio, de repente una muchacha susurró: —Espero que no sea Nancy —y el mismo susurro se dejó oír por todos lados.

—No es como solía hacerse antes —pronunció determinante el abuelo Warner—. La gente ya no es como era antes.

—Muy bien... —instruyó el señor Summers—. Abran las papeletas, Harry, abre la del pequeño Dave.

El señor Graves desdobló la papeleta, se la mostró a los presentes, y en ese momento todos respiraron aliviados al ver que estaba en blanco. Nancy y Bill chico abrieron las de ellos al mismo tiempo y con una sonrisa radiante se voltearon con sus papeletas en alto.

—Tessie...

Hubo una pausa... Después el señor Summers miró a Bill, quien desdobló su papeleta y levantó su mano para que la gente la viera. También ésta estaba en blanco.

—Es Tessie —anunció en voz baja el señor Summers.

—Muéstranos su papel, Bill. —Éste fue hacia su esposa y forzó su mano para quitarle la papeleta, la cual efectivamente tenía una mancha negra que el señor Summers había hecho la noche anterior con un lápiz de punto grueso, en la compañía de carbón. Bill se la enseñó a la multitud, inmediatamente se escuchó un ¡ah! entre la gente.

—Muy bien compañeros —informó el señor Summers.

—Vamos a darnos prisa, para terminar con esto de una buena vez.

Aunque los pobladores habían olvidado el ritual y también habían perdido la caja original, todavía recordaban cómo usar las piedras. Las pilas de piedra que los niños acumularon no hacía mucho, ya estaban listas. Había piedras en el suelo, entre papeletas que el viento tiraba. La señora Delacroix agarró una piedra tan grande que tuvo que sostenerla con ambas manos y se volteó hacia la señora Dunbar para decirle:

—Vamos, apúrate.

La señora Dunbar con piedras pequeñas en las manos, expresó sofocada:

—No puedo correr, adelántate, yo te alcanzo después.

Los niños ya tenían sus piedras, alguien le dio al pequeño Dave algunas piedritas. Cuando los pobladores se abalanzaron sobre Tessie, ésta ya se encontraba en el centro de un área despejada con los brazos extendidos en señal de impotencia y desesperación.

—¡No es justo! —exclamó. Una piedra en la cabeza. El abuelo Warner manifestó: —Vamos, vamos todos.

Steve Adams y la señora Graves, quien estaba a su lado, se encontraban en la parte de enfrente de los ahí concurridos.

—¡No es justo, no estoy de acuerdo! —gritó desesperadamente Tessie Hutchinson, pero todos se abalanzaron sobre ella.

## FUENTES CONSULTADAS

- Breitsprecher, Christoph (2000). "Analysis and interpretation of Shirley Jackson's *The lottery*". Hausarbeiten, Verlag für Akademische Texte, Alemania. Consultado el 18 de julio de 2001 en <http://www.hausarbeiten.de/faecher/hausarbeit/aml/9149.html>.
- Hubbard, Kristen (1999). "The works of Shirley Jackson". Virginia Commonwealth University, Richmond, Estados Unidos. Consultado el 9 de julio de 2001 en <http://www.courses.vcu.edu/ENG-jkh/PW/Bibliography.htm>.
- Jackson, Shirley (1968). *Come along with me* (Stanley Hyman, Ed.) Nueva York: Popular Library.
- (1991). "Fiction contents". En *The lottery and other stories*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux [versión electrónica]. Consultado el 9 de julio de 2001 en <http://www.hycyber.com/HF/lottery.html>.
- Oehlschlaeger, Fritz (1988). "The stoning of mistress Hutchinson: meaning and context in 'The Lottery'". *Essays in Literature*, 15, 259-265 pp. Chattanooga: Literature Resource Center, Universidad de Tennessee. (Disponible también en: <http://www.enotes.com/lottery/stoning-mistress-hutchinson-meaning-context>).
- Sullivan, Jack (1994). "The Haunted Mind of Shirley Jackson", *Twilight Zone IV*, agosto de 1994, pp. 71-74.
- Warnock, Kathleen (1997). *Meet the author Shirley Jackson*, Estados Unidos: Literary Cavalcade.

EDITH WHARTON

---

El pelícano

MIZAEI GARDUÑO BUENFIL  
TRADUCTOR

---



## Prólogo

Edith Wharton nació el 24 de enero de 1862 durante la Guerra Civil, en la ciudad de Nueva York. Hija de Lucretia Rhineland Jones y George Frederic Jones, fue la más joven de tres hermanos. Es una de las más reconocidas escritoras en la historia de la literatura norteamericana. Fue autora de más de cuarenta obras, entre las que destacan novelas, cuentos e historias reales. Su vocación literaria fue alentada en su infancia por Henry Wadsworth Longfellow. Debido a que ella provenía de un estrato social alto, tuvo la oportunidad de apreciar lo que acontecía en esa esfera. Durante la Primera Guerra Mundial recibe el *French Legion of Honor* por su trabajo filantrópico; en 1921, obtiene el premio *Pulitzer* por su novela *The age of innocence*, y en 1923 es nombrada doctora *honoris causa* por la Universidad de Yale, distinción otorgada por primera vez a una mujer. También fue integrante de The National Institute of Arts and Letters y de The American Academy of Arts and Letters, en los Estados Unidos. Wharton escribió novelas y ficción que denotan un estilo apegado a la sátira y a la ironía, mucho ingenio y un característico vigor. Sus complejos personajes y el punto de vista desde donde se aprecian hacen de la lectura de cada obra un verdadero reto, así como una recompensa.<sup>1</sup> Al mismo tiempo, como si se tratara de una de sus historias, su propia vida muestra las dificultades que enfrentó una mujer de su época para realizarse profesionalmente.

En 1885, a los veintitrés años, contrae matrimonio con Edward Wharton, de quien toma su apellido. Edith Wharton, además de sus dones literarios, también dejó ver sus facultades como intérprete al traducir, en 1920, la obra de Hermann Sudermann, *Es lebe das leben* (*The joy of living*) (EWS: 2006), en la que podemos apreciar la fantástica versatilidad de la escritora.

Se establece en Francia en 1907, donde encuentra compañía intelectual en los círculos de artistas y escritores que tenían estrecha relación con la clase alta, y en los que la mujer desempeñaba un papel importante. Edith Wharton muere en Francia en 1937 (EWS: 2006).

Dos de las características principales de la ficción que ella escribió, la ironía y la sátira de sus personajes, se aprecian en la obra elegida para su traducción al español: *The pelican*, cuento que trata de una mujer, la señora

<sup>1</sup>The Edith Wharton Society (1999). (En línea) Washington, Estados Unidos: Donna Campbell/Edith Wharton Society. Consultado en 2006. Disponible en: <http://www.edithwhartonsociety.org/index.html> (en adelante, EWS: 2006).

Amyot, que se dedica a dar conferencias sobre diversos temas y suele decir que todo su esfuerzo es para darle una buena educación y una mejor vida a su hijo, aun cuando éste ya es mayor de edad y no necesita de esa ayuda. En el punto culminante del cuento, el hijo, que ignoraba los motivos que su madre argüía por la labor que ella llevaba a cabo, escucha rumores respecto del comportamiento de su madre y decide averiguar la verdad. En compañía de un viejo amigo de ella, descubre los pretextos que siempre había ofrecido para que la gente la compadeciera.

En esta obra, Edith Wharton hace una extraordinaria mezcla de la realidad con la ficción, debido a que la situación de la mujer en aquella época era verdaderamente difícil si se intentaba sobresalir en tal sociedad; fenómeno que surge en esta obra. Además, muestra también una característica relación entre miembros de una esfera intelectual, conformada por artistas y escritores; hecho que retrata los años en que Wharton vivió en Francia, donde se relacionó con este tipo de personajes. Un punto que pone sello personal a la historia es el estilo con que el narrador presenta ciertas situaciones en relación con la señora Amyot, personaje principal de *El pelicano*, dejando ver la ironía y sátira con que Edith Wharton solía expresar los acontecimientos en sus obras.

Mizael Garduño Buenfil  
Profesor-investigador  
Universidad de Quintana Roo  
Unidad Académica Cozumel

## El pelícano\*

Era muy bella cuando la vi por primera vez. Con la dulzura de aquella nariz recta y aquel delgado labio superior que sólo las deidades de los camafeos pueden poseer, humanizada por un hoyuelo que asomaba en su mejilla siempre que se comentaba algo que poseyera algún atributo extrínseco de humor, aun cuando aquel comentario no tuviera ninguna cualidad intrínseca. Sin embargo, la estimada dama carecía providencialmente de sentido del humor: la menor insinuación de algo real, opacaba su adorable mirada como si se tratara de un sombrío problema algebraico.

No creo que la naturaleza haya querido que ella fuese una “intelectual”, pero ¿qué puede hacer una infortunada criatura cuyo esposo ha fallecido a causa de la bebida; cuando su hijo tiene apenas seis meses de edad, y cuando el collar de coral y la edición de su abuelo de los *Dramaturgos británicos* no son suficientes para las exigencias de los acreedores?

Su madre, la célebre Irene Astarte Pratt, había escrito un poema en verso libre sobre “La caída del hombre”; una de sus tías era directora de un colegio para señoritas; otra, tradujo a Eurípides. Con tal familia, el destino estaba trazado para aquella desventurada chiquilla. La única forma de saldar las cuentas de su esposo y de mantener a su hijo era siendo intelectual y, con cierta duda, tal como su actividad mental lo llevaba a cabo, se podía concluir por unanimidad que su destino era dar conferencias.

Al principio, sus conferencias tenían lugar en pequeñas salas. La primera ocasión que la vi, se encontraba a un lado del piano, enfrente del presuntuoso fondo de porcelana de Dresde con fotografías; hablaba a todas las mujeres que cabían en el salón, y que estaban entretenidas con sus sombreros de primavera, acerca de todo lo que creía saber sobre el arte de Grecia. Por el número de señoras que se reunieron para escucharla, pude entender que todo “lo hacía por su bebé” y este detalle, junto con el delgado labio superior y la inquietante aparición

---

\*Una fábula de fines de la Edad Media describe al pelícano (en realidad, un símbolo de Cristo) alimentando a su cría con su propia sangre. (N. del T.)



del hoyuelo, me obligaban a escuchar con indulgencia su discurso. Favorablemente, en esa época el arte griego aún era un tema afable; de hecho, si tuviera que utilizar alguna frase, diría que era fácil de tratar: era algo tan sencillo como caminar por la galería de un museo, encuadrada por una agradable y familiar hilera de Venus y Apolos. Todas las complicaciones posteriores, tales como los arcaísmos y los antiguos asuntos confusos, la influencia de Asiria y Asia Menor, las atribuciones incompatibles y las disputas de los eruditos, aún se encontraban adormecidas en la intimidad de la futura “crítica científica”. En esos días, el arte griego comenzaba con Fidias y finalizaba con el Apolo de Belvedere, incluso un niño podía transportarse de uno a otro sin correr el riesgo de perderse.

La señora Amyot poseía dos dones fatales: una memoria muy hábil, pero imprecisa, y una extraordinaria fluidez en el habla. No había nada que no pudiera recordar —erróneamente—. Sin embargo, esos inciertos discursos se encontraban cubiertos con tantas capas de retórica, que sus vacilaciones se volvían imperceptibles para sus amables críticos. Además, la tía que tradujo a Eurípides le había enseñado griego, y la simple pronunciación de los *eis* y los *ois* que dejaba escapar con habilidad, corrigiéndose desde luego con muestra de sorpresa y traduciendo indulgentemente de forma equivocada, llenaba de admiración los corazones de las damas, cuyo único “talento” era el francés —si no se les hablaba muy rápido.

En esa ocasión, tuve la oportunidad de ver a la señora Amyot sólo por un instante; sin embargo, algunos meses más tarde me topé de nuevo con ella en una de esas universidades de Nueva Inglaterra que juegan un papel crucial en la vida del pueblo entero. Ahí, la famosa Irene Astarte Pratt vivía en la cumbre de un parnaso local, con musas menores y profesores de universidad agrupados respetuosamente en los escalones inferiores de la sagrada ladera. Después del fallecimiento de su esposo, la señora Amyot regresó al abrigo materno (incluso cuando su padre aún vivía, el hogar había sido claramente materno); y gracias a ese labio superior, al hoyuelo y al idioma griego, la señora Amyot se encontraba en una cómoda posición en las faldas del parnaso.

Cuando finalizó la conferencia, acompañé por casualidad a la señora Amyot a su casa. Por las irritantes miradas de dos o tres ilustres caballeros que se encontraban ansiosamente reunidos en la entrada al momento en que salíamos, supuse que la señora Amyot no solía irse sola a su casa en ese tiempo; sin embargo, sospeché que ninguno de mis frustrados rivales, cualquiera que fuera su alegato a favor, hubiera sido alguna vez tratado con esa mezcla de timidez y autoabandono, de fingida erudición, de dientes y cabello reales, que yo tenía el privilegio

de recibir. Incluso, desde el comienzo de su carrera pública, la señora Amyot tenía una intuitiva mirada hacia los extranjeros como posibles vínculos con centros sucesivos de cultura, a los cuales, a su debido tiempo, se les pudiera transferir la antorcha del arte griego.

Comentó que al comenzar su conferencia se había sentido tan temerosa como nunca en toda su vida. Desde luego, sabía cuan erudito era yo y que, justo cuando iba empezar, la anfitriona le susurró que me encontraba en la sala, por lo que sintió que el piso se abría bajo sus pies. Enseguida, dejando ver fugazmente el hoyuelo, recordó una cita de Emerson<sup>1</sup> —¿en realidad era de Emerson?—; en la cita se mencionaba que la belleza poseía su propia excusa para apreciarse, y esto la hizo sentirse un poco más segura, ya que estaba convencida de que nadie veía la belleza con más intensidad que ella (cuando era niña, mientras sus hermanas jugaban con sus muñecas, solía pasarse horas sentada contemplando un jarrón etrusco que se encontraba en un librero de la biblioteca). Si percibir la belleza era la única excusa para hablar de ella, entonces ¿por qué estaba tan segura de que yo sería indulgente y no muy crítico y mordaz? Especialmente si, como al parecer pensaba, ya estaba enterado de que había perdido a su pobre esposo y de todo lo que ella tenía que llevar a cabo por su bebé.

Segura de mi afición por estos temas, continuó y dijo que siempre había querido pedirme mi opinión sobre sus conferencias. Desde luego, un solo tema no era suficiente, por lo que este panorama de las limitaciones del arte griego, como “materia”, me dio una alarmante idea de hasta qué grado un conferenciante exitoso podía limitar al universo. La señora Amyot debía hallar otros temas. Hasta ese momento no se había aventurado en ningún otro; sin embargo, consideró a Tennyson<sup>2</sup> —¿acaso no me apasionaba con Tennyson?—; ya que ella lo adoraba, estaba convencida de que podía ayudar a los demás a comprenderlo; también me pidió mi opinión acerca de un curso sobre Rafael o Miguel Ángel o sobre las heroínas de Shakespeare. Había algunos finos tallados de acero de las madonas de Rafael y del techo de la capilla Sixtina en la biblioteca de su madre, además asistió a las representaciones que hizo la señorita Cushman de distintos personajes de Shakespeare, por lo que también se sentía apta para hablar con autoridad sobre estos temas.

---

<sup>1</sup>Ralph Waldo Emerson (1803-1882). Poeta y pensador estadounidense. Estudió teología en Harvard y fue ordenado ministro de la Iglesia Unitaria en 1829, cargo al que renunció en 1832. (N. del T.)

<sup>2</sup>Lord Alfred Tennyson (1809-1892). Escritor inglés que en ocasiones se le ha considerado el mayor representante de la época victoriana en la poesía. Las obras de Tennyson eran melancólicas y reflejaban los valores intelectuales y morales de su época, lo que lo hizo presa de críticas posteriores. (N. del T.)

Cuando llegamos a la puerta de la casa de su madre, la señora Amyot suplicó que entrara para conversar sobre el tema; ella quería que viera al bebé, pues sentía que la entendería mejor si lo hacía. Entonces, el hoyuelo se asomó a través de una lágrima.

El temor de encontrar a la autora de “La caída del hombre”, aunado a la oportuna evocación de una cita para cenar, me permitió evadir esta atención con la promesa de regresar por la mañana. Al día siguiente, salí muy temprano para cumplir con mi compromiso; después de este encuentro, no supe nada por varios años de la señora Amyot.

En ese tiempo, mi profesión me llevaba en irregulares intervalos de una a otra de nuestras ciudades más grandes y, puesto que la señora Amyot también era peripatética, era inevitable que tarde o temprano nuestros caminos se encontraran. Fue entonces cuando, sin ninguna sorpresa, en una nevada tarde en Boston, me enteré por la dama con la que tuve la oportunidad de comer que, tan pronto como acabara mis alimentos, me llevarían a escuchar una de las conferencias de la señora Amyot.

—¿Sobre arte griego? —pregunté.

—Ah, entonces ya la ha escuchado. No, es sobre una de las series nombradas Hogares y lugares predilectos de los poetas. La semana pasada asistimos a una charla sobre Wordsworth<sup>3</sup> y los poetas del lago.<sup>4</sup>

En esta ocasión, escucharemos sobre Goethe<sup>5</sup> y Weimar.<sup>6</sup> La señora Amyot es una persona excepcional; todas las mujeres de su familia son brillantes. Por supuesto, ya sabe que su madre fue Irene Astarte Pratt, la que escribió el poema “La caída del hombre” y a quien N. P. Willis<sup>7</sup> nombró la Milton de América. Una de las tías de la señora Amyot tradujo a Eurí...”

—¿Y aún es tan bella como siempre? —Intervine de manera impertinente por lo que mi anfitriona me miró sorprendida.

—Es muy modesta y reservada. Comenta que sufre verdaderamente al hablar en público; usted sabe, ella sólo lo hace por su hijo.

<sup>3</sup>Poeta y escritor británico (1770-1850). Mientras muchos escribían sobre héroes antiguos, usando pomposos estilos, él se enfocaba en la naturaleza, los niños, los pobres y la gente común, utilizando palabras ordinarias para expresar sus sentimientos. (N. del T.)

<sup>4</sup>Poetas ingleses que vivieron en el Lake District a principios del siglo XIX. Sus principales representantes fueron William Wordsworth y Samuel Taylor Coleridge. (N. del T.)

<sup>5</sup>Johann Wolfgang Goethe (1749-1832). Escritor alemán considerado una de las figuras del romanticismo alemán, su compleja obra, tanto poética como narrativa, es una de las más destacadas de la literatura universal. (N. del T.)

<sup>6</sup>Ciudad de Alemania en el distrito de Erfurt; antigua capital de Turingia, situada a orillas del río Ilm. Es un importante centro cultural en el cual residieron importantes figuras de la intelectualidad alemana, entre ellas, Goethe, Schiller, Nietzsche, cuyas casas se conservan. (N. del T.)

<sup>7</sup>Escritor y poeta norteamericano (1806-1867). Editor del periódico *The Legendary* y tiempo después de *Token*, antes de fundar la *American Monthly Magazine* en Boston. Sus populares libros, aunque efímeros, fueron colecciones de sus trabajos periodísticos. (N. del T.)

A la hora señalada, ocupamos nuestros asientos en una sala de conferencias llena de toscas mujeres que vestían levitones. La señora Amyot, evidentemente era una de las preferidas en medio de estas austeras hermanas ya que la sala se encontraba llena; además de que cuando entramos, un pálido portero, con una educada pero mala pronunciación, les explicaba a numerosos solicitantes excluidos la imposibilidad de proporcionarles asientos.

Nuestros lugares se encontraban muy cerca de la parte de enfrente; por lo que, cuando las cortinas traseras del estrado se abrieron y con ello apareció la señora Amyot, pude hacer una inmediata comparación entre la dama, que ahora deliciosamente lucía sus hoyuelos con el aplauso de su público, y la acobardada oradora de pequeñas salas que yo recordaba.

La señora Amyot se encontraba tan hermosa como siempre, y aún existía aquella curiosa discrepancia entre la frescura de su apariencia y lo añejo de su tema. No obstante, algo había desaparecido de aquella bochornosa inconsistencia con la que, con incertidumbre, hizo sus pinitos en el arte griego. Esto no significaba que ahora sus conjeturas fueran menos inciertas, sino que tenía un aire de dar por sentado que, por el propósito que tenía, el centro del blanco se encontraba en todas partes, así que no había necesidad de perder el tiempo en apuntar. Esta confianza facilitaba en gran medida el flujo de su elocuencia; de tal manera que parecía llevar a cabo un truco análogo al de un mago que saca metros y metros de papel blanco de su boca. Con atinada destreza y agilidad, de entre un gran surtido de trillados adjetivos elegía el que el buen gusto y la discriminación rechazarían con toda seguridad, adecuando su materia con epítetos de sección de ofertas en boutique de segunda, irrelevantes tanto en corte como en talla. A la invaluable habilidad de no perturbar la asociación de ideas de su auditorio, la señora Amyot añadía un don al cual se le podría llamar un estilo confidencial, que utilizaba para que sus fluidas generalizaciones sobre Goethe y el lugar que éste ocupaba en la literatura tuvieran un toque de experiencia personal —la conferencia, desde luego, era elaborada basándose en el libro de Lewes—; se daba también un abierto intercambio de puntos de vista con el público sobre la mejor forma de tejer calcetines para niños o sobre cómo elaborar conservas para el invierno. Estoy seguro de que su prodigioso e irracional éxito se debía a este estilo personal —el equivalente moral de su hoyuelo—. Era su arte de transformar ideas de segunda mano en emociones de primer nivel, lo que la hacía tan querida por su auditorio femenino.

Para cualquiera que no estuviera en busca de “documentación”, el éxito de la señora Amyot era algo que apenas la hacía interesante; por lo que mi curiosidad disminuía con la creciente convicción de que el “sufrimiento” vinculado con el hecho de hablar en público ya no era más que una molestia retrospectiva. Estaba seguro de que ella había alcanzado el punto en que ya juzgaba y disfrutaba los efectos de manipular deliberadamente a su público. Con toda seguridad, también experimentaba cierto gozo cuando alcanzaba resultados muy importantes que requerían muy poco esfuerzo mental. El arte de la señora Amyot era sólo un ensanchamiento de coquetería: ella coqueteaba con su auditorio.

Dentro de este escenario de escepticismo iluminado, accedí, aunque indiferente, a la sugerencia hecha por mi anfitriona de ir a visitar a la señora Amyot aquella tarde. La tía que había traducido a Eurípides se quedaba en casa los sábados por la tarde y, según señaló mi acompañante, uno encuentra gente “cultivada” ahí: era uno de los centros intelectuales de Boston. Mi estado de ánimo aún poseía aquel claro resentimiento contra cualquier conexión entre la señora Amyot y la intelectualidad, por lo que decidí no asistir. Sin embargo, al día siguiente me encontré con ella en la calle.

Ella me detuvo con un reproche, pues se enteró de que me encontraba en Boston. ¿Por qué no asistí la noche anterior? También se le informó que yo me encontraba en su conferencia y eso la había intimidado —desde luego, casi tanto como unos años atrás en Hill-bridge—. La señora Amyot *nunca* pudo superar ese estúpido temor y todo este asunto le seguía siendo tan desagradable como siempre, pero, ¿qué podía hacer ella? Todavía tenía al niño, aunque ahora ya mayor. ¡Los niños necesitan de una *gran* inversión! Aun así, ¿en realidad creía yo que no había mejorado ni un poco? y ¿por qué no la acompañaba en ese momento para ver al pequeño y decirle con toda sinceridad lo que opinaba de su conferencia? La señora Amyot gozaba de muchos halagos, pues la gente era *muy* benévola, además, todos sabían que lo hacía por el chico; no obstante, lo que ella creía necesitar eran críticas, severas y analíticas, como las mías. ¡Claro, ella sabía que yo era terriblemente crítico!

En esa ocasión, la acompañé a su casa y pude ver al niño. Al inicio de su ardiente adoración por Tennyson, ella lo bautizó con el nombre de Lancelot, y en realidad se le parecía. Sin embargo, probablemente la ropa de terciopelo negro y la exasperante longitud de sus dorados rizos, aunado al hecho de que se le había enseñado a recitar

a Browning<sup>8</sup> para los visitantes, hacía que tal semejanza incrementara a desesperación mi intranquilidad por su presencia, parecida a la del joven Samuel. Basándome en eso, tenía motivos para pensar que él habría preferido que lo llamaran Billy y perseguir gatos con los demás niños de la cuadra. Los rizos y la poesía eran tan sólo otra válvula de escape de la incontrolable coquetería de la señora Amyot.

No obstante, si Lancelot no era auténtico, el amor que su madre sentía por él sí lo era. Todo se justificaba —a fin de cuentas las conferencias eran *por* el niño—. Por eso, no llevaba ni diez minutos en la habitación cuando me vi comprometido con la señora Amyot a llevar a cabo su victorioso embuste. Si ella deseaba hablar de Platón, debía hacerlo. ¡Platón merecía una oportunidad como todos nosotros! Desde luego, no había necesidad de ser “crítico”, así que mantuve la suficiente calma para salir de aquella encrucijada, pero le sugerí ciertos “temas” y le hice listas de libros con un desgano que se iba tornando más obvio conforme el tiempo borraba el recuerdo de su sonrisa. Incluso me viene a la mente que pensaba que algunos hombres habrían salido de apuros al casarse con ella; no obstante, le cedí el lugar de rehén a Platón y escapé en el tren de la tarde.

La siguiente ocasión que la vi fue en Nueva York, cuando sus conferencias se encontraban tan de moda y el asistir a sus discursos era parte de las ocupaciones de toda mujer. La dama que sugirió que por supuesto yo debía acudir a escuchar a la señora Amyot, sólo sabía que mi conocida era intachablemente adorable, que tuvo un marido espantoso y que todo esto lo hacía para sostener a su hijo. El tema de la exposición —al parecer sobre Ruskin—<sup>9</sup> fue en realidad de menor importancia no sólo para mi compañera, sino para la elegante y distraída multitud de damas que llegaron tarde, dejando caer sus mitones y monederos para perderse, sin ningún disimulo, en la crítica de la ropa de las demás. Ellas recibieron a la señora Amyot con calidez, aunque era indudable que la asistencia representaba una obligación social, como lo es ir a la iglesia, más que otro interés personal; de hecho, me temo que todas esas damas habrían permanecido en alguna otra parte si hubieran tenido la certeza de que no asistiría ninguna de las otras.

Ya sea que la señora Amyot estuviera desalentada por la falta de compasión por parte de su auditorio o que el deporte de causar ese sentimiento se había convertido en un quehacer, lo cierto es que ella daba sus típicas charlas con entusiasmo menos creíble que en tiempos

---

<sup>8</sup> Robert Browning, (1812-1889). Poeta inglés. Logró una fórmula poética personalísima: *el monólogo dramático*, alarde de refinamiento verbal, vasta cultura y penetración psicológica. (N. del T.)

<sup>9</sup> John Ruskin, (1819-1900). Crítico de arte y escritor inglés. Fue uno de los principales teóricos del prerrafaelismo. (N. del T.)

pasados. Su voz tenía la misma inflexión de confianza, pero sonaba como reproducida por un gramófono: la verdadera mujer parecía haber quedado muy lejos. Había desarrollado cierta firmeza sin perder su radiante frescura, y su elegante traje podía emplearse ya fuera para mostrar las posibilidades de un sólido ingreso o para una cortesía política del agrado de los oyentes. Conforme la escuchaba, me reproché por haber pensado que se decepcionaba de ella misma al decir que no encontraba placer alguno en su trabajo. Ahora estaba convencido de que en realidad lo hacía por Lancelot y, a juzgar por el número de asistentes y el precio de los boletos de entrada, concluí que Lancelot debía estar recibiendo una educación liberal.

En ese invierno me encontraba viviendo en Nueva York y, debido a mis compromisos de cenas, cierta noche coincidí con la señora Amyot. El hoyuelo surgió tan pronto como la saludé, tan puntual como el cucú de un reloj suizo; pude percibir la misma cualidad automática en la forma en que ella hacía su ya conocida tierna petición de consejo. Parecía una caja musical con tonadas populares que se sucedían una a otra con una rapidez sofocante; sin embargo, un momento después de cada una los cilindros raspaban y zumbaban.

Cuando la visité, percibí que la señora Amyot vivía en un departamento iluminado por el sol, con una sala adornada con flores y una mesa de té que daba la impresión de estar esperando visitas. Ella admitía que gozaba de un éxito inexplicable. Por supuesto, era formidable para beneficio de Lancelot, quien estudiaba en la mejor escuela del país; además, si todo salía bien y la gente no se cansaba de su infantil madre, Lancelot iría a Harvard. Durante los dos o tres años siguientes, la señora Amyot residió en Nueva York; difundía arte y literatura en los alrededores de la ciudad. La veía de vez en cuando, siempre resuelta, mejor vestida, más exitosa y más automática: estaba convertida en una fábrica de conferencias.

Salí del país por uno o dos años, y cuando regresé la señora Amyot había desaparecido. Le pregunté a mucha gente sobre su paradero, pero se la había tragado la tierra. Lo último que se supo era que seguía siendo conferenciante —¡todavía!—; sin embargo, al parecer nadie sabía cuándo ni dónde.

Fue en Boston donde por fin la encontré; se veía melancólica, meciéndose asida de una oscilante correa que pendía de la parte superior de un concurrido tranvía. Su rostro lucía tan acabado, que sorprendentemente me enajené calculando el tiempo transcurrido desde nuestro último encuentro. Me habló con timidez, como adivinando mi apurado cálculo y consciente de que en cinco años ella no debía haber

cambiado tanto como para trastornar mi noción del tiempo. Enseguida, pareció atribuírselo a su atuendo, pues con nerviosismo cubrió con su capa un vestido que pedía ser cubierto y se acurrucó en un asiento tras la fila de bípedos prensiles que bloqueaban el pasillo del tranvía.

Tal vez porque obviamente me evitó, por primera vez sentí que la podría ayudar en algo; así que cuando bajó del transporte, no hubo excusa para no seguirla.

No mencionó que necesitara algún tipo de consejo, ni tampoco me pidió que la acompañara a su casa; mientras hablábamos, ocultaba sus evidentes preocupaciones bajo el disfraz de un repentino interés en todo lo que yo había estado haciendo desde la última vez que me vio. Con respecto a ella, sólo supe que Lancelot se encontraba bien y que por el momento ella no daba conferencias —ya que estaba cansada, además de que su doctor le indicó reposo—. Se detuvo en la puerta de una deteriorada casa y me tendió la mano para despedirse. Se sentía muy contenta de haberme visto y si por casualidad yo regresaba a Boston... (como si estuviera cansado, el hoyuelo se despidió y ella cerró la puerta como conclusión de su frase).

Dos o tres semanas más tarde, encontré una carta suya en mi club en Nueva York. En la carta decía que se encontraba en dificultades, que últimamente no había tenido mucho éxito y que si por casualidad regresaba a Boston y le podía conceder alguno de mis invaluable consejos que... Unos días después, el consejo estuvo a su disposición. Con toda franqueza me dijo lo que en realidad sucedía. Su público estaba cansado de ella; se había percatado de esto desde hacía algún tiempo, y era lo suficientemente perspicaz para detectar los motivos: tenía más rivales que antes —mujeres jóvenes, admitió con una sonrisa que aún parecía generosa—; también, su público era más crítico y, por lo tanto, más exigente. Dar conferencias, como la señora Amyot lo entendía, no era nada difícil. Se elegía un tema: Rafael, Shakespeare, arquitectura gótica o algún tema importante y conocido, se leía acerca de él alrededor de una semana en el Ateneo o en la biblioteca Astor y después se planteaba al público lo leído. Ahora, al parecer, aquel simple proceso ya no era suficiente. La gente se había aburrido de los “temas” conocidos; en ese momento, existía interés por las cosas que uno ni siquiera había oído: la selección natural, la atracción animal, la Sociología y el folclor comparado. Mientras tanto, en la literatura, la exigencia era igual de difícil de satisfacer, ya que Matthew Arnold<sup>10</sup> estableció la

---

<sup>10</sup> Arnold Matthew. Escritor y poeta británico (1822-1888). Catedrático de Oxford, compuso numerosos poemas de tipo didáctico. (N. del T.)



costumbre de estudiar “la influencia” que un autor ejercía sobre otro. La señora Amyot intentó dar conferencias sobre las influencias y todo salió bien mientras el público estuvo satisfecho con la identificación de tan obvias inspiraciones como las de Turner<sup>11</sup> sobre Ruskin,<sup>12</sup> de Schiller<sup>13</sup> sobre Goethe, de Shakespeare sobre la literatura inglesa. Sin embargo, estas investigaciones habían perdido, en corto tiempo, todo encanto debido a lo refinado de su auditorio, quienes ahora pedían que el tipo de influencia o el autor a quien se influía fuera desconocido o que no hubiera una conexión perceptible entre ambos. La sazón de la conferencia se daba con el grado de ingenio con el que el orador establecía una relación entre dos personas, quienes, probablemente, nunca supieron una de la otra y mucho menos leyeron alguna de sus respectivas obras. Por ejemplo, la señorita Williams, una bonita mujer pelirroja, daba con éxito conferencias sobre la influencia de los rosacruces en la poesía de Keats,<sup>14</sup> mientras que otra persona impartía un “curso” sobre la influencia de Santo Tomás de Aquino en el profesor Huxley.<sup>15</sup>

Entusiasmada por mi interés en su aflicción, la señora Amyot continuó diciendo que la creciente demanda por la evolución era lo que más problemas le causaba. Su abuelo había sido un pilar en el ministerio presbiteriano y la idea de conferenciar sobre Darwin o Herbert Spencer<sup>16</sup> era terriblemente escandaloso para su madre y sus tías. En cierta forma, la familia se había basado, tanto literaria como espiritualmente, en una inspiración textual del Génesis: ¿Qué fue de “La caída del hombre” bajo la luz de la moderna exégesis?

Como resultado, dejó de conferenciar porque ya no podía vender los suficientes boletos para pagar el alquiler de una sala de conferencias. Con respecto a los representantes, ya no se fijaban en ella. Probó

<sup>11</sup>Turner, Joseph Mallord William (1775-1851). Paisajista inglés, famoso por el brillante y dramático trato de la luz natural y los efectos atmosféricos en representaciones tanto acuáticas como terrestres. Su obra tuvo una influencia directa en el desarrollo del impresionismo. (N. del T.)

<sup>12</sup>Ruskin, John (1819-1900). Crítico y teórico social inglés. Fue considerado el dictador virtual de la opinión artística en Inglaterra, aunque su reputación decayó después de su muerte. Aunque innegablemente fue un pensador inconstante y extravagante (reflejo de su inestabilidad mental y emocional), también es cierto que él revolucionó la crítica al arte y escribió alguna de la más estupenda prosa en el idioma inglés. (N. del T.)

<sup>13</sup>Schiller, Johann Christoph Friederich Von (1759-1805). Poeta alemán, su aportación fue decisiva para la formación de la cultura alemana durante el periodo romántico. (N. del T.)

<sup>14</sup>Keats, John. Poeta lírico inglés (1795-1821). Considerado como un arquetipo de los escritores románticos, Keats sentía que el significado más profundo de la vida residía en la belleza material, aunque la madurez de sus poemas revela la fascinación por un mundo de muerte y decadencia. (N. del T.)

<sup>15</sup>Huxley, Thomas Henry. Naturalista británico (1825-1895). Realizó diversos descubrimientos de zoología y paleontología, y defendió la teoría de la evolución de Darwin. (N. del T.)

<sup>16</sup>Spencer, Herbert. Filósofo inglés (1820-1903). Autor de *La estética social* (1850), obra en la que defiende un individualismo a ultranza. En el resto de sus tratados, basados en la idea de la selección natural, intenta aplicar la doctrina evolucionista a la sociedad. (N. del T.)

suerte en todos los estados del Este y había ido al Sur hasta llegar a Washington. No obstante, fue inútil y, a menos que encontrara otros temas —o mejor aún, un nuevo público—, tendría que cambiar de oficio. Eso significaría el fracaso de todo por lo que había trabajado, ya que Lancelot tendría que dejar Harvard. Entonces se detuvo para limpiar algunas de las indecorosas lágrimas que ocasiona un verdadero dolor. Al parecer, Lancelot sería un genio debido a que había aprobado exitosamente sus primeras evaluaciones y a que tenía “dones literarios”. También escribía poesía hermosa, mucha de la cual su madre copiaba, usando letras inclinadas con reverencia, en un volumen encuadernado con terciopelo que ella guardaba en un cajón con llave.

Los versos de Lancelot me inquietaron como algo menos grave que un dolor de muela, aunque no fue para eso por lo que ella me había llamado; deseaba asegurarse de que valía la pena trabajar por él, seguridad que logré transmitir con la simple estratagema de comentar que los poemas me traían a la mente a Swinburne<sup>17</sup> —y en realidad lo hacían—, así como a Browning, Tennyson, Rossetti<sup>18</sup> y todos aquellos poetas que proveen de inspiraciones originales a los autores jóvenes.

La resolución de este punto se decidiría tomando en cuenta qué tantos eran los recursos que su madre poseía, como dicen los franceses, para poder pagarse el lujo de sostener a un poeta. Era claro que este privilegio solamente podía ser pagado con moneda falsa y que la única manera de ayudar a la señora Amyot era formar parte del circulante de aquel tipo de cambio. Mi amuleto de la integridad intelectual se desplomó, como si fuese una mosca, ante la atracción de una mujer ya no joven y notablemente tonta, pero llena de esas adoradas contradicciones e irrelevancias que siempre harán que la carne y la sangre prevalezcan sobre un silogismo. Me despedí de la señora Amyot con la promesa de enviar una docena de cartas a universidades del Oeste y casi me comprometí a que le esbozaría una conferencia sobre la reconciliación entre la ciencia y la religión.

En el Oeste tuvo éxito, el cual durante un año o más amargó el escrutinio de mi periódico matutino. La fascinación que atrae al asesino a la escena de su crimen llevó mi mirada a cada párrafo que celebraba la última brillante conferencia de la señora Amyot referente a

---

<sup>17</sup>Swinburne, Algernon Charles. Poeta británico (1837-1909). Decadentista y partidario de “el arte por el arte”, conquistó cierto reconocimiento con la tragedia en verso *Atalanta en Calidón* (1865), pero el libro que realmente le proporcionó notoriedad fue *Poemas y baladas* (1866, 1878, 1889), que causó un gran escándalo por su contenido erótico. (N. del T.)

<sup>18</sup>Rossetti, Dante Gabriel (1828-1882). Poeta y pintor inglés que fue miembro principal de la hermandad prerrafaelista dedicada a revivir el arte inglés mediante la inspiración medieval. (N. del T.)

la influencia de algo sobre alguna persona; y sus propias cartas —con las cuales me abrumaba—, no reparaban en mencionar los detalles del espectáculo ofrecido en su honor por el Club Palimpsesto de Omaha o de la recepción en la Universidad de Leadville. Los catedráticos universitarios fueron especialmente amables: ella aseguraba que nunca antes se había topado con tan amable crítica. Yo me estremecí con ese adjetivo, el cual, de pronto, iluminó el gran mecanismo de mentiras que yo había echado a andar. ¡A lo largo de mi tierra natal, los hombres de intachable integridad de esos tiempos eran cómplices, junto conmigo, de persuadir a sus amigos para asistir a la conferencia de la señora Amyot sobre la conciliación de la ciencia y la religión! Mi única esperanza era que, en defensa de sus propias convicciones, alguno de mis cómplices la desposara.

Aparentemente, ninguno tuvo que recurrir a tan heroica hazaña. Alrededor de dos años después, me impactó la noticia de que la señora Amyot daba conferencias en Trenton, Nueva Jersey, sobre Teosofía moderna bajo la luz de los vedas. La siguiente semana estuvo en Newark, hablando sobre Schopenhauer<sup>19</sup> a la luz de la psicología actual. Una semana más tarde, me encontraba en la cubierta de un barco de vapor reconsiderando mi participación en los triunfos de la señora Amyot, con la imparcialidad con la cual uno ve un episodio que se está quedando atrás al ritmo de veinte nudos por hora. A fin de cuentas, había estado ayudando a una madre a educar a su hijo.

Los siguientes diez años de mi vida los pasé en Europa, y cuando volví a casa su recuerdo era tan inofensivo como uno de esos patéticos fantasmas que se dice luchan en vano por hacerse visibles para los vivos. Ni siquiera noté el hecho de que ya no escuchaba hablar de ella. Todo indicaba que se había desplomado de la rama de los recuerdos como una hoja muerta.

Uno o dos años después de mi regreso, fui condenado a uno de los peores castigos que puede sufrir un trabajador: un descanso obligado. Los médicos que me dictaron la inhumana sentencia decretaron que debía ser cumplida en el Sur, así que todo un invierno anduve con mi tos, mi termómetro y mi inactividad entre los plantíos de naranja más populares. En el vasto y melancólico mar de mi ocio, como un hombre que se ahoga, me aferré a cualquier madera humana que estuviera a mi alcance. Tomé un crítico y menospreciativo interés en la tos, los termómetros y la inactividad de los otros enfermos; no obstante, me

---

<sup>19</sup>Schopenhauer, Arthur. Filósofo alemán (1788-1860). Su filosofía radicalmente pesimista, ha ejercido una notable influencia, especialmente en las corrientes irracionistas. (N. del T.)

aferraba con entusiasmo y sin sentido crítico a las personas saludables, a los ocupados y a los transeúntes.

Ahora que recuerdo, no puedo explicar de ninguna otra manera la importancia que le adjudiqué una tarde a la holgada confianza de un recién llegado de barba castaña, quien inclinado hacia atrás por donde yo me encontraba, en un balcón de un hotel adornado con rosas, compartió conmigo los simples anales de su pasado. No había nada en este cuento que pudiera encender la más inflamable imaginación y, a pesar de que el hombre poseía una apariencia agradable y franca, y una voz que se diferenciaba complacientemente de las agudas inflexiones de los demás huéspedes, probablemente, en otras circunstancias, su incierta historia sobre aventuras de negocios exitosos en una ciudad del Oeste habría sido como un arrullo.

Hasta ese momento no estaba seguro de que me agradara su complaciente voz, pues tenía una engreída falta de relación con la monótona naturaleza de la historia, como si una brisa ocupada en sacudir un mantel pretendiera hacer ondear una bandera. Sin embargo, esta apreciación podía ser una señal de mi propio fastidio, ya que el hombre parecía ser una persona sencilla, satisfecha con su regular suerte y ya profundamente inmersa en las contiendas conyugales (parecía que apenas pasaba los treinta años).

Recién había empezado con una anécdota sobre cómo le salían los dientes a su hijo mayor, cuando una conocida mía que regresaba de su paseo vespertino, se detuvo con nosotros por un momento en la penumbra, con una sonrisa que era el equivalente femenino de un collar para salvajes.

—¿Compraría un boleto? —Dijo dulcemente.

—Por supuesto que lo haré, pero ¿un boleto para qué? —Me aventuré a preguntar.

—Ah, eso es *muy* amable de su parte. Es para la conferencia de esta tarde. No tiene que ir, usted sabe, ninguno de nosotros irá. La mayoría ya ha pasado por esto en Aiken... y en Saint Augustine... y en Palm Beach. Yo les di mis boletos a algunas personas recién llegadas del Norte y algunos de nosotros enviaremos a nuestra servidumbre, sólo para llenar la sala.

—¿Y le puedo preguntar para quién es tan delicado gesto?

—Ah, creí que ya sabía. Es para la pobre señora Amyot. Este invierno ha estado dando conferencias por todo el Sur. En pocas palabras, me ha *perseguido* desde que salí de Nueva York, y ¡ya el verano pasado la escuchamos seis semanas en Bar Harbor! Uno tiene que comprarle boletos, ya sabe, porque es viuda y todo esto lo hace por su hijo, para

pagar su educación. Es tan animosa y buena al respecto y habla sobre él de una manera tan natural y conmovedora, que todos sienten lástima por ella, mientras que nosotros nos vamos a la ruina con los boletos. ¡En verdad espero que ese chico termine pronto sus estudios!

—¿La señora Amyot? ¿La señora Amyot? —Repetí —¿Aún se encuentra *educando* a su hijo?

—Ah, ¿ya la conoce? ¿Hace mucho que ella se dedica a esto? Me consuela un poco oír eso porque supongo que cuando el chico se encuentre en una situación holgada, la pobre mujer podrá descansar, ¡y nosotros también!

La mujer se rió y me tendió la mano.

—Aquí tiene su... ¿Dijo *dos* boletos? ¡Oh! gracias, no es necesario que vaya.

—Pero yo pretendo ir. La señora Amyot es una vieja amiga mía.

—¿En verdad? Eso es exageradamente gentil de su parte. Tal vez asistiré si convengo a Charlie y a los demás de que vayan. Me pregunto..., si su amigo... —Dijo con toda intención.

Disimuladamente le hice saber que a mi amigo apenas lo había conocido como para inmiscuirlo en esas obras de caridad, por lo que ella disfrazó su error con una serie de amistosos ruegos de que fuera puntual y que no olvidara apartarle un lugar, ya que había decidido ir aun cuando Charlie y los demás no lo hicieran.

El movimiento de sus refajos se perdió en la distancia y mi acompañante, quien se había volteado para prender un puro, no hizo ningún esfuerzo para volver al tema. Al fin, temiendo que hubiese escuchado claramente la alusión a su persona, me atreví a preguntarle si asistiría a la conferencia esa noche.

—Obligadamente, pues ya tengo un boleto —contestó con brusquedad.

Tal declaración me pareció de tan mal gusto que no hice ningún comentario. Fue él quien habló enseguida.

—¿Entendí bien cuando usted dijo que era un viejo amigo de la señora Amyot?

—Creo que puedo afirmarlo, si se trata de la misma señora Amyot a la que tuve el placer de conocer hace ya muchos años. La que yo conocí también solía dar conferencias...

—¿Para pagar la educación de su hijo?

—Eso creo.

—Bueno..., nos veremos luego.

Se levantó y entró en la estancia.

Aquella noche, en la recepción del hotel, no había más que un escaso número de invitados, entre los cuales vi a mi amigo de la barba

castaña, sentado solitariamente en un sofá con la cabeza apoyada en la pared. No pudo ser la curiosidad lo que lo llevó a asistir a la presentación de la señora Amyot, ya que para poder apreciar la improvisada plataforma al final de la sala habría tenido que cambiarse de lugar. Cuando lo vi, parecía estar perdido en la contemplación del candelabro.

La dama a la que le había comprado los boletos llegó tarde, sin la compañía de Charlie y los demás, asegurándome además que *gritaría* si el tema de la conferencia era Ibsen<sup>20</sup> —ya la había escuchado tres veces en ese invierno—. Una ojeada al programa la tranquilizó, pues decía, con la propia letra inclinada de la oradora, que el tema sería La cosmogonía.

Después de una larga pausa, durante la cual el escaso público tosió y movió las sillas, dando señas de arrepentimiento por haber asistido, la puerta se abrió y la señora Amyot apareció en la tarima. ¡Oh, pobre mujer!

Alguien gritó:

—¡Silencio!

Entonces cesaron las toses y el movimiento de sillas, y con ello comenzó la conferencia.

Parecía como si uno mismo se estuviera observando en un espejo roto en la madrugada. Hasta ese momento reparé en lo mucho que yo ya había envejecido. Con respecto a Lancelot, él ya debía tener barba. ¿Barba? Esa palabra me cimbró y, sin saber el motivo, mi mirada se dirigió hacia mi barbado amigo sentado en el sofá. Por extraño que parezca, él me estaba observando con una expresión medio desafiante, medio malhumorada. Cuando se cruzaron nuestras miradas y la de él se desvió, me llegó la convicción: *él era Lancelot*.

No recuerdo ni una sola palabra de la conferencia y se puede afirmar que había suficientes como para llenar un diccionario de buen tamaño. La brisa de elocuencia de la señora Amyot se transformó en un huracán: uno tenía la desesperada sensación de que ella había desatado una tormenta y mientras no llegara la calma, nada se podía hacer al respecto.

Al fin, llegó la calma con el disfraz de un reloj que anunciaba las diez. Con cara de alivio, mi compañera salió en busca de Charlie y los demás. A toda prisa, el público salió como si huyera del trabajo y, sin sorpresa alguna, me di cuenta de que el forastero de barba castaña se encontraba junto a mí.

---

<sup>20</sup>Ibsen, Henrik. Dramaturgo noruego (1828-1906). Considerado el fundador del teatro de ideas; su producción se centra en la creación y tratamiento de grandes personajes, especialmente femeninos, y en la crítica a los prejuicios burgueses y al capitalismo. (N. del T.)

Luego, estuvimos parados en la desierta sala bajo el iluminado candelabro.

—Creo que esta tarde usted me comentó que era un viejo amigo de la señora Amyot, ¿no es así? —Comenzó torpemente.

Yo asentí.

—¿Le gustaría entrar a saludarla?

—¿En este momento? Me encantaría, pero no sé si...

—Ella está dispuesta y lo está esperando —interrumpió.

Ya no dio otra explicación, así que lo seguí silenciosamente. Me condujo por el largo pasillo hasta que abrió la puerta de una sala.

—Madre —dijo una vez que estuvimos adentro mientras cerraba la puerta—, él es el hombre que dice conocerte.

La señora Amyot, sentada en un sillón mientras removía una taza de caldo, levantó la mirada con sobresalto. Evidentemente no me había visto entre el público y la descripción que dio su hijo no fue suficiente para revelarles mi identidad. En sus ojos pude ver una temerosa mirada, luego, como si fuera una flor congelada vista a través del cristal de una ventana, el hoyuelo se expandió en su arrugada mejilla; entonces me dio la mano.

—Me da tanto gusto —dijo— ¡tanto gusto!

Volteó hacia su hijo quien nos miraba.

—Con toda seguridad ya le habrá dicho todo acerca de mí a Lancelot. ¡Usted me conoce desde hace tanto!

—No he tenido tiempo de hablar con su hijo; bueno, desde que supe que era su hijo —le expliqué.

Su semblante cambió.

—Entonces no ha tenido tiempo para decirle nada terrible —dijo riéndose.

—Es él quien ha estado diciendo cosas espantosas —contesté tratando de seguir el mismo matiz de su comentario.

Entonces vi mi error.

—¿Qué cosas? —Ella titubeó.

—Hacerme ver lo viejo que estoy cuando me platica de sus hijos.

—¡Mis nietos! —Exclamó sonrojándose.

—Bueno, si lo vemos de esa forma.

Se rió de nuevo inciertamente y luego guardó silencio. Por un momento dudé, pero luego le di la mano para despedirme.

—Veo que está cansada. No debí atreverme a venir a estas horas si su hijo no me...

El hijo intervino.

—Sí, yo le pedí que viniera —le dijo a su madre con esa voz clara

y segura—. Todavía no le he dicho nada, pero madre, tú tienes que... ahora. Para eso lo hice venir.

Su madre se enderezó, pero vi que su mirada vacilaba.

—Lancelot... —Comenzó.

—Señor Amyot —y volviéndome hacia el joven le dije— si su madre me permite regresar mañana, con todo gusto...

Él golpeó con fuerza la mesa en la que se encontraba apoyado.

—¡No señor! no tomará mucho tiempo, pero se tiene que hacer ahora.

Se acercó a su madre y pude ver su labio temblar bajo la barba. Después de todo era más joven y menos seguro de lo que yo había imaginado.

—Mírame, madre —continuó— hay algo que se tiene que aclarar y como dices que este caballero es un viejo amigo tuyo, será mejor aclarar todo en su presencia. Probablemente él lo puede explicar y, si no, entonces se le tendrá que explicar.

Los labios de la señora Amyot se movieron, pero no dijo nada; entonces me miró con resignación y se sentó. Mi previa inclinación por golpear a Lancelot se reafirmaba, por lo que tomé mi sombrero y me dirigí a la puerta.

—La señora Amyot no tiene la obligación de explicarme nada —dije fríamente.

—Pues entonces ella tiene la obligación conmigo..., de explicar algo en su presencia —Volteó hacia su madre de nuevo y dijo—. ¿Sabes qué es lo que dice la gente de este hotel? ¿Sabes lo que él piensa de ti? Madre, ¿lo que todos ellos piensan? ¡Que estás dando estas conferencias para mantenerme, para pagar mi educación! Comentan que a donde vas dices eso. Ése es el motivo por el cual compran los boletos, lo hacen por caridad. Pregúntale si no es eso lo que dicen, pregúntale si no se reían de ti en el corredor antes de la cena. Todos creen que soy un niño, pero él te conoce desde hace mucho tiempo y seguramente sabía cuál era mi edad. ¡Seguro que sabía que no era para pagar mi educación!

Se paró ante ella con las manos apretadas y las venas palpitando en sus sienas. La señora Amyot lucía muy pálida y sus mejillas se veían hundidas; cuando habló, su voz se tornó en un extraño chillido.

—Si... Si esas damas y esos caballeros han venido a mis conferencias movidos por la caridad, no veo nada de qué avergonzarse en ello —dijo titubeante.

—Pero si ellos han estado viniendo como una muestra de caridad por mí, ¿no ves que me has hecho parte de un fraude? —Él contestó— ¿No hay nada vergonzoso en eso? —Su cara se enrojeció— Madre, ¿no ves la vergüenza de dejar que la gente creyera que yo era un holgazán,



que me aprovechaba de ti? ¡Además de hacernos el hazmerreír en cada lugar al que vas!

—¡Nunca hice eso, Lancelot!

—¿Hacer qué?

—Hacerte el hazmerreír..

Se acercó a ella y la tomó de las muñecas.

—¿Me mirarás a los ojos y jurarás que nunca dijiste que dabas tus conferencias para mantenerme?

Después de un largo silencio, él soltó sus muñecas y la señora Amyot se llevó un desgastado pañuelo a sus atemorizados ojos.

—Sí, sí lo hice... para mantenerte... para educarte... —dijo sollozando.

—No estamos hablando de lo que hiciste cuando yo era un niño. Todos los que me conocen saben que he sido un hijo agradecido. ¿Alguna vez te he pedido un solo centavo desde que terminé la universidad hace diez años?

—¡Nunca dije eso, Lancelot!, ¿cómo puedes acusar a tu madre de tanta malicia?

—¿Acaso no le has dicho a nadie en este hotel o en cualquier otra parte en estos diez años, que has estado trabajando para mantenerme? ¡Responde!

—¿Cómo te atreves? —Dijo llorando— delante de un extraño.

—¿No les has dicho tales cosas de mí a extraños? —Él preguntó.

—¡Lancelot!

—Entonces, respóndeme. Madre, ¡di que no lo has hecho!

Inesperadamente su voz se quebró y tomó su mano con suavidad.

—Te creeré lo que me digas —dijo casi humildemente.

Ella malinterpretó el tono de su voz y levantó la cara tratando de asirse temerariamente a la dignidad.

—Creo que primero debes ofrecerle disculpas a este caballero.

—¡No, por Dios, no lo haré! —Gritó— Este caballero dice que sabe todo sobre ti y quiero que él sepa todo acerca de mí también. No quiero que ni él ni nadie bajo este techo siga pensando un minuto más que un solo centavo de su dinero ha parado en mis bolsillos cuando yo ya era lo suficientemente grande como para mantenerme por mí mismo, y él no saldrá de este cuarto hasta que le hayas puesto en claro tal situación.

Mientras hablaba, retrocedió y recargó su espalda en la puerta.

—Mi estimado y joven caballero —dije educadamente— me iré de este cuarto en el momento que yo crea conveniente y ese momento ha llegado. Ya le he dicho que la señora Amyot no me debe ninguna explicación sobre su proceder.

—Pero yo le debo mi propia explicación a usted y a todas las personas que han comprado cada boleto para las conferencias de mi madre. ¿Podría usted concebir que un hombre pueda callarse, sufriendo lo que yo sufrí cuando esa mujer hablaba con usted en el corredor antes de la cena y sin intentar siquiera justificarse a sí mismo? Ningún hombre cabal podría soportar esa clase de situación. Eso ya es suficiente para arruinar su carácter. Si usted es amigo de mi madre, me debe la oportunidad de escuchar lo que tengo que decir.

Sacó su pañuelo y se limpió la frente.

—¡Por Dios santo, madre! —Explotó repentinamente— ¿Con qué objeto lo hiciste? ¿No tenías todo lo que deseabas desde que pude pagártelo? ¿No te devolví cada centavo que invertiste en mí cuando estudié la universidad? ¿Alguna vez te he faltado desde que he sido lo suficiente grande para trabajar?

Él volteó hacia mí sonriendo.

—Pensé que lo hacía para entretenerse y porque había mucha demanda de sus conferencias. ¡*Patrañas!* Eso es lo que siempre me decía. Cuando le pedimos que fuera a pasar el invierno con nosotros en Minneapolis, escribió diciendo que no le era posible, que tenía compromisos por todo el Sur, y su representante no se lo permitiría. Ésa es la razón por la cual vine hasta aquí a verla. Pensábamos que era la conferencista más famosa de los Estados Unidos, ¡mi esposa y yo lo creíamos! Déjeme decirle que incluso nos sentíamos inmensamente orgullosos —todavía sonriendo, se dejó caer en una silla.

—¿Cómo te atreves, Lancelot? ¿Cómo te atreves? —Olvidándose de mi presencia, su madre se aferraba a él acariciándolo tímidamente— Cuando tú ya no necesitaste el dinero, lo gasté todo en los niños y tú sabes que así fue.

—Sí, en cintas para ropa de bautizo y en caballos mecedores de tamaño real, ¡caballos con crines reales!, esa clase de cosas que son indispensables para los niños.

—Ay, Lancelot, Lancelot. ¡Ésa era mi forma de amarlos! ¿Cómo puedes creer tales mentiras acerca de mí?

—¿Qué mentiras acerca ti?

—Que yo dije a todos esas terribles cosas.

Mirándola a los ojos, la apartó delicadamente.

—¿Nunca le dijiste a nadie en este edificio que trabajabas para mantener a tu hijo?

Sus manos cayeron de los hombros de su hijo e inmediatamente volteó mirándome con repentina cólera.

—¡Ahora sé lo que pienso de las personas que se dicen amigos y que se entrometen entre una madre y su hijo!

—¡Ay, madre, madre! —Él renegó.

Me acerqué a él y puse mi mano sobre su hombro.

—Mi estimado caballero —dije— ¿No ve lo inútil que es prolongar esta situación?

—Sí, me doy cuenta —respondió ásperamente y, antes de que yo pudiera impedirlo, se levantó y salió de la habitación.

Hubo un prolongado silencio, medido por el desvanecimiento del sonido de sus pasos en el piso de madera del pasillo.

Cuando ya no se oyeron, me acerqué a la señora Amyot que se había dejado caer en su silla. Le di la mano, la cual tomó sin muestra de resentimiento en su desolado rostro.

—¡En Navidad le envié un abrigo de piel de foca a su esposa!  
—Dijo con lágrimas rodando en sus mejillas.

## FUENTES CONSULTADAS

- Baker, Mona (1992). *In other words: A coursebook ontranslation*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Bueno, Marta (1999). *El pequeño Larousse ilustrado* (6.a ed.). Santa Fe de Bogotá: Imprenta Colombiana.
- Chorén de Ballester, J., G. Goicoechea de Junco y M. A. Rull de Pulido (1990). *Literatura mexicana e hispanoamericana* (2.ª ed.). México: Publicaciones Cultural.
- García Yebra, Valentín (1989). *En torno a la traducción: Teoría. Crítica. Historia*. Madrid: Gredos.
- Hervey, S., I. Higgins & L. M. Haywood (1995). *Thinking Spanish translation: A course in Translation Method: Spanish to English*. Londres/Nueva York: Routledge.
- López Guix, Juan Gabriel y Jacqueline Minett Wilkinson (1997). *Manual de traducción inglés/castellano. Teoría y práctica*. Barcelona: Gedisa.
- The Edith Wharton Society (1999). (En línea) Washington, Estados Unidos: Donna Campbell/Edith Wharton Society. Consultado en 2006. Disponible en: <http://www.edithwhartonsociety.org/index.html>.



## Conclusión

La traducción es una actividad muy noble, pues sin preámbulo logra transmitir un mensaje de un idioma otro. Esta actividad ha existido por mucho más de dos mil años; por lo menos desde aquella traducción bíblica del hebreo al griego llamada *Versión de los setenta* realizada por los judíos de Alejandría en los siglos III, IV y V a. C., la cual es considerada como la primera traducción de Occidente.<sup>1</sup> La traducción continúa como una actividad innovadora con la creación de las máquinas traductoras.

Aun cuando la definición más común de traducción es la transmisión de un mensaje de un idioma a otro, no implica sólo eso, sino un proceso de escritura que incluye diversas técnicas y estrategias para comunicar el mensaje lo más fiel y cercanamente posible al original. Para que una traducción sea buena, se necesita algo más que entender el texto, es decir, se requiere sentir la intención del autor y lograr que el lector de la obra traducida sienta lo mismo que un lector del texto original, y eso es lo que se ha hecho con las cuatro obras presentadas en *Letras sin fronteras. Una mirada a la literatura norteamericana en español*.

Cuatro traductores, egresados de la Maestría en Traducción e Interpretación Español-Inglés de la Universidad Autónoma de Guadalajara, culminaron sus estudios por medio de una gran actividad: la traducción de textos literarios escritos en inglés a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, que no habían sido traducidos al español de México. Estos trabajos, cada uno realizado por más de dos años, fueron revisados por varios expertos hasta llegar a la versión actual.

*Letras sin fronteras. Una mirada a la literatura norteamericana en español* organizó estos textos de tal manera que cada traducción lleva por prólogo una semblanza de la vida y obra de los autores. Luego, se encuentra la obra literaria en el idioma español, para deleitarlo con sus matices y colores que conserva de su voz original. Al final de cada obra, se enlistaron las referencias bibliográficas utilizadas a lo largo de las traducciones.

<sup>1</sup> García Yebra, Valentín (1989). *En torno a la traducción. Teoría. Crítica. Historia* (2.ª ed.). Madrid, España: Gredos, 301 p.

*Letras sin fronteras* surge de la inquietud de expandir los horizontes de una pequeña parte de las grandes obras publicadas a lo largo de la historia de la literatura de Estados Unidos, y del esfuerzo, trabajo y dedicación de los cuatro traductores.

Como resultado, los autores: Mary Austin, F. Scott Fitzgerald, Shirley Jackson y Edith Wharton, donde quiera que se encuentren, podrán observar con orgullo que sus respectivas obras, *La tierra de escasa lluvia* (1903), *Bernice y su atrevido corte de pelo* (1920), *La lotería* (1948) y *El pelícano* (1899), están ahora al alcance de una audiencia hispanohablante, que puede disfrutar de la lectura de estas creaciones como si se leyeran en el idioma original.

Maritza Maribel Martínez Sánchez  
Coordinadora





*Letras  
sin  
Fronteras*

---